

ANTOLOGÍA
ERÓTICA

*Sinfonías
en
la piel*

ASCEN NÚÑEZ - CAMILLA MORA - CHRIS DE WIT

DACAR SANTANA - MARTA D'ARQUELLO

MIMI ROMANZ - VICTORIA AIHAR

Sinfonías en la piel

Antología erótica multiautor

Copyright © 2019 Ascen Núñez, Camilla Mora, Chris de Wit, Marta D
'Arguello, Mimi Romanz, Victoria Aihar
Corrección, maquetación y diseño de portada: LoEs Servicios editoriales
Imágenes: Fotolia.com

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos sin permiso expreso del autor de la obra.

Prólogo

Por Fernanda Pérez

Eros es el dios que se asocia con la sexualidad, con el amor, con el deseo. Es ese impulso vital de los humanos que, en la antigua Grecia, estaba incluso relacionado a la fertilidad.

Según las miradas culturales, filosóficas o psicológicas, con el correr del tiempo, el Eros tuvo distintas definiciones y abordajes, aunque en la mayoría de los casos el goce y el deseo se mantuvieron y se mantienen vigentes.

La literatura no escapa a esos senderos por los que transita el Eros: senderos diversos, senderos que en algunos tramos se juntan y en otros se atraviesan.

En esta antología, el eros es el pretexto para narrar historias contemporáneas que recorren variados escenarios, contextos, personajes y situaciones. En algunos casos, es la esencia, la ida primigenia de la creación. En otros, solo una consecuencia natural de un relato que ahonda en cuestiones vinculadas al entramado complejo de las relaciones humanas.

Aunque los estilos de cada una de estas autoras también son distintos, en todos los casos los relatos funcionan más bien como una especie de *nouvelle* y no tanto de cuento. Es que el desarrollo narrativo, los tiempos que se toman para desplegar -con trazos precisos y detallistas- a sus personajes, nos exponen no solo a un nudo concreto y concluyente, sino a los pasadizos profundos del alma, a esos recónditos rincones del ser donde la sexualidad está latente y busca emerger.

En sintonía con los tiempos contemporáneos, el poliamor es uno de los temas que impregna a algunas de estas creaciones. Desde el principio el lector o la lectora entiende que no hay conflicto en esas relaciones acordadas donde hay lugar para mucho más que dos, con acuerdos establecidos y con la honestidad como raíz fundante para esa otra forma de amor. Sin embargo, el conflicto aparece: ¿todos estamos preparados para aceptar esta forma de experimentar el amor? ¿Aceptamos a más personas en nuestras relaciones? ¿Qué pasa cuando el sexo es cooptado por el amor, y el amor a su vez por

cierto ánimo de exclusividad? Aquello que llegó incluso a ser un problema para Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir (quienes habían prefijado estas condiciones para su vínculo amoroso-intelectual) también se transforma en algo no resuelto para los personajes de este libro.

Aquí también encontraremos cuentos con personajes frescos y juveniles que deben enfrentar sus propias barreras, caprichos y limitaciones; junto a otros más adultos (con hijos mayores y nietos) donde se indaga sobre las formas del amor y el deseo en esa etapa de la vida. Se desmitifican conceptos culturales, se habla de la soledad, se habla de esa necesidad tan instintiva y a la vez tan necesaria del otro o la otra.

La fantasía es otro de los componentes que sobrevuela esta antología. Mucho de esa primera chispa caliente y desafiante comienza en la cabeza, una creación pequeña y salvaje que crece a fuerza de los sentidos, que crece a fuerza de lo que anhelamos (aún cuando no nos atrevemos a ponerlo en palabras).

Platón decía que el amor era energía, fuerza. Espinoza en cambio aseguraba que era carencia, que amábamos para complementarnos. Aquí ambos conceptos filosóficos conviven: la fuerza y la carencia, atravesados obviamente por cierta dosis de lujuria.

En este libro hay textos más explícitos y otros que juegan con componentes poéticos. Pero en todos los casos, el Eros está presente alterándolo todo.

Una selección de relatos para atreverse a sentir.

Gabriel's Oboe

Ascen Núñez

*A Juan Carlos
Al hombre que me inspiró
A los corazones locos*

Aún, a día de hoy, me sigo preguntando cómo ocurrió, qué locura nos poseyó en aquel instante para empujarnos a aquel desenlace. ¿Cómo mis manos acabaron despojándote de la ropa? ¿Cómo la tuyas prendieron fuego a mi cuerpo? Me he preguntado, cientos de veces, cómo te miraría hoy, qué sucedería cuando volviéramos a encontrarnos después de casi dos meses sin saber nada de ti, después de lo que ocurrió. No obstante, aquí estoy; porque sé que solo la valentía para afrontar lo sucedido conseguirá sacarme de este vivir a medias por culpa del miedo y, ahora que me encuentro con tu mirada, exenta de la luz que otrora me regalase y presa del mismo temor con que yo he convivido todo este tiempo, sé que he hecho bien.

Lo cierto es que, si miro hacia atrás en el tiempo y me remonto a dos años antes, a ese día en que tú y yo nos conocimos, intento recordar el momento en que esa chispa saltó entre los dos. Pero sigo sin entender por qué no sucedió de repente y por qué ocurrió en un momento y no en otro, después de tanto tiempo. Recapacitaré y volveré a indagar en mis recuerdos hasta encontrar el instante exacto en que esto nació, en ti y en mí, porque si hay algo que sí me queda claro, es que no surgió, de la noche a la mañana, en aquel hotel de Lisboa.

Te conocí a través de mi hija, una niña de catorce años que nació con un don para la música, pero que la naturaleza, en un arrebato cruel, cerró el camino a la que pudo haber sido una gran intérprete lírica. Una malformación en el tubo respiratorio a la altura de la laringe necesitó de una intervención, a muy corta edad, que le permitiera emitir algún tipo de sonido. Siempre añoró mi maltratada voz de soprano ligera salvaje, esa que nadie educó y que se fue deformando a través de los años; esa misma que a ti te cautivó. Y yo, que

había aprendido la lección gracias al error que mis padres cometieron conmigo, no tuve la oportunidad de explotar el potencial de mi pobre Lucía, porque su voz apenas le daba para hablar sin dificultad y jamás sonaría como aquella reina de la noche que yo solo sé interpretar en la ducha. No obstante, su intacta capacidad pulmonar sí le permitió valerse de una herramienta creada por el ser humano para hacer oír su voz interior. Y así fue como su oboe se convirtió en una extremidad más de su cuerpo.

Comenzó en la escuela municipal de música y, ya allí, empezó a brillar con luz propia. No le costó ningún esfuerzo pasar la prueba de acceso para entrar al conservatorio, ni pasar los dos primeros cursos. Su cerebro y su oído parecían haber sido diseñados para absorber conocimientos musicales a una velocidad poco usual.

Acabo de encontrarme con mi primer recuerdo tuyo cuando, sentado tras tu mesa de profesor, escuchaste por primera vez a esa niña de doce años que consiguió erizarte el vello. No creas que no me di cuenta; a una madre no se le escapan ciertas cosas, y en ese momento supe que Lucía había superado la prueba.

De ahí, me siguen la reminiscencia de tardes lluviosas de otoño, de noches frías de invierno que dieron paso a una nueva primavera. Y tu cara se me repitió dos veces por semana durante dos años seguidos. Y, de verdad, no hubo nada, absolutamente nada en ese tiempo que me hiciera pensar en el desenlace que el destino nos deparaba. Hasta esa tarde.

Mi marido y yo acudimos aquel día porque tú te morías por contarnos todas aquellas aptitudes de mi hija que, por supuesto, yo ya sabía; no obstante, que la confirmación me llegara de un profesional con una visión imparcial me llenó de orgullo. Su padre salió con ella a dar un paseo para dejarme sola contigo y poder hablar libremente de sus progresos sin que ella estuviera presente. Él era un negado para la música y ese lenguaje le sonaba a chino; no a mí, que a fuerza de tanto amarla había llegado a adquirir, a lo largo de mi vida, conocimientos básicos que me permitían, si no componer una sinfonía, sí al menos interpretar una partitura con el instrumento que Dios me había aportado de serie, a pesar de que el pobre hubiera perdido propiedades con el tiempo.

Después de elogiar los progresos de Lucía, la conversación se relajó y, como siempre que tenía la oportunidad, comencé a airear mis anhelos, mis sueños truncados. Tú me escuchaste, atento, y hasta me animaste a que

exhibiera mis mermadas capacidades. Tus ojos se abrieron y me mostraron la sorpresa cuando improvisé el Ave María de Gounod, a capella y sin calentamiento previo. Ya, sé que no me salió tan mal, pero pensar que yo, con dieciséis años, había llegado a proyectar aquel ambicioso Fa de la conocida aria de Mozart, tres líneas por encima del pentagrama, y ahora me costaba la misma vida que un La, cuatro tonos por debajo de este, me sonara limpio desalentaba a cualquiera, o por lo menos a mí. Debí fijarme en tus ojos de hechizado Ulises, pero en aquel momento me sentí tan abrumada que ni siquiera pude mirarte, con los carrillos ardiendo como los de una adolescente.

Ya en casa, la tormenta de sentimientos resultó ser tan intensa que tardé un día entero en descifrar qué me estaba pasando. ¿Y a quién se lo iba a contar sino a mi mejor amigo, a mi confidente, al compañero que llevaba casi dieciocho años compartiendo la vida conmigo y con dos hijos más, aportados de un fracaso anterior?

—Ayer, en la tutoría, sucedió algo —fue lo único que conseguí sacar en claro.

—¿Algo? ¿Qué pasó? —inquirió él confuso—. ¿No dijiste que Diego estaba muy contento con la niña?

—No me refiero a eso. Sino que...

¿Qué iba a decirle? ¿Que había sentido una fuerte conexión con el hombre que llevaba dos años siendo el profesor de oboe de mi hija de catorce? ¿Que esa conexión era tan fuerte por ambas partes que me estaba empezando a dar miedo? ¿Que, para colmo y mayor confusión, me estaba dando cuenta de que, cuanto más sentía la fuerza que me tiraba hacia ti, más unida me sentía a él? Pues claro que tenía que decirle eso; otra cosa habría sido mentirle, y jamás, jamás traicionaría al hombre al que amo.

César me entendió. Creo que es la única persona sobre la tierra, aparte de ti quizás, que es capaz de entender a la perfección la complejidad de mi alma. O es posible que no la comprenda ni de lejos, pero, aun así, me acepta tal y como soy, y soy consciente de que no es fácil. Por eso sé que, ocurra lo que ocurra, jamás lo dejaré, jamás desaparecerá de mi vida porque él es el puerto donde arribo después de la tormenta.

Y esa máxima irrefutable me hace volver, una y otra vez, al punto de partida, a esa incógnita, a ese enigma indescifrable que me hace preguntarme por qué lo hice, por qué ocurrió, por qué me perdí aquella noche en tus brazos y por qué no me arrepiento de haberlo hecho.

César me había animado a desentrañar el misterio, a descubrir qué había tras mis sentimientos confusos.

—No vas a dejarme ocurra lo que ocurra, ¿verdad?

—Ni por asomo —aseguré.

No obstante, en aquellos días, ni se me pasaba por la cabeza que la loca fantasía que comenzaba a anidar en mi cabeza se pudiera convertir en realidad. Solo era un experimento psicológico, una exploración profunda de mi alma, y, tras una primavera cargada de sonrisas, de conversaciones más largas de la cuenta y de miradas que contenían mensajes encriptados que tan solo tú y yo éramos capaces de descifrar, llegó el final de curso. Tú no dijiste nada a pesar de que tus ojos me lo decían todo, tu carácter tímido no te dejaba traspasar la barrera del miedo. Yo tampoco pude, a pesar de no saber cómo sería vivir casi tres largos meses sin verte, sin preguntarme por qué el corazón me galopaba en el pecho cada vez que me encontraba con tus ojos color de mar que hablaban todo lo que tu boca callaba. Si mi vida no estuviera ya llena de amor; si no llevara conmigo, arrastrando, las cadenas que la sociedad me imponía por llevar una alianza dorada en el dedo anular, esas cadenas que mi marido había vuelto livianas, como confeccionadas de plumas en lugar de acero, pero que seguían, a pesar de todo, dificultando mi camino hacia el descubrimiento de un sentimiento nuevo que había prendido en mí; si no fuera por la diferencia de edad, pues me constaba que tú eras unos diez años más joven que yo; si no me parecieras tan frágil; si no tuviera tanto miedo a hacerte daño, a hacérmelo yo quizás. Si no fuera por tantos miedos y tantas inseguridades, si no tuviera que luchar contra mi propia conciencia para asimilar y aceptar lo que me estaba sucediendo, me habría dejado llevar, en ese instante, por el loco impulso que me hacía reclamar tu presencia.

—Nos vemos el curso que viene —te despediste con una sonrisa—. O dentro de una semana, si queréis ir a verme al teatro López de Ayala.

—¿Das un concierto? —me precipité a preguntar.

—El sábado de la próxima semana, a las nueve de la noche.

—Pienso ir a verte, profe —aseguró Lucía emocionada.

—Me gustaría que vinierais —pronunciaron tus labios mientras tus ojos gritaban «me muero por volver a verte».

—Y a nosotros, escucharte —correspondí. Y era cierto, porque me sentía en desventaja contigo desde el día que escuchaste mi voz, pues yo no había tenido la fortuna de disfrutar de una interpretación tuya y se me acababa de

presentar la oportunidad.

Cuando se lo conté a César, le encantó la idea. Aunque, para él, un pentagrama resultara más difícil de interpretar que un jeroglífico egipcio, lo cierto es que apreciaba la buena música, sobre todo la clásica. Además, brindarme la oportunidad de volver a ver al causante de mis desvelos era para él una forma de ayudarme a encontrar mi calma perdida.

A Lucía le surgió un plan de última hora, una fiesta de pijamas que pesó más que escuchar el oboe de su profesor, y fuimos, al final, César y yo solos. Ni qué decir de los sentimientos que tu interpretación despertó, ya no solo en mí, sino en mi marido y el público que nos rodeaba. Nunca imaginé que tu música me calase tan adentro, me hiciese vibrar y hasta llorar.

Necesité buscarte, acercarme a la zona de camerinos para felicitarte en persona, pero un tropel de gente se arremolinaba para hacer lo mismo y desistí. Sin embargo, entre el barullo, tú me sonreíste y nos hiciste un hueco entre la muchedumbre. No me importó esperar a que se disolviera la improvisada manifestación y ya, una vez de vuelta y tranquilo, nos dedicaste tu mejor momento.

—No podía imaginar que tocaras de esa forma —te confesé, y tus mejillas me mostraron el rubor de tu timidez.

—Nos has dejado sin palabras, Diego —apoyó mi marido, que se había emocionado tanto como yo—. Qué pena que te dediques solo a dar clases, a pesar de que nuestra hija se beneficie de ello —bromeó.

—No solo doy clases —lo corregiste—. En verano, me dedico a ofrecer algunos conciertos. Tengo uno en Lisboa en un par de semanas.

Una chispa saltó en mi cerebro y una locura transitoria se apoderó de mí en ese instante. Mi mente, por una vez en la vida, fue ágil y logró aprovechar el momento.

—¡No me digas! —exclamé con un fingido asombro—. Dentro de dos semanas voy a Lisboa por motivos literarios. No sé si sabes que escribo —te recordé.

—¡Qué casualidad! —correspondiste—. Si queréis y no estáis muy ocupados, podemos quedar una noche para cenar.

César rio. Había pillado al vuelo mi estrategia y se apresuró a aclarar:

—Me temo que yo me quedo en casa. A mí, esos encuentros literarios me aburren. —No obstante, también fue rápido en su reacción—. Eso sí, quedad los dos. Imagino que irás solo, ¿no?

—¡Qué remedio! —te lamentaste con un gesto teatral—. No tengo a nadie que me acompañe, salvo los compañeros de la orquesta, pero no es lo mismo.

—Entonces, decidido —afirmé—. Quedamos a cenar una noche, si los actos me dejan. ¿Cuánto vas a quedarte?

—Llego el viernes y vuelvo el domingo. Voy en coche.

—Yo no tengo nada decidido aún, pero supongo que las compañeras de editorial viajaremos todas juntas en tren o autobús —improvisé, y tú no notaste nada extraño.

—Estupendo entonces. Nos vemos en dos semanas, si puedes y te apetece.

—Y si no te veo, mucha suerte con el concierto —fueron mis últimas palabras antes de dejar el camerino.

César se echó a reír nada más salir a la calle y yo lo imité para desahogar la tensión por la que acababa de pasar.

—Con que tienes asuntos literarios en Lisboa y yo sin saberlo. Sabes lo que acabas de hacer, ¿no? —me advirtió enarcando una ceja—. Vas a quedar a cenar con él y vas a acabar subiendo a su habitación.

Yo solté una sonora carcajada en su cara.

—Eso te daría morbo, gracioso, pero no va a pasar.

—No es morbo, mi amor, sino preocupación por ti. —Sus labios dejaron de sonreír y su semblante se tornó serio—. Tienes algo ahí adentro que te está ahogando —dijo al tiempo que clavaba su dedo índice en mitad de mi pecho—. Y eso tiene que salir o nunca serás feliz. Hay gente que nunca halla el amor, otra que tiene la suerte de encontrar al compañero ideal de por vida —expuso, y yo lo escuché con atención y sin interrumpirlo—. Solo unos afortunados, personas que tienen el corazón tan grande como el tuyo, pueden contar con el privilegio de descubrir una segunda alma, alguien que la entiende, que se complementa con la suya; ese ser especial es capaz de conectar con una segunda persona sin descolgarse de la primera. Eso es lo que te está ocurriendo a ti, y si huyes y no te enfrentas a tu destino, tu alma se encogerá, él te perderá y, con mucha probabilidad, yo también, porque si niegas echar tu corazón a latir por él, se congelará y dejará de hacerlo por mí. Así que vuela, Alba, y echa a un lado tus miedos si no quieres morir en vida por culpa de estúpidos estereotipos sociales.

Y esas palabras fueron las que me impulsaron, definitivamente, a hacer la maleta, coger el tren y plantarme en Lisboa a mediados de julio, sin tener ni idea de en qué hotel te alojabas tú. Necesitaba explorar mi alma, la tuya, el

vínculo que se había formado entre nosotros, que a veces me incitaba a protegerte; otras, a amarte con todas mis fuerzas, y otras tantas, a huir al último confin del mundo para no verte más.

Llegando a mi pequeño y confortable hostel, cercano a la Praça de Figueroa, el móvil me vibró y mi corazón se disparó al comprobar que era un mensaje tuyo.

Diego:

¿Estás, al final, por aquí?

Era el primer mensaje de WhatsApp que me mandabas y que no hacía referencia a mi hija. Mi pulso se aceleró hasta tal punto que necesité detener mis pasos, tomar aire profundo tres veces seguidas y, por fin, cuando mis manos dejaron de temblar, conseguí contestar.

Alba:

Acabo de llegar.

Diego:

¿Vas a venir al concierto?

Alba:

He mirado la programación de mi evento literario y creo que puedo escaparme, sí. Pásame la dirección.

Diego:

Es en el exterior del Teatro Nacional de Sao Carlos, a las nueve y media. Te reservaría una invitación, pero, al ser en la calle, deberás darte prisa si quieres ocupar una buena localidad.

El siguiente mensaje fue una imagen de Google para indicarme la ubicación exacta. Yo te di las gracias y te aseguré que estaría allí. Tú no dijiste nada más.

Sí, ya sé que no eres un gran amante de WhatsApp. Si hasta me sorprendí de que fueras tú quien enviara el primer mensaje, pero me quedé con tal

sensación que estuve a punto de no acudir; ya no solo por eso, sino porque las palabras de César seguían dando vueltas en mi mente. Me dijo que acabaría en tu habitación y yo, una vez más, me hice la loca y me repetí que eran tonterías de mi marido, que yo nunca podría acabar en brazos de otro hombre por mucho que lo deseara, que había un mecanismo de autodefensa en mi interior que me frenaría a tiempo. Además, tenía el mayor seguro del mundo y ese era el muro de tu timidez. Sabía que no te atreverías a hacerlo ni en mil años, y yo no iba a dar un solo paso para que ocurriera; así que, vale, podría acabar en tu habitación con cualquier excusa peregrina, pero estaba bien convencida de que no cruzaríamos la línea.

Elegí un vestido negro. Solía usar mucho ese color porque hacía un bonito contraste con mi piel blanca y mi cabello rubio. La falda pasaba de la rodilla; no obstante, el generoso escote y el corte ceñido le daba un aire sensual sin restarle elegancia. Elegí un chal rojo, del color de los zapatos y el bolso, y me pinté los labios de carmín, a juego con mis uñas.

Me miré al espejo y me dije que había hecho bien en elegir ese peinado, pues me hacía parecer una diosa griega. ¿Una musa tal vez? Me eché a reír al caer en la cuenta de que cualquiera hubiera pensado en que había intentado emular a la Euterpe de Handmann. ¿Qué mejor musa que ella para asistir a un concierto?

Salí a la Travesía Nova de Sao Domingos y paré un taxi. Me había cerciorado de mirar, previamente, la ruta para no acabar siendo víctima de un tour turístico a costa de mi bolsillo y le describí al taxista el itinerario que quería seguir. A pesar de hablar en castellano y él hacerlo en portugués, nos entendimos bien y pude llegar sin contratiempos a las inmediaciones del teatro antes de las ocho. Tuve la buena idea de echar un libro en mi bolso porque tuve que pasar casi una hora hasta que el improvisado escenario exterior comenzó a llenarse de músicos afinando. Te miré de lejos, desde la segunda fila, y tú sonreíste. Se te notaba nervioso, como si mi presencia allí te alterase de alguna manera; claro que tenías que haber sabido cómo me sentía yo, cómo me quemó por dentro esa sonrisa tuya. La suerte fue que yo no tenía que actuar ante el concurrido público que fue llenando las butacas hasta no quedar ni una sola vacía.

En esa ocasión, no tocabas solo, sino que eras uno más en la orquesta. Eso sí, mi infalible oído musical se ocupó de distinguir el sonido de tu oboe y de aislarlo del resto de instrumentos, y eso que solo te había escuchado tocar una

vez.

Las dos horas se me pasaron como un suspiro entre la fresca y húmeda brisa y la hermosa música que entraba por mis oídos y me cautivó por completo; no así los veinte minutos que te costó deshacerte del resto de la orquesta para atenderme a mí. Cuando tus ojos color verde mar se clavaron en los míos, me hablaron de tus anhelos, de tus deseos; pero también me advirtieron de tus miedos y tus inseguridades. El muro seguía en su sitio y yo me sentí segura cuando echamos a andar por la Rua Serpa Pinto sin rumbo fijo, disfrutando de la belleza decadente de una ciudad donde había estado hacía siglos y que volvía a atraparme con su halo de nostalgia y bella tristeza.

—Tú dirás dónde vamos —dijiste, con el estuche del oboe al hombro—. La verdad es que es una pena tener que encerrarse en un restaurante con la buena noche que está haciendo.

—Si te parece bien, paramos en la primera terraza que nos encontremos que tenga precios razonables —sugirió la economista que había en mí. Tú asentiste y acabamos en un pequeño y modesto restaurante pidiendo el plato típico por excelencia que había heredado nuestra región de la cocina lusa: una ración de bacalao dorado—. Hay que ver lo poco originales que somos, pero esto me encanta y César lo detesta, así que aprovecho para compartirlo contigo.

—A mí también me gusta —asentiste con una sonrisa, hiciste una pausa para tomar aire y lo dejaste escapar con la misma potencia con que lo habrías hecho de estar embocando tu instrumento—. La verdad es que no esperaba acabar aquí contigo —confesaste con esa tímida sonrisa que tenía el poder de despertar a las miles de mariposas que dormían en mi interior—. Si alguien me hubiera adivinado el futuro y hubiese dicho tal cosa, lo habría tomado por loco.

—¿Tan raro es que dos personas que adoran la música acaben, un día, cenando?

Tus ojos me miraron risueños.

—¿En Lisboa? ¿A trescientos kilómetros de casa? Y, dicho sea de paso, él soltero y ella casada.

Touché. Ya puestos, podías haber añadido la diferencia de edad. Pero mejor, dejémoslo, porque se suponía que no era una cita romántica, o eso creía en aquel momento. Intenté salir airosa de tu comentario y me pareció conseguirlo.

—Bueno, no creo que haya nada malo en que dos personas cenem juntas, pienso que el estado civil de cada cual no tiene mucho que ver si los dos tienen hambre. —Después de haber superado el primer escollo, no sé qué fuerza misteriosa me hizo guiñar un ojo y mirarte con expresión divertida antes de dejártela caer de aquella manera tan descarada—. De todas formas, mi marido no es celoso. De hecho, fue él quien sugirió que cenara contigo.

—También es cierto —afirmaste, y te dejaste llevar por mi risa.

A partir de ahí, dejé de ser yo; de otra forma, no me explico cómo fui capaz de tejer esa tela en la que conseguí enredarte. Aunque, para ser fiel a la verdad, nada de lo que dije fue mentira ni guardaba una segunda intención; al menos, no de manera consciente.

—Me ha gustado mucho el concierto —comenté mientras paseábamos, de nuevo sin rumbo fijo—. Pero tengo que confesarte que he echado mucho de menos una pieza que me encanta. Y tú, siendo oboísta...

Esa frase hizo que toda tu atención se centrara en mí, y yo sentí que mis carrillos ardían.

—¿Puedo saber qué pieza es esa? —me preguntaste y me regalaste la claridad de tus ojos turquesa en una intensa mirada.

Bajé la mía. El brillo de tus pupilas me estaba matando y no soporté más la sensación que me producía. Creo que no lo notaste, pero tuve que esforzarme al máximo para que la voz me sonara natural.

—Tengo un hermoso recuerdo del primer día que vi la película *La misión*. Me encantó la banda sonora de Ennio Morricone. —Mis ojos te enviaron una mirada furtiva y la vergüenza que sentía al contarte mis secretos más íntimos tiró de mis labios para dibujar una tímida sonrisa—. Viendo esa película, mi marido y yo nos besamos por primera vez.

—¿Ah, sí?

¿Por qué descubrí dolor en tu expresión? ¿Por qué tus ojos dejaron de brillar y desapareció tu sonrisa? Tuve que pensar con agilidad, distraerte de ese último pensamiento para no cargarme el resto de la noche.

—De hecho, cada vez que escucho esa pieza, la del oboe de Gabriel, el vello se me pone de punta, más si el intérprete es bueno. El alma se me llena de sensaciones inexplicables; no solo por el recuerdo del beso, sino por el mensaje que me transmitió esa película.

Tus ojos recuperaron su calidez y volviste a sonreír. Sin querer, con mi comentario, debí tocar algún punto sensible.

—Es curioso, porque esa es mi película favorita —me confesaste—. De hecho, creo que fue la causante de que eligiera el oboe como instrumento para expresar mis sentimientos. —Tu sonrisa se abrió aún más y yo me quedé embobada mirándote, sin nada que decir—. Soy poco expresivo, lo reconozco. Será por mi forma de ser, porque tiendo a encerrarme en mí mismo... no lo sé. Pero todo cambia cuando toco música.

¿Poco expresivo? Está claro que nunca te has mirado al espejo para comprobar de qué forma se te ilumina la cara cuando sonríes, y prefiero no hablar de la manera en que a mí me afecta; tanto que, en ese momento, necesité hacer un nuevo esfuerzo para seguir charlando.

—Solo te he escuchado tocar un par de veces, pero tengo que darte la razón. Es increíble cuántas sensaciones transmites, la capacidad que tienes de llegar al fondo del alma de quien te escucha. Y no te lo digo solo por mí, a César lo emocionaste también cuando fuimos al concierto que diste en Badajoz.

El destello de mis ojos debió compensar que, de nuevo, saliera a colación mi marido en la conversación porque, esa vez, tus pupilas no dejaron de brillar. No tenía por qué evitar nombrarlo, era absurdo; no obstante, lo hacía de manera inconsciente, a pesar de haber salido a escena al menos tres veces, tal vez por no encontrarme con ese hálito de tristeza que se reflejaba en tu rostro cuando hablaba de él. No sé por qué, eso me mataba. No soportaba verte triste, no esa noche, ni nunca. De nuevo, me surgía esa necesidad de querer protegerte, esa sensación de sentirte un ser desvalido al cual dar cariño. Esos sentimientos, mezclados con ese cosquilleo que paseaba por mis entrañas y aceleraba mi corazón sin motivo aparente, me tenían confundida. Sin embargo, no era nada nuevo; llevaba así desde abril, sin hallar la respuesta a lo que parecía estar convirtiéndose en una duda existencial.

Tú, ante mi afirmación, me diste las gracias y me volviste a sonreír. Otra vez, el corazón se me desbocó en el pecho. Luego, la conversación se relajó; tal vez por eso me confié y me dejé llevar por tu proposición.

—¿Te gustaría escuchar esa pieza?

La pregunta me pilló por sorpresa. Hacía ya demasiado rato que había olvidado aquel tema, pues la amena charla que nos tenía dando vueltas por la ciudad nos había llevado por otros derroteros.

—¿A qué pieza te refieres?

—La del oboe de Gabriel —me recordaste—. Aunque sea un poco tarde,

es verano y fin de semana. No creo que nadie nos mate por hacer un poco de ruido en medio de la calle —advertiste mientras te descolgabas el estuche que llevabas en bandolera—. Aunque, si quieres algo más íntimo... Me gustaría decirte que vinieras a mi habitación, pero la comparto con dos compañeros más.

Mis ojos se abrieron desmesurados. Hasta yo noté cómo mis músculos faciales se contraían. ¿Habías dicho subir a tu habitación o solo era una manera de excusarte para no poder hacerlo? ¿Habías adivinado mis más íntimos deseos y pretendías huir de ellos con justificaciones tontas o estabas lanzándome un anzuelo que yo debía picar? En ese momento, no supe interpretarlo.

—¿Me habrías invitado a subir a tu habitación si te alojaras solo? —me atreví a preguntar mientras un calor sofocante me ascendía por la cara, y tuve que tirar del abanico que guardaba en el bolso para aliviarlo.

—Bueno, ya te he dicho que también podemos sentarnos en un banco en mitad de la calle y...

—Y poner una gorra para que nos dejen caer alguna moneda —secundé la broma—. Ya puestos...

Los dos nos echamos a reír de manera comedida, a pesar de que yo tuve que taparme la boca para ahogar una risotada escandalosa, lo cual produjo que la carcajada retenida escapara por mis lacrimales.

De repente, tú dejaste de reír y tu semblante se volvió tan serio que hasta me asusté. Debió ser que te diste cuenta de que mi risa contenida intentaba disfrazar mi nerviosismo, de mala manera a juzgar por tu reacción.

—No era mi intención ofenderte, perdona si ha sido así... —te disculpaste—. Se me ocurrió y... La verdad es que no lo medité mucho. Cuando se trata de tocar música, mi molesta timidez se esfuma, pero mejor pensado... No ha sonado muy caballeroso, la verdad.

Aquella timidez esfumada volvió con intereses a tu rostro, a tu voz temblorosa, y yo me vi obligada a rescatarte.

—No me has ofendido, Diego; solo me ha sorprendido que alguien como tú se atreviera a pedir a una mujer que suba a su habitación —argumenté antes de echarme a reír—. Es más, como la mayor prueba para demostrarte que no lo has hecho, soy yo la que te invita a subir a la mía. Me encanta esa pieza y me gustaría disfrutarla en la intimidad, no en mitad de la calle rodeada de curiosos —confesé melosa, como una idiota, sin saber que acababa de firmar

mi propia sentencia.

—Gracias por confiar en mí —respondiste mientras me tomabas del brazo para seguirme hasta mi hostel—. Será un honor interpretar para ti tu pieza favorita.

Entramos en la recepción y pedí la llave. Tuve que soportar la sonrisa picarona del recepcionista y aguantar la risa que me producía esa insólita situación. Después, subimos en el ascensor y fue cuando comencé a sentirme intimidada, como si cientos de ojos se clavasen en mi espalda, como si miles de vocecillas malintencionadas me cuchichearan al oído. Intenté desoírlas. No iba a suceder nada. Tú no harías nada. Yo no haría nada.

El corazón me galopaba en el pecho y los pulmones aumentaron su cadencia nada más llegar a la planta. Tus ojos se cruzaron con los míos y la ráfaga me quemó las entrañas, pero ya no podía echarme atrás sin quedar como una idiota. «No va a pasar nada», volví a insistir como un mantra estúpido que no hacía aumentar la energía cósmica por mucho que se repitiese. Mi mirada se perdió en los trazos de un tranvía, dibujado en una de las paredes del pasillo, y deseé que se materializara para poder escapar, o que el suelo de tarima gris se hundiera bajo mis pies y apareciese en casa de pronto.

La habitación estaba decorada con buen gusto, a pesar de la frialdad que solían tener los hoteles de pocas estrellas. Unas cortinas de colores cálidos, a juego con la colcha, adornaba la ventana que daba a la Rúa Santa María Maior, una calle relativamente tranquila en mitad del centro urbano. No era demasiado grande y solo constaba de una cama tamaño Queen con sus correspondientes mesillas, una butaca y un pequeño escritorio junto a la ventana, aparte del baño anexo. Abrí los brazos como si quisiera abarcarlo todo, me encogí de hombros y sonreí en una especie de disculpa.

—Siento no ser Almudena Grandes —bromeé ante la modestia que me rodeaba.

—Bueno, es lo que hay. Yo tampoco toco para la filarmónica de Viena.

—Al menos, hay para sentarse y veo que tienes un oboe —dije, resuelta, al ver que dejabas caer el estuche con el instrumento sobre la cama—. ¿Necesitamos algo más?

—Nos habría venido bien otra silla, pero me sentaré en la cama.

—Empezaba a darme cuenta de que, para algunas cosas, eras demasiado meticuloso; todo lo contrario que yo, que me apañaba de cualquier manera.

—Si te es más fácil, siéntate en la silla para tocar, yo me siento aquí. No

creo que tenga chinches, se ve todo muy limpio. —Te echaste a reír y me miraste con el mar de tus ojos. Tal vez no los hubiera, pero algún tipo de alimaña me rondó por las entrañas y me devoró por dentro al entrar en contacto con la suave firmeza del colchón—. Anda, toca si te atreves —te animé.

—¿A estas alturas crees que me da vergüenza? —observaste con una pregunta. No obstante, los colores de tu rostro te traicionaron.

Yo no fui capaz de darte réplica. Me perdí en tus ojos, embelesada, mirando cómo te llevabas la caña a la boca para humedecerla, según me había explicado Lucía infinidad de veces, y unías las dos secciones de madera con la campana mientras tanto. En aquel instante, deseé ser la bendita embocadura de tu oboe para poder sentir la cálida humedad de tus labios. Suspiré y me hice consciente de mi metedura de pata cuando el brillo de tus ojos me delató. Quise escapar, pero había quedado prendida de la luz de tus pupilas y no pude hacer nada por salir del embrujo, porque la soledad que aplastaría mi alma si me iba me daba más miedo que enfrentarme a aquello que despertabas en mí.

Finalmente, uniste la caña al cuerpo del instrumento y un silencio susurrante habló por nosotros instantes antes de que el timbre agudo y claro del oboe impregnara el aire de dulces notas. Ni en cien años podría inmunizarme contra tu poder expresivo al ejecutar aquella hermosa melodía que, ya tocada por cualquier principiante, lograba ponerme los pelos de punta. Sentí una corriente eléctrica atravesando cada poro de mi piel y un escalofrío recorrió mi espalda antes de que la emoción que despertaba en mí aquella música, interpretada por ti, se derramase por mis mejillas en un río salado que sorteó el salto de mi barbilla y desembocó en la parte superior de mi pecho. Los matices ejecutados por tus labios y tu diafragma se acentuaron, y mis lágrimas rodaron sin control hasta que la melodía llegó a su fin.

Dejaste el oboe sobre la cama, con precipitación, y te arrodillaste a mi lado para llegar a mi altura y enjugar mi rostro con tus pulgares mientras acercabas el tuyo al mío.

—Alba... —murmuraste en un tono entre preocupado y maravillado. Tus manos me quemaban allá por donde pasaban y, en lugar de detener mi llanto, provocaron que se volviera más profuso.

Mi mente se debió desconectar en aquel momento en que mis brazos se precipitaron a rodear tu cuello y, con mis dedos en tu nuca, tiré de ti hasta fundir tu boca con la mía en un arrebató de locura. No huiste, como había

temido mil veces cuando me imaginaba esa escena, sino que tu cuerpo tembló, tus brazos rodearon mi cintura y tus labios enloquecieron con los míos.

Mis manos se aventuraron y desabrocharon, temblorosas, los botones de tu camisa blanca hasta rozar la cálida piel de tu torso. Tu pecho, de músculos firmes aunque no excesivamente marcados, se agitó al contacto con mis dedos. Noté cómo te tensabas cuando recorrí tu vientre plano hasta llegar a la hebilla de tu cinturón. Ahí me detuve, recobrada la cordura por un ínfimo instante antes de que separases tus labios de los míos y tu voz susurrara aquellas palabras que no me dejaron escapatoria.

—He soñado tantas veces con poder ser tuyo que ahora no sé si estás en mi fantasía o eres real.

¿Mío? ¿Ser mío? ¡Claro que no podía ser real! Pero ahí estabas tú, arrodillado junto a mí, regalándome tu boca entreabierta que mi lengua exploraba sin pudor y dejando que mis manos te despojaran de la camisa y el pantalón.

—Túmbate en la cama —pronunció una voz que debía ser la mía a pesar de no haber sido consciente de haberla usado.

Apartaste el oboe, que rodó hacia el lado contrario, echaste a un lado la colcha y te echaste sobre el colchón sin parar de mirarme con ese gesto que reflejaba tu total entrega a mí. Debí haberme sentido abrumada; no obstante, notar mi poder sobre ti en las venas sublimó mi sangre y acabó con la escasa sensatez que pudiera quedar en mi mente. Tu respiración se aceleró cuando mis labios se curvaron en una malévola sonrisa y llevé las manos a la espalda para desabrocharme la cremallera del vestido, que rodó hasta el suelo dejando al descubierto mi sujetador negro de encaje, a juego con el culote semitransparente. La llama de tus pupilas me dejó ver el fuego que ardía en tu interior.

Paseé mi mirada por tu cuerpo perfecto, por el suave vello que salpicaba tu pecho y bajaba hasta tu ombligo, y me detuve en tus bóxer ajustados y en la espléndida erección que me mostraban. Por un instante, mis manos titubearon. Esa exigua prenda me separaba de la locura; no obstante, una voz interior murmuró en mi oído que esta había huido de mí en el momento en que acepté la proposición de aquel improvisado y particular recital que no podía haber terminado de otra manera.

—Levántate —ordené, y no sé si fue la fuerza de mi mirada o mi tono energético lo que provocó que lo hicieras—. Deshazte de lo que te queda de

ropa y siéntate ahí —indiqué apuntando hacia la silla vacía.

Tú obedeciste, te llevaste las manos a la cintura y dejaste al descubierto lo que yo no había tenido valor de destapar. Tu respiración agitada y tu expresión de anhelo me hicieron más efecto que encontrarme con tu miembro en erección; aun así, mis ojos no pudieron evitar contemplar tu secreto mejor guardado. Sonreí con malicia al pensar que yo había despertado tu vigor y mis mejillas se sonrojaron al compararte con César y comprobar que, por poco, salías ganando. Sin embargo, y a pesar de que me moría por sentirte en mi interior, supe que la conciencia volvería a nosotros en cuanto el acto culminase y preferí alargar la locura.

—Siéntate —insistí, y tú te precipitaste a obedecer.

Desvié la mirada de tus ojos cristalinos, claros como mar en calma y ardientes como alborada, y descubrí el oboe, olvidado al otro lado de la cama. Las alimañas de mis tripas saltaron y me mordisquearon cuando tan descabellada idea atravesó mi mente, pero no, por descabellada, iba a evitar que ocurriera, así que me separé de ti hasta llegar al instrumento, lo tomé entre mis manos y te lo entregué.

—Vuelve a tocar para mí —pronuncié en tono imperativo.

Tus manos temblaron y tu respiración se agitó, y hasta tuviste que tomar aire varias veces seguidas para volver a recuperar el control de tus pulmones. Tu boca volvió a cercar la caña y tus mejillas se hincharon instantes antes de que aquel dulce sonido volviera a impregnar la estancia con unas notas desgarradoras que me invadieron por dentro y dieron nombre a ese cúmulo de sensaciones que me habían martirizado durante los últimos meses. Aún me costaba comprender cómo podía seguir queriendo a César con todas mis fuerzas a la vez que mi corazón se abría a ti y te regalaba un amor infinito e incondicional. Porque en ese preciso instante supe que te amaba como nunca pensé que se podía querer al hombre que ocupa un segundo lugar en el alma, y fue cuando comprendí el significado de esa palabra, tan de moda últimamente y que, hasta entonces, me había resultado vacía: poliamor. Amor infinito hacia dos personas, sentimiento visceral que anhela y reclama la presencia de ambos y no puede prescindir de uno sin que el otro se apague.

La emoción volvió a embargarme y mis lágrimas se deslizaron por mis mejillas ya secas. Tu diafragma me describía intensos matices y tus dedos perfumaban el aire y lo pintaban con los colores del arcoíris. Era tal la belleza de tu melodía que, aunque me moría en aquel momento por volver a deleitarme

con el sabor de tus labios, no me acerqué a ti hasta que el silencio no me liberó del sueño de escuchar, una vez más, mi pieza preferida, la que nos había llevado a mi habitación.

—Ven aquí y regálame una noche de locura que no olvide jamás —te pedí, y tus brazos me cercaron, tus labios devoraron los míos y mi corazón explotó en mi pecho.

Me dejé caer sobre el colchón, sin separarme de ti ni un solo milímetro, y tu boca liberó la mía para deslizarse por mi cuello, mis clavículas y mis brazos, y desanduvieron el camino recorrido para regresar a mi pecho agitado. Creí morir cuando tus manos me desprendieron del sujetador y tu lengua rozó uno de mis pezones. Mi espalda se arqueó para exigirte más, tu boca enloqueció y devoró mis maltratados pechos de madre mientras, con tus manos, rastreabas mi piel hasta recorrer la senda prohibida que desembocaba en mi más preciada intimidad. Mis muslos se abrieron a ti, mis caderas te exigieron la caricia y tus dedos buscaron mi humedad, mi vulva abierta y expectante, mi clítoris, receptor de la lenta cadencia que marcaste en un ritmo ascendente hasta que mi cuerpo vibró en tus brazos y mis gritos murieron en tu boca, que se encargó de silenciarlos.

Poco a poco, mis manos crispadas, que cercaban tu cuello, se relajaron y mi cuerpo cayó, una vez más, sobre el colchón, exhausto. El corazón me latía desbocado mientras mi respiración jadeante comenzaba a serenarse. Tú me mirabas y sonreías con esa expresión entre dulce y tímida que me había acabado por enamorar. Quise decir mil cosas, pero las palabras se me agolpaban en la boca y no conseguía emitir un solo sonido.

—¿Estás bien? —Asentí entre respiraciones que, poco a poco, se fueron volviendo profundas—. Relájate, Alba. Déjame amarte hasta que no me queden fuerzas, porque sé que, cuando salga por esa puerta, nunca más volveré a tenerte entre mis brazos.

¿Por qué nunca más? Quise preguntar. Ámame cada día durante el resto de tu vida si lo deseas. No vas a encontrar obstáculos, ni míos ni de mi marido. Mi voz interior no quiso salir, tal vez porque mi espíritu estaba lleno de dudas. ¿Hasta dónde transigiría César? Una cosa era animarme a dejar volar mi alma y otra compartir nuestra vida con una tercera persona, pero era tan hermoso sueño imaginarlos a los dos conviviendo en casa conmigo como una familia normal; como si el mundo pudiera aceptar ese tipo de relación. Tenía que dejar de pensar o echaría a perder la noche. Y sabía, para mi desgracia, que él

tenía razón, que todo acabaría en cuanto atravesara el dintel y saliera al exterior.

—Sí... —murmuré—. Ámame.

Y tu boca volvió a enmudecer la mía, y tus manos volvieron a acariciarme hasta que mi cuerpo volvió a encenderse. Me incorporé hasta hacerte girar y aprisioné tu cuerpo entre mis muslos. Mis entrañas latían y mi ser entero deseaba sentirte dentro de mí; sin embargo, una vez más, quise posponerlo y alcé mi cadera hasta apoyarla sobre tu vientre, ascendiendo por tu cuerpo mientras el roce con tu piel hacía arder la húmeda carne de mi vulva. Gemí y demoré llegar a mi destino para mover mis caderas sobre tu pecho, que se agitó ante mi provocación. Tu boca se entreabrió en un ruego y supe que habías adivinado mis intenciones y que lo deseabas tanto como yo.

Con el pulso latiendo en mis carótidas, me alcé hasta llegar a tu boca y me dejé caer sobre ti. Tú gemiste de satisfacción y tu lengua comenzó a acariciarme con suavidad hasta que notaste que mi vulva se abría a ti y te regalaba el fuego de mi vientre en los labios. Enloqueciste y me devoraste, y yo me retorcí de placer, me agarré al cabecero de la cama con los músculos de mis brazos en tensión y grité en el momento en que te atreviste a introducir tus dedos en mi interior sin dejar de acariciar mi clítoris con tu lengua. El mundo dio vueltas, la vista se me nubló y necesité liberar mi voz en el momento de sentir que me deshacía sobre tu boca y que tu caricia se alargaba mientras yo, sin separarme, me perdía en mi locura y temblaba presa de un placer tan intenso que, al dejarme caer al otro lado de la cama, ni siquiera reparé en que me había clavado el oboe en la espalda hasta que no recobré el resuello.

Di un respingo y me quejé de dolor. Tú, preocupado, comprobaste los daños y besaste las pequeñas laceraciones. Mi dolor desapareció como por arte de magia y mis manos volvieron sobre ti y te empujaron hacia el colchón hasta que tu espalda quedó pegada a él. Besé cada centímetro de piel que quedaba a mi alcance y la noté erizarse a mi paso; disfruté de tu respiración descontrolada, de tus gemidos cuando mi lengua, malvada, acarició tu erección por un instante y te dejó con ganas de más. Tus ojos suplicantes me lo pedían, pero no me dio la gana de dártelo. Prefería disfrutar de tu anhelo, de la tortura de querer sentir el calor de mi boca y no poder disfrutar de ello, porque tenía bien claro que no te daría esa satisfacción.

Tu pecho se agitó al segundo contacto con mi boca y hasta me recreé en saborear tu virilidad un instante antes de volver a dejarte con la miel en los

labios.

—Te mueres por sentir el interior de mi cuerpo, ¿no es verdad? —Ni siquiera conseguiste articular palabra, solo agitaste tu cabeza en una desesperada afirmación—. Pues no usaré mi boca para darte placer, ¿entendido?

Mi voz se había vuelto dura de nuevo y una fuerza, extraña y desconocida, me incitó a ser cruel contigo. Me volvía loca esa expresión tuya de ansia desmedida, de desesperación y anhelo exacerbado, tanto que no podía renunciar al placer de no complacerte; porque intuía, por tu mirada, que tú también disfrutabas con ello.

Me levanté de la cama, fui hasta tu ropa y la cogí del suelo. Tus ojos se abrieron sin medida y yo no pude contener la carcajada malvada que me sobrevino.

—¿Y si te echo ahora mismo y te dejo así? Total, yo he tenido dos intensos orgasmos como hacía tiempo que no disfrutaba y estoy más que satisfecha.

—¡Alba! —exclamaste, y te acercaste a mí—. Por favor, Alba, no me eches, no me dejes así —rogaste desesperado—. Me moriré si me obligas a irme —confesaste. Una corriente me atravesó al escuchar la dulzura y la desesperación mezcladas en tu voz; no obstante, me contuve y seguí disfrutando de mi momentánea superioridad.

—Te morirás igual en cuanto te deje, y sabes que te dejaré —afirmé cruel. Tu cabeza se agitó a ambos lados.

—No, no me dejes nunca —susurraste con la voz tan ronca que apenas escapaba de tu garganta.

Sabía que era tu excitación la que hablaba y no tu cerebro, pero imaginar mi vida junto a ti y al hombre con quien ya la compartía logró humedecerme una vez más.

—No me lo has pedido con la suficiente devoción como para que yo te escuche siquiera, cuanto más para hacerte caso —te dejé caer con tanta suficiencia que hasta yo misma me sorprendí.

El pulso se me había vuelto a acelerar y daba cañonazos en mis tímpanos, y algo muy dentro de mí implosionó al verte caer a mis pies, de rodillas, y cercar mis pantorrillas con manos temblorosas.

—Alba, concédeme el honor de disfrutar de tu vientre y te juro que te amaré y te veneraré mientras viva —suplicaste, y fue una furtiva lágrima que escapó de tus ojos la que consiguió que me apiadase de ti.

—Levántate —te ordené a la vez que volvía a tirar tu ropa al suelo—. Vuelve a tumbarte y yo te haré que te arrepientas de lo que me has pedido.

—Jamás... —aseguraste antes de ponerte a mi altura para regalarme tu mirada suplicante.

—Eso ya lo veremos —advertí en el momento de empujarte para hacerte caer sobre el colchón.

Tu erección no había decaído, sino que la noté palpitante cuando cerqué tu miembro con mi mano y me recreé en su humedad y su dureza.

—Podría acabarlo así —amenacé, y mi mano comenzó a recorrer tu envergadura, primero con suavidad, para ir aumentando la cadencia hasta notar que tus músculos se contraían en un intento inútil de evitar lo inevitable—. ¿Te estás conteniendo? —Sacudí la cabeza y mi melena dorada me tapó la cara un instante. Aparté el pelo y te miré retadora—. Lo quiero —dispuse—. Lo quiero ahora.

Y con una última sacudida de mi muñeca, te esparciste en el aire y yo disfruté de tu rostro consternado.

—Eso ha estado mejor —elogié mientras limpiaba tu vientre, salpicado de esa sustancia, blanca y viscosa, que yo había obligado a verter sobre ti.

Mi mano recorrió, con una toallita, tu piel con parsimonia y se recreó más de la cuenta. Tus ojos me miraron temerosos y supe que era el momento de dejar aquel juego y entregarte todo ese amor que aún me daba pánico liberar. Lo cierto era que me daba pavor dar el último paso, dejar libre acceso a mi interior a un hombre que no era mi marido.

Besé tu boca para compensar mi cobardía y tú te entregaste a mí de nuevo. El fuego de tus ojos aún no se había extinguido y me sentí dichosa por ello, porque me dabas una nueva oportunidad para unirme a ti, para darme a ti, para disfrutar de este amor, repentino e inoportuno tal vez, pero tan intenso que me quemaba por dentro.

—¿Aún piensas en amarme y venerarme mientras vivas? —susurré, casi rozando tus labios, y tuve que hacer acopio de toda mi voluntad para dejarlos libres y escuchar tu respuesta.

—Hace tiempo que lo hago —confesaste—. Te venero, Alba, como a una diosa inalcanzable, y estaré eternamente agradecido a la vida por esta noche, aunque ni siquiera haya sido bendecido con el calor de tu vientre. Guardaré el sabor de tus besos, de tu piel, el aroma de tu cuerpo y la música de tus gemidos, y los recordaré, cada noche, en la soledad de mi cama.

La vista se me nubló y mis lágrimas rodaron por mis mejillas ante tus palabras. Quisiste enjuagarlas, pero aparté el rostro para premiarte como merecías, cubriendo tu piel de besos, regalándote las caricias de mis manos y el calor de mis entrañas, que se abrieron a ti y te cabalgaron con la pasión que bullía en mis venas. Tu carne en mi interior me hizo sentir completa, como si el círculo se cerrase y mi vida fuera perfecta, y mis rebeldes caderas te premiaron con la brusca cadencia que me demandabas como caballo hostil y salvaje.

Creo que pronuncié un «te amo» furtivo, mas no puedo afirmar si fue mi voz o mi yo interior quien lo liberó; solo sé que mi alma voló al cielo y cayó en tus brazos, y tus labios cubrieron mi rostro de besos, y tu voz susurró palabras de amor desesperado. Me dejé caer sobre ti y supe que ese era el segundo lugar en el mundo donde quería estar. No iba a renunciar a ti por la estúpida moral, no; porque la única persona que podía haber impedido que te amara de esta forma me había otorgado la libertad para sentir mi alma en plenitud, presa de dos amores, intensos y apasionados, a los que jamás renunciaría, como dijera Antonio Machín en aquel hermoso bolero.

Me miraste en silencio cuando apoyé la cabeza en tu pecho y me apretaste contra tu cuerpo. Tu mirada se dulcificó y tus labios besaron mi frente con tanta devoción que las punzadas en mis entrañas se transmitieron a mi piel y mi vello se erizó. Temblé y tú aumentaste la presión de tu abrazo.

—Sé que no debería hacerlo —susurraste—. Pero te quiero de tal manera que no sé cómo seré capaz de vivir el resto de mi vida sin volver a sentirte entre mis brazos. —Los coros celestiales no hubieran sonado en mis oídos con tanta belleza como tu voz llegó a ellos.

—Sé que no vas a creerme —comencé a decir, imitando tu propia frase—. Pero no sería sincera contigo si no te dijera que yo también te quiero, Diego. —La voz me tembló pero sonó con decisión. Tus pupilas titilantes me transmitieron tu sorpresa y tu inquietud, y yo proseguí para rescatarte de la confusión—: Sonará a locura porque, hasta en este momento, soy consciente de que amo a César como jamás he amado y amaré a nadie, ni siquiera a ti a pesar de que esto que siento sea tan intenso que no me cabe dentro. Sin embargo, ni todo ese amor inmenso por mi marido puede evitar que mi cuerpo tiemble cuando te tengo cerca, ni que las mariposas que juegan en mi estómago se despierten ante una mirada tuya, ni que el fuego me arrase con el roce de tus dedos en mi piel. Y lo peor de todo es que yo tampoco tengo ni la más remota

idea de cómo voy a vivir el resto de mi vida sin tenerte.

Tus pupilas brillaron y pude adivinar el reflejo del cristal en ellas.

—Siempre tendrás a César y siempre me tendrás a mí a pesar de todo —afirmaste rotundo—. Porque es seguro que no volveremos a atrevernos a repetir lo de esta noche; pero no sería capaz de concebir una vida sin ti, sin verte los martes y jueves por la tarde, sin comentar contigo los progresos de esa hija maravillosa que llegará muy lejos en la música, sin que vuelvas a asistir a mis conciertos, sin escuchar tu hermosa voz de sirena que me embrujó desde el primer momento en que llegó a mis oídos.

—Pero Lucía acabará en unos años y yo...

Tu mano acarició mis cabellos y el verde de tus ojos se intensificó por un instante.

—Déjame ser algo más que el profesor de música de tu hija —rogaste. ¿Cómo podía ser de otro modo? Hacía tiempo que ya eras mucho más que eso—. Déjame ser un amigo, alguien con quien quedar a tomar algo, con quien charlar junto a un café.

—¿Crees que podría renunciar a algo así? —fue mi respuesta—. Yo también lo necesito —afirmé antes de volver a perderme en la locura de tu boca, que suplicaba por una nueva caricia—. Yo también te necesito, Diego —suspiré junto a tu boca.

Mis labios devoraron los tuyos en un desesperado intento de retener tu sabor en mi recuerdo y volví a olvidar los miedos, las barreras sociales que interponía un abismo entre tu vida y la mía; mas no en aquel momento en que tus manos volvieron a recorrer mi piel, en que tus dedos rozaron mis pezones instantes antes de que tu boca se despegase de la mía para deleitarme con tu lengua traviesa, que me hizo gemir y rendirme a tus caricias una vez más. Y devoraste mis pechos antes de recorrer mi vientre, te detuviste en mi ombligo y jugueteaste con él, sin prisas, despertando mi deseo y mi impaciencia por sentir tu boca en mi carne, húmeda y abierta, que ya desesperaba por tus atenciones.

Tus manos, que en un primer contacto me parecieron inseguras e inexpertas y en ese instante sentía como exentas de egoísmo y dispuestas a satisfacerme, se anticiparon a tu boca buscando el centro de mi placer. Cuando tus labios bajaron hasta mi más secreta intimidad, tus dedos exploraron mi interior y yo me dejé hacer, ofreciéndome en una velada exigencia disfrazada de entrega. Mi rostro ardió y mi respiración se disparó cuando aumentaste la cadencia en

un crescendo apoteósico que culminó con un orgasmo intenso y la liberación del grito que llevaba tiempo aprisionado en mi pecho y que murió, silenciado, en la blandura de la almohada.

Aún no había recuperado el resuello cuando me enfrentaste con esa mirada tuya mezcla de dulzura, fuego y esa timidez innata que me había cautivado a traición. Tus pupilas titilantes me quemaron las entrañas y tu voz, cálida y temblorosa, provocó que mi cuerpo se agitara de puro ansia.

—Aún me quedan fuerzas para amarte una vez más —murmuraste antes de aproximar tus caderas y embestirme con una fuerza arrolladora que me hizo gritar y aferrarme a tus fuertes brazos.

Cerré los ojos, me apreté contra ti una y otra vez, cada vez que tú te hundías en mí, para sentirte más adentro, y mis manos cercaron tus glúteos contraídos para aumentar más la presión. Tus pupilas refulgieron como ascuas incrustadas en tu rostro y exhalaste tu último aliento antes de derramarte en mi interior y dejarte caer sobre mi pecho, que te recibió con un suspiro, resto de la tormenta que estalló en mí al sentir tu pulso en mis entrañas.

Creí que te quedarías dormido entre mis brazos, pero tu mirar me mostró el fuego que aún ardía en tu alma y, tras más besos y más palabras dulces y apasionadas, volviste a regalarme más amor, más locura, y mi cuerpo renació en tus brazos una, dos, tantas veces más que hasta perdí la cuenta; solo sé que la luz del sol asomaba, tímida, por el horizonte cuando sucumbí al sueño apoyada en tu pecho.

Cuando desperté, noté la blandura de la almohada y la frialdad de una sábana de algodón bajo mi mejilla. No sé si fue la desagradable sensación de no despertar junto al calor de tu piel o la de no poder perderme en tus ojos, pero el escozor de la culpa comenzó a hacer estragos en mí hasta lograr congelar mi alma.

Tú te habías levantado y trasteabas en el cuarto de baño. Tardaste tanto que enseguida comprendí que no tenías valor para enfrentarte al nuevo día después de lo sucedido. Mi mente se bloqueó y, junto con el arrepentimiento, comenzó a atacarme el miedo a perderte, a perderme, a necesitarte con desesperación, a no poder vivir sin ti. Aquello me acabó de cerrar el sendero por el que, la noche anterior, había huido de la consciencia, de la estúpida moral, de los dictados de la sociedad, y volví a caer, de golpe, en la maldita realidad.

Me levanté de un salto, me apresuré a vestirme y apenas crucé una mirada

contigo cuando saliste del baño y yo entré tras de ti. En ese momento, era yo quien no tenía valor de salir, de enfrentarte, de reconocer hasta qué punto habías llegado a enraizar en mi alma y el pánico que ello me producía. Me endurecí, me recompuse y salí para enfrentarme a mi inconsciencia con fuerzas renacidas.

—Vete, por favor —ordené, con la ropa que había recogido del suelo entre las manos, para añadir de inmediato—: Debí haberte pedido que te fueras antes de dejarme arrastrar por esta locura.

No lo sentía, era mi miedo quien hablaba por mí, el temor a sufrir, a dejar de nuevo el alma al descubierto, mis sentimientos a tu alcance para que los manejaras a tu antojo. Tu mirada se ensombreció y tus ojos se volvieron transparentes, casi azules, cuando me miraron.

—Siento mucho haberte ofendido —te disculpaste, cabizbajo.

—Me temo que yo también he tenido la culpa —observé—. No te eches toda la mierda encima, Diego. Podía haber rechazado tu sugerencia y no lo hice, aun a sabiendas de que esto ocurriría, porque sabía que iba a ocurrir —asegué sin titubear—. Hasta César me advirtió de que pasaría y no lo quise creer.

Tu mirada, huidiza esa vez, se paró en la mía décimas de segundo y se clavó en el suelo.

—¿Vas a contárselo?

—Es mi marido. Jamás le mentiría. —Hasta a mí me sonó como un puñetazo en el estómago, no llego a imaginar cómo te caería a ti en ese momento.

—Me partirá la cara y con razón —dedujiste con resignación.

—No es de esos —discrepé—. Simplemente, hará como si nunca hubiera ocurrido, y me temo que yo haré lo mismo —confesé con un hilo de voz.

Me volviste la cara y yo no quise buscar tu mirada porque, si hubiese descubierto lágrimas en tus ojos, como sabía que encontraría, no habría podido reunir el valor para hacer la maleta de forma apresurada, salir por esa puerta y dejarte abandonado con el corazón hecho pedazos en esa habitación donde tanta felicidad había hallado en tus brazos.

Con la puerta ya abierta, recogí el bolso, que reposaba sobre el pequeño escritorio, y me encaminé hacia la puerta. Me volví y me despedí, a pesar de que tú no apartabas la vista de la ventana, sin pestañear, como intentando mostrar una falsa entereza.

—Cuando te vistas, solo tienes que cerrar la puerta. Yo entregaré la llave en recepción —advertí con la frialdad más natural que pude fingir—. Nos vemos en septiembre, Diego.

—Claro —afirmaste a la vez que movías la cabeza arriba y abajo.

No volviste la mirada hasta el último momento. El verde mar de tus ojos me resultó tan acuoso como un océano insondable, pero tu sonrisa me otorgó el permiso para marcharme.

—Hasta septiembre, Alba —recalcaste con la voz tan afectada que el nudo de tu garganta se traspasó a la mía—. Y dile a Lucía que no se olvide del oboe durante todo el verano.

Solo me quedaron fuerzas para fingir una falsa sonrisa y afirmar con la cabeza antes de cerrar la puerta. No obstante, permanecí, durante un tiempo que no supe calcular, sin poder moverme, parada junto a la puerta de la habitación, conteniendo el deseo de golpear con los nudillos para que me abrieras, para poder decirte que, a pesar del miedo, de los muros que tendríamos que demoler y del deber que la sociedad me imponía como mujer, esposa y madre, te amaba como nunca imaginé que podría querer un corazón felizmente enamorado de otro hombre como lo era el mío. Pero me fui, lloré mares por las tristes calles con reminiscencias de fado mientras hacía tiempo para que saliera mi tren.

Decidí montar en el elevador de Santa Justa, una manera como otra cualquiera de perder el tiempo esperando una cola que parecía no avanzar para subir por un viejo ascensor hasta el mirador. Las hermosas vistas de la ciudad y sentir la inmensidad bajo mis pies casi me hizo sentir bien, la belleza del convento do Carmo me incitó a rogar a la divinidad por el perdón de mi alma pecadora. Y lloré al hacerme consciente del vacío que habías dejado en mi alma, ese que no conseguí llenar ni siquiera con el abrazo de César cuando regresé a casa.

Pasé los primeros días tras mi aventura en un estado cercano al trance. Mis hijos mayores, Patricia y Miguel, no osaron preguntar qué me estaba pasando; ni siquiera César se atrevió. Solo el alma sensible de mi pequeña Lucía supo adivinar mi dolor sin que yo le dijese nada.

—No estés triste, mamá. Piensa que los artistas tenemos que sufrir. Es lo que alimenta nuestra creatividad —me dejó caer una mañana en que las dos nos habíamos quedado solas en casa. Me sentí desnuda, como si el alma se me transparentase ante sus ojos—. Mira, yo estoy colada por mi profe de música y

sé que él quiere a otra.

La sangre se me heló al escucharla. Era consciente de que mi hija se encontraba en esa edad en que las niñas se enamoran de su profesor. No obstante, me sentí, por un instante, ladrona de su felicidad.

—¿Que quiere a otra? ¿Y tú qué sabes? —protesté en un tono que pretendió ser neutro y que mi voz, más atiplada si cabe que de costumbre, delató.

—Mamá, no estoy ciega. Me he dado cuenta de cómo le brillan los ojos cuando te mira.

—¿A mí?! —inquirí antes de echarme a reír a carcajada limpia en un absurdo intento de ocultar el temblor que se acababa de apoderar de mi cuerpo.

Creí que ya lo había oído todo. Total, que mi hija se hubiera percatado de que tú estuvieras enamorado de mí no me inculpaba expresamente; no obstante, esa niña demasiado despierta y esa intuición suya que había heredado de mí sacaron a la luz el que yo creí el mejor guardado de mis secretos.

—Sí, mamá, Diego está loco por ti —insistió—. No hay más que ver cómo cómo se le iluminan los ojos cuando estás cerca, la sonrisa de bobo que se le pone cuando tú lo miras a él. Y cómo suspira cuando tú le devuelves esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La de una mujer coqueta que se sabe dueña del corazón de un hombre —me dejó caer, y apreté los puños con la intención de guardar una compostura que se había vuelto insostenible.

—No digas tonterías, Lucía —discrepé contrariada—. Yo no lo miro de ninguna manera extraña, yo no siento nada por él. No pienso dejar a tu padre. Te lo digo por si se te ha pasado por la cabeza.

Mis insistentes negaciones no fueron sino torpes excusas que confirmaron la teoría que esa jovencita perspicaz había enunciado en su mente para comprobar, mediante la experimentación, que era tan cierta como ella había supuesto.

—Claro que no vas a dejar a papá, por eso has llegado de Lisboa con el corazón hecho mierda; porque sé que has ido a ver el concierto que daba en San Carlos, y sé, por el careto que traes, que acabas de renunciar a un sueño, porque te has sacrificado por salvar a tu familia. Llevas el dolor del desamor en la cara, mamá; pero no el del típico chasco de un amante que ha resultado

ser un panoli, sino el de la renuncia a un sentimiento que estás ahogando dentro. Y acabarás culpando a papá y todo se irá a la mierda si no consigues olvidarlo. Así que yo también debo sacrificarme. Voy a dejar el oboe, mamá, y así no tendrás que verlo más; o, mejor dicho, dejaré sin terminar el grado medio en música. Puedo ser una buena oboísta y, de hecho, lo soy, modestia aparte. No necesito más teoría.

—¡De eso nada! —grité contrariada, recuperada mi entereza. Por ahí no pensaba pasar, costara lo que costase—. Mira, Lucía, antes de permitir semejante disparate soy capaz de traerme a Diego a casa y practicar la poligamia. —Sus ojos se abrieron sin medida, pero yo ya no podía parar a la fiera que acababa de escaparse por la rendija de la jaula que esa niña inconsciente acababa de abrir—. Porque, para que lo sepas, tu padre está al corriente de lo que yo siento, de lo que él siente; de todo, ¿te enteras? Lo único que no sabe es que he decidido cerrar esa puerta porque no pienso complicarme la vida hasta ese extremo, pero si aliviar mi carga conlleva que tú renuncies a tu carrera musical, por mis santos ovarios que me vuelvo bígama.

Ni siquiera me había percatado de la presencia de César, que nos observaba desde el recibidor con la expresión de no poder creer lo que estaba escuchando.

—¿Cerrar la puerta? —repitió, incrédulo, con el rostro contrariado—. ¿Es que no hemos hablado ya de eso? Es más difícil componer el cascarón de un huevo que dejar esa puerta cerrada, Alba. ¿No te das cuenta de que te estás ahogando? No sé qué ocurrió en Lisboa, no he querido presionarte y he preferido esperar a que tuvieras el valor de contármelo, pero ya te digo que, fuera lo que fuese, ha abierto un camino sin retorno, y cuanto antes lo aceptes, mejor para nuestra familia.

—Pero ¿cómo se te ocurre decir esas barbaridades delante de nuestra hija?! Solo tiene catorce años, ¿qué sabe ella de la vida, del amor, de las relaciones de pareja...?

—Del poliamor, de la bisexualidad, de la transexualidad, de la homosexualidad, de la asexualidad... Mamá, ¿no te das cuenta de que la sociedad está cambiando? Nosotros, los jóvenes de ahora, salvo cuatro gilipollas, aceptamos cualquier clase de amor. Siempre encontrarás mentes de dinosaurio que te mirarán como si estuvieras p'allá y te dirán que eres una zorra. —Su franqueza me hizo dar un respingo, sin embargo, ella prosiguió sin

inmutarse—. Pero esa gente irá muriendo y nosotros quedaremos para decirte que no tengas miedo al amor, mamá. ¡Y qué narices! Aunque a mí me tacharan de puta, preferiría soportar los cuchicheos al pasar por la calle que una vida de mierda por renunciar al amor de verdad.

—Mi amor verdadero es tu padre —insistí ante la tozudez de esa criatura que no dejaba de asombrarme por cada palabra que salía por su boca.

—Pero solo ocupo la mitad de tu alma. El resto quedará vacío y nuestro amor se irá a la mierda como bien ha dicho la niña antes, como yo te dije hace tiempo —insistió César, y a mí me pareció estar dentro de una novela surrealista escuchando a mi marido y a mi hija pequeña animarme a que metiera a otro hombre en mi cama.

Quise echar a correr y no volver. Me daba igual lo que dijeran, jamás podría vivir en contra de... Sí, en contra de esas creencias que fueron grabadas en mi mente durante demasiados años y que no eran tan fáciles de borrar de mi cerebro. Me habían dado una educación cristiana, a pesar de que no fuera estrictamente practicante. Bastante tenía con haberme echado a las espaldas un divorcio como para soportar el peso de una pareja de tres. Ni loca. No podría con ello, incluso con el apoyo de mi familia y tu transigencia. O eso pensé durante el resto del mes de julio y agosto. Incluso, dos días antes de que comenzara el nuevo curso y de que me preparase para viajar, una vez más, hasta Almendralejo para dejar a mi hija en tu clase, pensaba que ya lo había superado, que podría vivir con el feliz recuerdo de una noche de locura sin anhelar el amor al que creí haber renunciado.

Debo a César y a su total convencimiento el hecho de estar aquí, pues dijo que no me dejaría venir sola porque sabía que me escaquearía a la mínima para no enfrentarme a esto. Sabía que la conversación, eternamente pospuesta, pues había intentado ponerte mil veces un mensaje de WhatsApp o llamarte por teléfono, con nulo éxito porque en el fondo tampoco quería decirte adiós, tendría que acabar por surgir. Y aquí estoy, después de una tarde entera esperando a que acabes tus clases para poder poner fin a... A nada, porque ha sido encontrarme con el verde de tus ojos y volver a recordar esos besos, esas caricias, esas palabras de amor que se han quedado grabadas a fuego en mi alma y no soy capaz de borrar. Por favor, Diego, dime que ya no me quieres, dime que todo fue un error, que no estás dispuesto a compartir a tu amor con otro hombre. Dime que te rompí el corazón cuando te dejé en esa habitación y que lo has reconstruido de tal forma que te has vuelto inmune a mí. Dímelo y

podré olvidarlo para siempre.

Alba se dejó caer en el asiento que, horas antes, había ocupado su propia hija y se llevó las manos al rostro para ahogar un sollozo. Había liberado al monstruo que llevaba casi dos meses conviviendo con ella y, por un ínfimo instante, se sintió libre; hasta que un vacío abisal comenzó a apoderarse de ella para hacerla consciente de que César tenía razón, de que el alma quedaría yerma si arrancaba el amor recién florecido y se llevaría consigo las raíces del que llevaba años en su corazón.

Dejó correr las lágrimas con libertad, retirando las manos de sus párpados. Diego apartó el atril que se interponía entre ambos y se sentó a su lado, en silencio; buscó sus manos y las acarició entre las de él. No sabía si pretendía calmar su pesar o confesar que la seguía amando a pesar de su desplante; no obstante, su voz, calmada y con un deje de inseguridad, la sacó de sus dudas con una respuesta que, en el fondo, no deseaba.

—Alba... yo también estuve reteniendo mis pasos para no abrir la puerta cuando te fuiste, y si hubiera sabido que seguías al otro lado, yo... —se lamentó con el rostro compungido mientras sacudía la cabeza a ambos lados—. No puedo seguir así, en este sin vivir.

El corazón se le cayó al suelo y se congeló. Se liberó de sus manos, se levantó de golpe y se tragó el nudo de la garganta para que su voz sonara firme.

—Lo entiendo, Diego. No esperaba que me contestases otra cosa. Nadie está dispuesto a compartir un amor que podría encontrar en cualquier otra mujer, más joven y más guapa que yo, y libre. Deberías ser idiota si pensaras lo contrario —arguyó con una entereza sorprendente hasta para ella misma—. Era lo que necesitaba oír para acabar con esta locura. Me costará un tiempo, algunos meses quizás, pero lo superaré —concluyó antes de asir el bolso, que colgaba del respaldo del asiento—. Y te prometo que volveré a tratarte como antes. Bueno... y a tomar algún café si algún día se terciá. Sin rencores. Y gracias, muchas gracias por aquella noche y por ayudarme a romper lo que yo sola no soy capaz.

Diego se interpuso en su trayectoria cuando intentaba abandonar el aula. Sus ojos turquesa centellearon y su rostro le mostró un pánico mal disimulado momentos antes de que llegara a agarrar el pomo para marcharse.

—No me has entendido, Alba, o no me has querido entender —protestó con el rostro contraído por un temor que no deseaba esconder. Sus manos la agarraron por los hombros en un inconsciente deseo de retenerla, y esa presión en su carne la hizo desistir de su torpe huida—. No puedo vivir así, Alba, sin verte, sin hablarte, sin decirte que te quiero con tanta intensidad que si salieras ahora mismo por esa puerta, me dejarías muerto para el resto de mi vida.

Las lágrimas volvieron a su rostro y tuvo que hacer un último esfuerzo por no perderse en el calor de sus brazos, que la incitaban, de forma inconsciente, a buscar su refugio.

—Tú necesitas a una mujer de tu edad, soltera, sin hijos, sin marido, sin tres embarazos y cuarenta y cinco otoños a sus espaldas. No te conformes conmigo cuando tienes la posibilidad de encontrar un amor enteramente tuyo —expuso con la esperanza de que él echase por tierra sus argumentos.

—Yo te necesito a ti, Alba; necesito tu risa ruidosa, tu voz de sirena salvaje, tu sonrisa, tus besos, tu fuego, tu alma rebosante de sentimientos inagotables, tu amor sin condición y sin límites —discrepó él, y necesitó de sus últimas fuerzas para permanecer aparentemente inmune a sus palabras—. He tenido pocas parejas, un par de ellas que fueran en serio, pero ninguna de esas mujeres, solteras y más jóvenes incluso que yo, fueron capaces de darme el amor que necesitaba.

—¿Acaso yo te lo doy? —inquirió en un tono de oposición.

Los ojos claros de Diego brillaron y su rostro le mostró aquella sonrisa, que era capaz de derretir el acero de sus cadenas, antes de sentenciar:

—Tú me das mucho más que eso. Me das la renuncia a tu propio amor para intentar liberarme. Eso dice mucho de ti, Alba, porque solo una persona que ama de verdad a otra es capaz de renunciar a sí misma para hacer feliz al objeto de su amor, y nadie, hasta ahora, me había ofrecido tanto a cambio de nada. Por eso te amo, por tu corazón inmenso y exento de egoísmo —insistió en el momento de rodear su cintura para acercarla más a él. Ella no pudo huir a su invitación y se dejó llevar con la única barrera de sus manos en el pecho de Diego, cuyo corazón pudo sentir latiendo bajo su camisa—. Por tu alma sensible, que es capaz de llorar ante la belleza de mi humilde música; por tu bondad. Pero no nos engañemos; antes de un artista sensible soy un hombre, y, como tal, también me he dejado cautivar por el fuego de tus besos y de tu vientre, por tu belleza...

—¿Mi belleza? —lo interrumpió consternada—. Pero si soy una mujer

insulsa de piel lechosa y pechos maltratados por la maternidad, si tengo una cara de lo más normal, por no decir que soy más fea que...

—¿Fea? —discrepó él, visiblemente contrariado—. Me vuelven loco tus ojos de fuego, tus sensuales labios, tu cabello de seda, con el que sueño cada noche desde que te conocí. Y tu cuerpo... Tu cuerpo es tan hermoso que no habría música en el mundo para describirlo.

—Y tú debes estar colado hasta los huesos si piensas que mi cuerpo es hermoso —volvió a interrumpirlo sin poder evitar que emergiera la sonrisa de la felicidad en su rostro.

—No sabes hasta qué punto, amor mío —reconoció antes de regalarle el consuelo de sus labios, que se encargaron de hacerla revivir. Fue cuando se hizo consciente de que su marido tenía razón, de que dejaría morir su alma si intentaba cerrarla al nuevo amor.

Y se dejó llevar por la espiral de besos interminables, por las ardientes palabras de aquella voz que la embriagaba y la hacía dejar a un lado su absurda conciencia, por la locura de aquellas manos osadas que levantaron su falda y buscaron el interior de sus muslos, que ella abrió en una velada exigencia por culminar su desesperación. Y se dejó llevar por las certeras caricias de sin egoísmo que se desvivían por complacerla, y lo sintió temblar de impaciencia antes de que entrase en su interior con una embestida salvaje y desesperada que acabó por llenar el vacío inmenso que se había creado en su corazón desde la mañana en que salió corriendo de aquella habitación en Lisboa. Lo sintió vibrar en su interior y necesitó besarlo, y morderlo, para no gritar cuando se perdió en su propia evasión.

—¡Cuánto te he echado de menos! —confesó con la visión borrosa y un nudo que le dificultaba la respiración.

—No menos que yo —murmuró él entre estertores, aún recuperándose, envuelto en sus brazos—. No me dejes tanto tiempo sin ti, Alba. No estoy seguro de volver a soportarlo.

—No volveré a tener miedo, te lo prometo —aseguró mirándose en el mar de sus ojos que, en ese momento, brillaban de felicidad.

Y se habrían quedado así, eternamente abrazados y mirándose a los ojos con una sonrisa en los labios de no ser por unos golpes en la puerta, del conserje.

—Enseguida acabo —indicó Diego haciendo un esfuerzo por separarse de ella para recoger sus cosas y abandonar el edificio.

—No nos habrá escuchado... —se lamentó con un calor sofocante invadiendo su rostro.

—Si lo ha hecho, peor para él. Que se muera de envidia —bromeó Diego con una sonrisa iluminando su rostro.

El teléfono sonó justo cuando salieron a la calle. Lo buscó en el bolso y descolgó al leer el nombre de César en la pantalla.

—¿Dónde estás?

—Me he venido con la niña a casa, se hacía tarde y he pensado que a Diego no le importaría acercarte.

—Pero no sé si...

—Pásamelo, anda —pidió su marido al otro lado, y ella extendió la mano para ofrecerle el teléfono a la vez que se encogía de hombros.

—Dime, César —contestó con un desparpajo natural.

—¿Te importaría acercar a Alba? Acabamos de llegar a Zafra y, como tú vives por aquí cerca, pensé que no sería molestia...

—Ninguna. Me pilla de camino a casa.

—Me haces un favor, la verdad.

Aún le costaba creer que su marido hablara con Diego con ese desenfado, como si le trajera al fresco tener que competir por su amor y sus atenciones. Y el recuerdo de las palabras que ese mismo hombre dedicara a ella le dieron la respuesta: «Solo una persona que ama de verdad a otra es capaz de renunciar a sí misma para hacer feliz al objeto de su amor». Si bien, la renuncia no era total en ese caso, sí era consciente del esfuerzo que su marido debería hacer para perder la exclusividad de la que había disfrutado hasta ese momento.

Se le escapó el resto de la conversación entre sus propias elucubraciones, pero no el semblante sonriente del hombre al que había entregado, de manera inconsciente, la mitad de su alma, en el momento de devolverle el teléfono.

—Le he preguntado si debía llevarte temprano o podíamos tardar un poco más.

—Y él te ha dicho que yo soy mayorcita para decidir si mañana quiero morirme de sueño en el trabajo —adivinó al vuelo, no en vano llevaba dieciocho años casada con él.

—Pues tú decides —concluyó Diego encogiéndose de hombros mientras pulsaba el botón de apertura del coche—. ¿Quieres ir a casa? ¿O, tal vez, prefieras conocer la mía?

—¿Tú no vivías en un pequeño pueblo plagado de alcahuetas? ¿Qué dirán

si te ven entrando en casa, con una mujer, a altas horas de la noche?

—Lo que digan ellas me trae sin cuidado, solo me importa lo que digas tú —susurró junto a su oído, ya en el habitáculo del coche, sentado junto a ella.

—No quiero que hagas eso por mí —sentenció enérgica—. Aún no. Primero quiero saber si funcionará.

Diego soltó el volante y demoró el momento de arrancar para tomar sus manos y regalarle su mirada risueña.

—¿Por qué no iba a funcionar?

—Porque la teoría es muy bonita —advirtió—. Porque es muy gracioso hablar por teléfono con mi marido como si nada, sabiendo que él está al corriente de todo; pero no estoy yo tan segura de que esto no se convierta en una pelea de dos hermanos compitiendo por las atenciones de mamá.

Él rio y apretó sus manos con más fuerza.

—Una buena madre ama a sus hijos por igual y jamás desatiende a uno en favor del otro.

—Sí, y yo tengo tres hijos; al menos por ahora. —El rostro de Diego le mostró el asombro y un matiz que no supo catalogar—. No pongas esa cara, que estuve contando los días hasta que me vino el periodo en julio y me temo que haré lo mismo en esta ocasión. ¿Qué pasa? ¿No eres de esos hombres que guarda un condón en la cartera por lo que pueda pasar? —bromeó antes de soltar al aire una carcajada.

—Pues no, no soy de esos. De hecho, habré gastado dos o tres paquetes en toda mi vida. Me temo que no tengo mucha suerte con las mujeres —confesó antes de atacarla con cientos de preguntas—. ¿Y tú? ¿No tomas nada? ¿Aún...?

—Si, aún puedo tener hijos, si es tu pregunta. Gracias por llamarme vieja —bromeó antes de sacarle la lengua—. Y no, no tomo nada. Necesité una inseminación para que naciera Lucía y no he dejado de intentar que viniera un segundo hijo de César, pero no ha habido suerte.

—Entonces, eres fértil y yo... —Su semblante mostró sorpresa.

—No me digas que tienes miedo —atacó con más aspereza de la que hubiera deseado.

Diego se apresuró a sacudir la cabeza enérgicamente hacia ambos lados.

—Me habías animado a buscar a una mujer que me diera hijos, por eso pensé que tú no...

¡Qué narices! No iba a andarse con medias tintas a esas alturas. Atacó de nuevo, sin piedad, sin pelos en la lengua.

—La cuestión es si entra en tus planes el ser padre algún día.

La sonrisa emergió del rostro del hombre que tenía enfrente y su voz sonó cargada de ilusión, como la de un niño que descubre el juguete más añorado en el día de Reyes.

—¿Estás de broma? ¡Me encantaría!

—¿Y habrías renunciado a serlo por mí? —inquirió ante el asombro de su contundente afirmación.

Él se tomó su tiempo para responder. Volvió a sonreír y le acarició el rostro con una de sus manos, que ella aprisionó para llevarla hasta sus labios y besarla. Él suspiró.

—¿A qué no habría renunciado por ti? —contestó con una pregunta, y su tono de voz dijo el resto.

Cerró los ojos y se apartó de Diego un instante antes de dejar escapar, con brusquedad, el aire de sus pulmones.

—Parece muy bonito, pero no va a ser nada fácil, ¿lo sabes? —insistió.

—Ninguna relación es fácil, la nuestra no iba a ser menos —aseguró él con una rotunda convicción.

—Sabes que nos criticarán, que cuchichearán a nuestras espaldas...

—Y que se burlarán de tus hijos, o de nuestros hijos si se diera el caso —interrumpió Diego para añadir lo evidente—. Pero es algo con lo que tendremos que vivir; porque tú sabes, al igual que yo, que no tenemos opción.

—No. No la tenemos —admitió antes de arrellanarse en el asiento mientras el coche se incorporaba, por fin, a la circulación.

Diego estaba en lo cierto, ella lo sabía, César lo sabía, hasta lo sabía Lucía. El duro camino hacia una insólita y nada convencional felicidad se adivinaba salpicado de escollos; no obstante, esa senda era la única vía de escape que la salvaría de una vida incompleta, de una felicidad a medias que ya no quería vivir. ¿Estaba preparada para transitarlo? Tal vez no; sin embargo, sus opciones para huir de su destino se agotaron en el mismo instante en que se dejó cautivar por esas notas que lograron el milagro de vencer sus miedos y enfrentarse a un amor inesperado. La pieza Gabriel's oboe, del maestro Ennio Morricone.

I want to know what love is

Camilla Mora

Para los que el amor los encuentra, aunque no lo busquen.

Al abrir la puerta del cuarto de baño ubicado en la playa privada perteneciente al Hotel Carlton, se vio interceptada en su salida. Descendió la vista por el torso atlético salpicado de gotas de agua que se interponía en su paso, y un anhelo sin igual de recoger cada círculo cristalino con su lengua la estremeció y le quitó el aliento.

—Permiso —pidió con una voz tan ronca que ni siquiera parecía suya.

Sin embargo, él no se movió ni un ápice y, cuando quiso rodearlo, le plantó ambas manos en el marco de la entrada, sin permitirle escapar. Ella tragó en seco y cerró los ojos con fuerza. No quería pensar que él se hubiera percatado de la observación casi obsesiva a la que ella lo había sometido en las últimas horas, pero parecía que era un imposible: había sido descubierta.

—Adentro —ordenó él con un tono autoritario y que no daba lugar a réplicas, aunque sus ojos pardos chispeaban con diversión y picardía.

—¿Perdón? —Alzó la cabeza de inmediato y lo miró con desconcierto y claro desafío.

—Me has estado comiendo con los ojos durante toda la mañana —argumentó con una sedosidad vocal que hizo que los dedos de sus pies se replegaran y que su sexo se humedeciera al instante—. He venido a que me des lo que prometías en tus miradas.

El aire se le atoró en la garganta y su corazón comenzó una carrera inaudita.

Era cierto que lo había estado contemplando; aunque había intentado apartar los ojos, no lo había conseguido. Se vio hipnotizada por un cuerpo que nadaba contra las olas como un delfín de piel bronceada y bañada en oro líquido al reflejarse en ella los rayos de sol. Los brazos masculinos penetraban en el agua con la precisión de una maquinaria aceitada de forma

exquisita. Ella había permanecido con los pies enterrados en la arena y al resguardo de la sombra de una sombrilla mientras observaba cómo aquel espécimen sacado de un cuento de fantasía se sumergía y danzaba al son de los vales del océano.

—No sé a qué te refieres —mintió, con las mejillas rojas como las cerezas maduras, al tiempo que rehuía la mirada color café.

Él enlazó un brazo alrededor de su cintura, la elevó como si no pesara más que una pluma y los adentró en el baño tan rápido que ella ni siquiera consiguió reaccionar. La sentó sobre la mesada de mármol del lavabo, que le congeló el culo al segundo, y se posicionó entre sus muslos, sin permitirle movimiento alguno, lo que la irradió con un fuego sin igual.

Sus ojos se abrieron de par en par y su corazón se disparó de forma enloquecedora. Eso no podía estar pasando, ¿cierto? Al menos no a ella, que no era una bomba sexual de curvas sugerentes, sino una joven bajita, un tanto rellenita y bastante anodina.

Tan solo cubierta por un bikini, se sentía casi desnuda. Y que él llevara un traje de baño que no dejaba nada a la imaginación y que no disimulaba la dureza que lo estiraba no ayudaba en lo más mínimo a calmar las palpitaciones en su pecho y los estremecimientos que la recorrían. Él la sujetó por las caderas y se aproximó desprendiendo un calor que abrasaba su piel clara como si fuera una hoguera en medio de una mañana de invierno. Lo sorprendente era que ella se sentía atraída hacia él como una polilla a un foco encendido, y solo quería presionarse contra su torso, esculpido por un maestro de la creación y salpicado de un ligero vello aún húmedo. Las ansias de verse envuelta por sus brazos eran tan acuciantes que hasta temió en lo que el deseo la convertía, puesto que la razón se veía desplazada por algo más animal y primitivo.

—No —fue la súplica que abandonó sus labios, y se estremeció al aplanar las palmas sobre el cálido pecho casi pegado al suyo; estos oscilaban por las respiraciones agitadas. Lo que ella no tenía claro era si le suplicaba que se detuviera o que no lo hiciera. ¿O acaso la súplica era para sí misma?

Posó las manos en los antebrazos y se vio abrasada por tal calor que no pudo apartar las yemas de él; un jadeo abandonó sus labios. Su figura se vio propulsada hacia delante, como si él se hubiera convertido en un imán. Una bruma de pura excitación los acogió, el mundo enteró desapareció en un parpadeo y las sensaciones se profundizaron en una escalada interminable que

hizo que cada terminación nerviosa les vibrase con intensidad.

El desconocido le enterró las manos en la cabellera castaña, le apartó un par de mechones y le acercó la boca al oído.

—Amor, si dices de nuevo que no —susurró, en una inconfundible advertencia que la estremeció entera, y, en respuesta, ella clavó las uñas en su brazo—, me iré —gruñó, y miró las pequeñas falanges hundidas en su piel—. Para mí un «no» es «no». —Conectó los ojos pardos con los suyos, un tono más claro de la misma gama, y ella constató la seriedad en sus palabras. Podían jugar todo lo que quisiera, adquirir los roles que les vinieran en gana, pero ella debía tomar una decisión para participar en el campo de juego—. Dime que no —terminó con un tajante desafío, con ojos chispeantes y una media sonrisa.

Abrió la boca, sin embargo, ninguna palabra la abandonó, por lo que quedó con una mueca bastante ridícula esbozada en el rostro.

El murmullo de personas que pasaban por el corredor al que daba el cuarto de baño la trajo a la realidad en un parpadeo. Cuando él se acercó a la distancia de un suspiro, el aroma a agua salada y sol la envolvió y la sumergió de nuevo en ese mundo de crudo deseo y lujuria. Su temperatura aumentó hasta un nivel imposible; parecía estar dentro de un horno, como un pavo cociéndose para Navidad.

Él le tomó el rostro entre sus manos y la contempló con una sensualidad que la hizo sentirse la mujer más bella que hubiera contemplado. Descendió la boca sobre sus labios en un beso perezoso y tierno que pronto aumentó en ardor hasta tornarse hambriento y voraz.

Sin que sus alientos dejaran de entremezclarse, él deslizó las yemas desde sus caderas, a lo largo de sus muslos, hasta detrás de sus rodillas en un camino calcinante, demorándose allí y dibujando entramados invisibles, lo que hacía que la sangre le viajara por sus venas a una velocidad increíble. Un gemido escapó de la mujer y un gruñido, de él ante el contacto de su erección con el húmedo sexo femenino, aunque aún cubiertos por sus trajes de baño.

La sujetó por las caderas y ella enlazó las muñecas por detrás de su cuello. Enredó los dedos en el cabello rubio y se inclinó hacia delante hasta que ambos quedaron entrelazados en uno solo. Él la reclinó contra el espejo que tenía detrás y ella se arqueó hacia el hombre en un semicírculo perfecto, sin lograr estar lo suficientemente cerca uno del otro. Gimió dentro de su boca, presa de un sinfín de sensaciones que jamás había experimentado con un total

desconocido.

Una canción de la banda inglesa Foreigner comenzó a sonar por todo el lugar, suponía que serían por los altoparlantes ubicados en diversos lugares de la playa.

I want to know what love is, I want you to show me, and I want to feel what love is, I know you can show me^[1].

Él liberó su boca para dejar un camino ardiente de besos por su mandíbula, cuello y clavícula. Cuando arribó al inicio de los senos, contempló los pezones, endurecidos y anhelantes. Apresó uno en la boca a través de la tela, arrancándole un jadeo agudo por la sorpresa. Lo mordisqueó y torturó a su antojo a la par que enterraba una mano en el cuero cabelludo, en la parte posterior de su cabeza, y otra a su espalda. Tironeó, arañó y friccionó el pequeño brote con sus dientes, conduciéndola en una montaña rusa del más crudo placer.

Los gemidos, suspiros y jadeos acallaban los murmullos del mundo exterior, creando una atmósfera solo habitada por ellos y los remolinos de sensaciones que los envolvían.

La soltó tan de pronto que la dejó mareada, y la ancló al lugar con las palmas sobre sus muslos. Conectó los ojos con los de ella por unos segundos que se le antojaron eternos, sin que ninguno pronunciara palabra alguna. Un silencio solo interrumpido por la respiración frenética de ambos. Y, de improviso, él le sonrió con una picardía que la sonrojó como todo lo que habían compartido hasta el momento no había conseguido.

—No soy un hombre fácil, amor —aclaró con voz grave y con un dejo de diversión—. No me entrego en la primera cita. —La soltó al tiempo que negaba con la cabeza, tratando de contener una sonrisa, sin embargo, las comisuras de su boca se alzaron un tanto.

—Eres recatado entonces. —Ella posó un dedo sobre su barbilla y elevó los ojos con aire pensativo—. Bien, tendré que cortejarte por una cita más.

—Tres —informó él, y mostró esa cantidad de dedos de sus manos en alto.

—¿Tantas? —preguntó, formando un mohín con los labios.

—Te dije que no soy fácil, no intimo antes de la tercera cita.

—Creo que podré contenerme —bromeó. De pronto, la inseguridad se vertió sobre ella. No estaba segura de que fuera más allá de una broma y que no estuviera proponiéndole volver a verla. Tampoco sabía cómo preguntarlo.

Él algo debió de captar en su expresión, porque le acunó el rostro con dulzura y le dijo:

—¿Hoy a las seis en el bar del hotel para nuestro segundo encuentro?

La alegría estalló dentro de ella y no le importaron las frustradas citas y noviazgos que había tenido hasta ese instante. Enganchó los tobillos detrás de su culo y lo atrajo a ella para un beso ardiente y avasallador.

Tomó asiento en una de las mesas del bar. De solo pensar en contemplar de nuevo esos cabellos rubios goteando y las gotas deslizándose por el torso acordillerado de ese hombre de cuerpo dorado, se aceleraban los latidos en su pecho. La boca se le hizo agua al imaginar en acariciar con la lengua cada músculo del extraño y degustar su boca de nuevo. Se abanicó con su mano y alzó la otra para pedirse un cóctel que enfriara el deseo que la había invadido. Al menos hasta que llegara su desconocido.

Esperó y esperó. Tomó una, dos y tres copas hasta que su cabeza comenzó a dar vueltas. Las agujas del reloj a su muñeca se borroneaban, aunque distinguía que estas pasaban y pasaban sin que el extraño de la playa llegara.

¡Qué tonta! ¿Cómo podría haber pensado que un hombre como él estaría interesado en alguien como ella? Debió haber sido solo una broma tonta y ella había caído como una ilusa.

Necesitaba distraerse, por lo que abrió su itinerario sobre los sitios de filmación de la película *Para atrapar al ladrón*, dirigida por Alfred Hitchcock, de quien era fanática. Protagonizada por Grace Kelly y Cary Grant, había sido filmada en Cannes en su mayoría, por lo que tenía enlistada cada locación por visitar, por eso mismo se hospedaba en el hotel estilo *Art Deco* situado sobre el boulevard La Croisette, en el que lo hacían los personajes de Francie Stevens y John El gato Robie.

Había ahorrado por mucho tiempo como para poder costearse semejante viaje a la rivera francesa, y que en su primer día de playa le hubiera ocurrido ese excitante encuentro con el nadador que había salido del agua como Robie en la escena que lo veía Francie, fue como obra el destino. Un destino malicioso que solo jugaba con ella al mostrarle un dulce y luego indicarle que no le correspondía.

Esperó un poco más. «Otra desventura amorosa», pensó, aunque ni siquiera podía llamarse así, dado que ni había comenzado a ser aventura como para sumarle el des.

De pronto, volvió a reproducirse esa canción de los años ochenta, *I want to know what love is*, y las estrofas que escuchó parecían hacer eco de sus sentimientos:

In my life, there's been heartache and pain, I don't know if I can face it again^[2].

No lo pensó más, se alzó de su silla y se retiró a su cuarto número seiscientos veintitrés, solo que no besaría a su Gato como Francie antes de desaparecer tras la puerta. También debía admitir que ella distaba mucho de parecerse a la rubia emblemática de Hitch. Ah, pero cómo le hubiera encantado posar los labios sobre esos masculinos, que él la tomara por la cintura y la estrechara contra su cuerpo. Su corazón correría a mil por hora, el aire le faltaría en los pulmones y cada fibra de su ser vibraría con el ansia de que las manos de ese extraño la recorrieran entera y la moldearan como a arcilla. Un gemido se mezclaría con uno de él y danzarían hasta entrar en su habitación, donde fuegos artificiales estallarían entre ellos en vez de por fuera de la ventana.

Suspiró y se encomendó a darse una ducha fría para calmar la lujuria que la poseía.

Al día siguiente, detuvo el automóvil alquilado al borde del acantilado donde habían compartido un picnic Francie y Robie. Tendió una manta y tomó asiento con una canasta en la que llevaba unos sándwiches y una gaseosa, nada de pollo y cerveza como habían disfrutado la princesa y el gato. Se dedicó a contemplar la Côte d'Azur, con su vista a los techos de tejas y al agua azul del Mediterráneo.

—Tenías razón, Francie, nunca he visto un lugar más hermoso en el mundo.

Sacó uno de los sándwiches y le quitaba el envoltorio cuando un Sunbeam Alpine Roadster azul convertible, una réplica exacta del automóvil conducido en la película, pasó por la ruta de las Corniches con la música a todo volumen.

Can't stop now, I've travelled so far to change this lonely life^[3].

Otro fragmento de la canción de Foreigner se perdió con el vehículo. ¿Dónde había conseguido ese maldito modelo en particular? Le hubiera encantado manejarlo como Grace. ¿Y acaso no pasaban otro tema en las radios

de Cannes? Parecía que, cuando finalizara su estadía, también terminaría de oír el tema al completo.

Después de una hora, continuó su viaje hasta la villa Stanford, como era conocida en la película, pero en realidad era el

Château de la Croix-des-Gardes, ubicado en Boulevard Leader, y con un estilo arquitectónico florentino. Era una propiedad privada, por lo que solo pudo admirar el sitio desde el exterior. Sin embargo, ya tendría su oportunidad cuando concurriera al baile de máscaras.

Chequeó su lista. Luego seguían Le Vieux Port, la plage de Passable, el cementerio...

En eso estaba cuando vio pasar un hombre por el rabillo del ojo y podría asegurar que era el extraño de la playa. Su corazón se saltó un latido y su respiración se agitó ante la anticipación de volver a tenerlo frente a ella. Corrió tras él, pero no logró encontrarlo y sospechaba que se había metido en la villa.

Sacudió la cabeza de un lado al otro. Estaba bien, el hombre la había cautivado con su sensualidad, pero debía admitir que estaba obsesionada con él si lo veía en todas partes. Continuó admirando el Château y recorrió el boulevard.

Al rato se abrieron las rejas de la entrada y el convertible de Francie salió disparado desde dentro, como si fuera perseguido como en el film.

Volvió a maldecir por no haber conseguido un vehículo idéntico.

Tomó asiento en el mismo sitio que Robie al hacerse pasar como un pescador en Le Vieux Port, se trataba del principal puerto de Cannes, por donde entraban y salían los yates. Colgó sus piernas por el muro y permitió que el viento le despeinara los cabellos castaños mientras observaba a las embarcaciones y el sol le caldeaba el rostro.

De pronto, alguien le sopló en el oído y fue como si le hubieran hecho una descarga eléctrica. La electricidad sensual se desparramó por ella a una velocidad inaudita, el palpitar en su pecho se tornó errático y presionó el agarre de sus manos al concreto.

—Hola, amor. —Un susurro cálido cosquilleó en su oreja y el aliento en su cuello provocó tanto deseo que cerró los ojos con fuerza.

Él la había dejado plantada. Se había burlado de ella al alentar una cita que nunca fue porque él no se había presentado, dejando que esperara por horas como una tonta. Se giró para gritarle lo tanto que pensaba de su

conducta, pero quedó hipnotizada por esa mirada parda. La picardía en él la atraía y esa sonrisa de lobo a punto de comerse a su presa tampoco ayudaba a calmar sus ansias de clavar las uñas en su cuero cabelludo y atraerlo para un beso arrollador.

Un muchacho pasó por detrás de ellos hacia el faro y le sonó el móvil con el tono de llamada que cantaba *It looks that love has finally found me*^[4].

«Maldita canción intrusiva», pensó. ¿Qué ocurría con Cannes y ese tema?

—Me dejaste plantada —comentó con voz ahogada.

—Lo siento, amor. —Le acarició el perfil con la delicadeza del pétalo de una flor. Un escalofrío la estremeció y la piel se le erizó ante el anhelo de esas manos sobre su cuerpo, descubriendo cada extremo de ella tan de a poco como un arqueólogo al desenterrar un tesoro tanto tiempo buscado—. Mi trabajo me reclamó. —Observó el reloj a su muñeca y maldijo por lo bajo—. Al igual que lo hace ahora. ¿Quedamos hoy, mismo lugar, misma hora? —Enrolló un mechón de su cabello corto en un dedo y estiró el rizo para luego soltarlo como un resorte.

Solo pudo contemplarlo como a un espejismo en medio de un desierto. ¿Sería real? ¿Estaba ese hombre a su lado? Estiró el dedo índice y le tocó la mejilla. Él frunció el ceño.

—Eres real.

—Eso creo, amor. Por ahora no me volví fantasma. ¿Qué dices? ¿Me concedes la segunda cita? —El móvil de él comenzó a sonar con tonos cortos, seguramente de mensajes que lo requerían en algún otro sitio. Él se lo quitó del bolsillo trasero de sus jeans y pasó el pulgar por la pantalla.

Lamentablemente, estaba completamente vestido en esa ocasión, aunque la camiseta blanca se le pegaba al cuerpo como una segunda piel y no escondía en nada cada músculo bien perfilado; además, hacía que su piel resaltara como con brillos de oro.

Ella asintió en respuesta y los labios masculinos se estiraron en una sonrisa encandiladora, era como si el faro en el extremo del puerto se hubiera encendido para dar directo al rostro del extraño.

—Hasta esta tarde, amor.

La caricia a su mejilla con el revés de la mano encendió su cuerpo como la mecha de una bomba de inminente detonación. El aire fresco no hacía más que pronunciar el ardor que la invadía.

Aventó la puerta de su habitación una vez que entró después de esperar dos horas en el bar para volver a ser plantada de nuevo. Mareada por la bebida, esta vez como Jessie, la madre de Francie, había optado por bourbon. La fineza de Grace había quedado en el olvido en cuanto había visto las agujas del reloj pasar otra vez sin que nadie se presentara frente a ella. Se desprendió el vestido, el que cayó arremolinado a sus pies, y después arrojó el *sutien* al sofá tapizado en plata. Se metió bajo los cobertores, maldijo al desconocido con todas las palabras que se le ocurrieron y procuró desviar su mente al cementerio que visitaría al otro día. Sin embargo, sus pensamientos traicioneros no dejaban de inundarse con él, en sus labios sobre los suyos, sus fuertes manos deslizándose por cada centímetro de su piel y... no pudo evitar en imaginarlo desnudo sobre ella, bombeando en su interior.

Su sexo no quedó impune ante la escena erótica que se desarrollaba en su cabeza, su clítoris palpitaba por la falta de atención por parte de un hombre que no era más que una fantasía. Dobló las rodillas y su pubis se alzó como si fuera a ser llenada por un miembro ficticio. Para calmar el ardor embravecido producto de su mente y un partenaire sexual ausente, su propia mano tomó su lugar. Sus dedos, representando a los masculinos, frotaron el capullo oculto entre sus piernas, más y más rápido hasta que sus caderas se meneaban a la par que pequeños gemidos escapaban de sus labios, otros ingresaban en ella simulando, infructuosamente, un falso pene. No era suficiente, pero tendría que bastarle al no estar el modelo original para satisfacerla como tanto ansiaba.

Aumentó la fricción y los envites hasta que su cadera parecía saltar del lecho y su respiración se tornó más y más errática.

La culminación la dejó exhausta y con una sensación triste de vacío.

Paseó por La Plage de Passable en la península de Saint Jean Cap Ferrat hasta llegar al muro de piedra marina que daba a la pequeña y encantadora playa, desde donde caía Monsieur Foussard y provocaba su muerte. El paisaje era hermoso y a esa hora de la mañana no había tantas personas como para no poder dar un lindo paseo por la arena apenas cálida por el temprano sol. Metió los pies en el agua cristalina, pateó una pequeña piedra que había traído una ola hasta ella y alzó la mirada a Villafranche a la distancia.

Todo parecía perfecto, salvo que no hacía más que recordar al extraño que había visto surcar las olas frente al Carlton. Se trataba de otro sector de la

costa en el que estaba en ese momento, pero el mediterráneo era el mismo. Y ella estaba sola.

Ni siquiera sabía el nombre del hombre ni nada. Solo que sospechaba que se hospedaban en el mismo hotel.

Se enfadó consigo misma por tener esperanzas y fantasías con un tipo que bien podría ser un fantasma o, lo que era aún peor, producto de su propia imaginación.

Se dirigió a su automóvil, era hora de visitar el Vieux Cimetiere de Cagnes-Sur-Mer donde era enterrado Foussard, detrás de Haut-de-Cagnes. Este último se trataba de un pequeño pueblo con estilo medieval, con sus construcciones en piedra y sus estrechas calles repletas de flores y artistas plásticos. Por lo que después de visitar el sitio de la supuesta tumba del malo de la película, pasó el día en el pueblo y disfrutó de las hermosas vistas de las montañas y el mar y la calma del lugar sacado de un libro romántico antiguo.

Elevó la falda dorada, una reproducción exacta de la usada por Grace, para ingresar al evento que tenía lugar en el Château de la Croix-des-Gardes solo para fanáticos de la película de Hitchcock. Se trataba de una réplica del baile de máscaras del siglo dieciocho que se daba en el film. Y ella, como no podía ser de otra manera, iba ataviada con un vestido idéntico al diseñado por Edith Head para la que fuera princesa de Mónaco, en color oro, *strapless* con escote corazón, una enorme falda y una espalda baja acordonada al estilo corsé.

Danzó con varios hombres con pelucas blancas en la cabeza y ataviados con casaca, chupa, pantalón ceñido hasta las rodillas y medias altas. Por suerte, los bailes no eran de época, sino que había un DJ que reproducía música contemporánea.

Su compañero de danza le hizo una divertida reverencia y estaba por tomarla de la mano para comenzar una nueva pieza cuando alguien la atrapó antes que él. Sin dar crédito a qué sucedía, un hombre, del que solo contemplaba su espalda enfundada en una casaca negra, tiraba de su mano. Cuando ella intentó recuperar su libertad, él se volteó y la esclavizó entre sus brazos.

—Hola, amor.

Esos ojos pardos, que no creía volver a ver, la contemplaban como si no tuviera ropa que la cubriera y cada centímetro de su piel estuviera a la vista,

como si no hubiera mujer más ardiente en el mundo.

La furia bulló dentro de ella como una botella de champagne sacudida por el ganador de la carrera en el podio y estaba a punto de ser destapada. Ella forcejeó, pero por más que quiso no pudo desprenderse de los grilletes humanos.

Por un instante, su maldito cuerpo reaccionó a él. Su corazón comenzó una carrera sin igual, sus terminaciones nerviosas vibraban y toda su piel hormigueaba donde entraba en contacto con él. El aroma masculino la envolvía como en un manto hipnótico y solo ansiaba relajar cada músculo y fundirse a ese desconocido que tanto la cautivaba.

No obstante, algo en su cerebro hizo conexión y recordó las horas aguardando su llegada ante la mirada compasiva de los camareros del bar, las agujas de su reloj pasando minuto a minuto y la sensación de ser una tonta una vez más.

—Suéltame —ordenó entre dientes.

—Lo siento —susurró cerca de sus labios y con seriedad—. De verdad que sí.

—Dos veces me dejaste plantada —sollozó, y se odió por la vulnerabilidad que transmitía, por lo que se instó a recomponerse.

—Lo sé. —La soltó con cuidado—. Soy todo lo despreciable que puedas pensar, pero... —Alzó un dedo y el muy maldito le dedicó una sonrisa encandiladora—. Tengo un justificativo.

—¿Un justificativo? ¿Acaso faltaste a un día de clases? ¿Lo tienes firmado por tus padres? —espetó al recuperar algo de su autocontrol.

—Ay, amor, me encanta cuando bromeas. —La tomó por la cintura y la conminó a moverse al ritmo de la música junto a él. Ella se aferró a sus hombros para no dar un traspié y, sin poder contenerse, comenzó a reírse al unísono del hombre—. Pero es cierto, estuve muy ocupado con el festival de cine y cada vez que...

—¿Festival de cine? —preguntó en medio de la música a todo volumen que sonaba. La segunda quincena de mayo se celebraba el Festival Internacional de Cine en Cannes, pero la intrigaba que él estuviera relacionado.

—Sí, soy compositor de música cinematográfica y debía ayudar a preparar una presentación de la última película en la que participé —comentó en su oído. El cosquilleo viajó desde su oreja por todo su cuerpo hasta que arribó a

la punta de sus pies, encogiendo sus dedos.

—Claro —repuso con ironía.

—¡Es cierto! Soy una especie de Ennio Morricone, Bernanrd Herrmann, Danny Elfman...

—Sí, y yo soy...

—Grace Kelly, lo noté, amor. Estás lista para atrapar a un ladrón en cualquier momento. —Ella se enfurruñó aún más. Ese extraño la dejaba plantada en dos oportunidades y encima se burlaba de sus gustos filmicos—. Con razón me topé contigo en el Carlton... ah, y en el puerto... Eres una fanática de...

—De Hitchcock.

¿Acaso no eran todos los que estaban en la fiesta fanáticos de la película y, por ende, del director?

—O eso es aún mejor —susurró con esa voz tan sensual, y besó su cuello—. El maestro del suspenso ha hecho gran contribución al cine, inclusive en lo musical. —Hablabla dejando un reguero de besos cada tantas palabras hasta su hombro que quemaban su piel como hierro candente—. Por ejemplo, la composición similar a un grito con violines cuando Bates personificado como su madre mata a Leigh en la bañera o que Los pájaros solo estuviera musicalizada por el sonido de aves. Sencillamente, magnífico.

Cruzó las muñecas detrás del cuello masculino, arqueó su torso contra él. Sus pezones rozaron la casaca abotonada, un gemido escapó de ella al tiempo que aproximaba su pubis para hallar una erección igual de anhelante.

Él gruñó y posó una palma en la parte baja de su espalda para mantenerla pegada a sí y, a pesar el ritmo acelerado del tema que sonaba por los parlantes, ellos comenzaron un lento movimiento, casi imperceptible y candente.

Las personas danzaban a su alrededor sin prestarles atención, cada uno sumido en su conversación o propia seducción.

Ella sentía que las capas de ropa que los separaban eran demasiadas; además, la maldita falda amplia de su atuendo no le permitía la cercanía suficiente. Se cansó de tanta frustración, así que aferró las solapas de la casaca negra con ribetes dorados y pegó la nariz a la masculina al lograr inclinarlo hacia ella.

—Es la tercera vez que nos vemos. ¿Hoy cuenta como una tercera cita?

Él frunció el ceño como si lo meditara con un detenimiento que hizo que

ansiara abofetearlo. Sin embargo, de inmediato, él estiró los labios en una sensual sonrisa y le pasó el pulgar por el labio inferior. Ella se quedó sin aire y abrió la boca para degustar el dedo que se le ofrecía. Pudo constatar en la mirada masculina el mismo deseo que la hacía vibrar como una tensa cuerda de guitarra.

Él ciñó el agarre a su espalda y la adhirió a su torso.

—Sí, amor. Esta es nuestra tercera cita.

Al dirigirse al estacionamiento por fuera de la casa, divisó el Sunbeam Alpine Roadster.

—¡No me jodas! —El hombre se detuvo al hacerle ella y la observó con el ceño fruncido, aunque la diversión jugaba en su mirada—. ¿Es tu automóvil?

—Alquilado, sí.

—¿De dónde demonios lo sacaste?

—Ah, es lo que hace estar en la industria del cine, amor.

No podía creer que se subiría al vehículo convertible, la noche era adorable como para no tener la capota puesta. El viaje hasta el hotel fue como esperaba: soñado.

El viento le alborotaba los cabellos y el contraste entre el frío externo y el ardor interno la hacía temblar como enfebrecida. La palma que acariciaba su muslo, aunque por sobre su vestido, no hacía nada por calmar su excitación, sino acaso aumentarla hasta un nivel que parecía imposible.

Él subió su mano hasta casi llegar al inicio de su muslo. A pesar de las capas de tela, se abrasaba en carne viva. Las cosquillas hacían que su interior zumbara por el vacío, repentinamente, insoportable. Necesitaba ser llenada al completo y de inmediato.

Se apretujó contra el costado del hombre y le pasó la lengua por la oreja para estirar el lóbulo entre sus dientes. Él siseó y presionó el agarré sobre el volante hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

Le deslizó una mano por el pecho por dentro de la casaca entreabierta, por sobre la camisa, sintiendo el calor que emanaba, hasta que llegó a su entrepierna. Frotó la erección y percibió el salto que dio ante su toque. El gruñido bajo del hombre se asemejó al de un animal adolorido.

Él le detuvo la inspección al aferrar su mano con la suya y llevó sus yemas hasta su boca para degustar cada una de estas de forma perezosa.

Ella tuvo que apretar las rodillas para calmar la excitación que la invadía y que la instaba a mover sus caderas en consonancia.

Tal vez fuera el estar en otro país, todo el encantamiento que efectuaba Cannes sobre ella, quizás que no se conocieran en absoluto, que ni supieran sus nombres, pero se sentía atrevida, inclusive seductora.

Continuaron viaje en un silencio, no incomodo, sino demasiado largo, al igual que el camino que los llevaría a satisfacer sus instintos más animales.

Al llegar a la puerta de la habitación seiscientos veintitrés, volvió a aferrarlo por las solapas y unió sus labios a los del hombre. Abrió la puerta como pudo, a tientas, sin separarse de él; ni un hilo de aire había entre ellos.

Una vez dentro, ella luchó con los botones de la camisa larga de él y se la quitó para descubrir aquel torso dorado. Iba a venerarlo con su lengua cuando él la frenó.

—Espera, amor. ¿No crees que estás demasiado vestida?

Ella se volteó.

—Despréndemelo.

Él desató su corsé, poco a poco. Los dedos que la tocaban de forma sutil y sin intención eran brasas sobre su piel.

Una vez que el vestido se arremolinó a sus pies, él posó una palma contra su abdomen, la atrajo a su torso y ella se embebió en su aroma tan masculino hasta emborracharse y que su mente se enturbiara con escenas más y más eróticas. Él le degustó su cuello hasta el hombro y se lo rasguñó apenas con los dientes. Ella dejó escapar un jadeo, le pasó los brazos por la nuca y ancló sus muñecas allí, permitiéndole un acceso libre a sus senos desnudos, anhelantes y hambrientos.

Él elevó la mano por su abdomen hacia arriba, sopesó un seno en cada palma sin que su boca se despegara de su cuello. Ella tiró su culo hacia atrás hasta que la erección quedó acunada entre sus glúteos. Un gruñido vibró debajo de su oreja y ella volvió a desafiar a ese miembro duro y listo que se frotaba contra su trasero.

—¿Protección? —preguntó al no tener provisiones, dado que no había tenido pensado acostarse con nadie en su corto viaje.

—En mi billetera dentro de mi pantalón.

Eso le recordó que él aún estaba medio vestido o medio desnudo.

Ella se volteó con una agresividad que le costó reconocer como propia. Lo aferró del cinturón y tiró de este hacia ella. La mirada ennegrecida de ese extraño la quemó con una intensidad como no había hecho nada hasta ese momento. Le transmitía tal deseo y lujuria que le era inconcebible hacia

alguien como ella.

—Quiero esto fuera —masculló contra los labios más finos que los suyos, pero tentadores y estirados en una sonrisa que prometía fuego líquido, chispas y un vuelo directo a la exosfera.

—Sírvete.

No se lo pensó dos veces y, con la lengua entre los dientes, deslizó el cinturón y desprendió el botón y el cierre del pantalón ceñido y largo hasta las rodillas. Sonrió al contemplar los bóxers que no armonizaban con la vestimenta del siglo dieciocho.

Ella quedó prendida de la tela estirada a lo tienda de campaña en la entrepierna masculina y que le secó la boca. Ansiaba llevar su lengua a ese sitio, degustar su sabor y escucharlo gemir de puro placer.

¿Por qué debía contenerse? Ni siquiera sabía si habría un mañana con él, si lo volvería a ver. Entonces, ¿por qué intimidarse?

Se arrodilló y tomó uno de los pies masculinos, le quitó el zapato y procedió a hacer lo mismo con el otro. Luego fue el turno de que las medias largas desaparecieran para dejarlo completamente desnudo, salvo por la ropa interior. Pasó sus dedos por el elástico a la cintura, lo que provocó que la piel del extraño se erizara. Deslizó la pieza de tela oscura por las caderas y piernas hasta que él dio un paso y otro por fuera de esta. En ese instante, sí que podía ver cada centímetro de piel dorada y era el espécimen más atractivo que hubiera contemplado nunca. Era como una representación en mármol de un dios bajado del Olimpo tan solo para retozar con una simple mortal como ella.

No le importó que como deidad que era no pudiera ofrecerle más que esa noche, la aprovecharía en profundidad.

La erección que saltó frente a su rostro reclamaba atención y ella no quería dejar insatisfecha ninguna parte de esa anatomía, así que extendió su lengua por uno de los fuertes muslos y comenzó un ascenso hasta la ingle. Los jadeos y el movimiento hacia delante de la pelvis le indicaban que él deseaba que ella fuera al grano, pero lo lamentaba, a la mujer que era esa noche le encantaba tentar.

—Ya basta, pequeña provocadora.

Con una sonrisa, sacó la lengua de su boca y la pasó por el líquido preseminal que brotaba de su pene, para luego engullir a este por entero. Se quedó sin aire y sus ojos lagrimearon, pero poco le importó. La sensación de plenitud y que ella fuera la que generaba los estremecimientos que corrían

bajo sus palmas, sobre los muslos del hombre, no tenían precio.

Los dedos de él se ajustaron a su cuero cabelludo y la mantuvieron en el lugar, no la apartaban ni la atraían, simplemente la sujetaban, o él se anclaba a ella, quizás.

De un movimiento rápido, él se desprendió de su boca y la alzó por debajo de las axilas. Se sintió volar hasta que la aterrizó con maestría en el lecho.

—Mi turno de servirme este gran banquete, amor.

Comenzó por sus senos, mordisqueó y lengüeteó con una destreza que la corriente eléctrica que viajó por ella explotó en su sexo de tal forma que tuvo que agarrarse con fuerza del cobertor a su espalda para no salir despedida de la cama.

Una mano se escabulló por su costado, dejando un riel de cosquilleo ardiente a lo largo de su cuerpo, hasta que unos dedos intrusivos jugaron con el capullo entre sus piernas y, de verdad, esa vez tuvo que anclarse al lecho con las uñas. Trató de enterrar las caderas que no hacían más que rebotar contra el colchón, furiosas por más atención y sensaciones de crudo placer.

La lengua se desprendió de su seno y bajó y bajó para llegar a su pubis. Él respiró encima y ella presionó las mandíbulas con fuerza para no gritarle que fuera más abajo, y cuando él acometió su orden silenciosa, sus caderas despegaron y sus ojos se cerraron para notar destellos de luces blancas tras sus párpados.

Ese jadeo medio convertido en grito, para su sorpresa, era propio. Jamás se había oído culminar de tal manera. No tuvo ni tiempo de sopesarlo porque en un parpadeo lo tenía sobre ella con su miembro enfundado en látex, conectó la mirada con la suya que hacía eco del mismo deseo y, con una sonrisa que era puro pecado, ingresó en su interior.

Ella replegó los dedos de sus pies, los que intentaban que su cuerpo no levitara al igual que procuraban sus manos. El palpitar en su pecho se desató como caballos salvajes y la sangre se espesó en sus venas ante cada envite lento y arrollador.

Él le elevó las rodillas y colocó cada pierna sobre su hombro, de forma tal que pronunció la profundidad de las embestidas, clavándola contra el colchón.

El placer había tomado posesión de ella y le permitía guiarla a una avalancha de excitación sin igual, una que en cualquier momento la estrellaría y la mandarían en cohete hacia el espacio sideral.

El grito fue tal que su garganta quedó en carne viva. Él enlazó los dedos con los suyos segundos antes de gruñir e insertarla una vez más. Le bajó las rodillas y se dejó caer sobre ella; ambos se habían convertido en un enjambre de miembros a los que le habían robado los huesos, imposibilitados de moverse.

Las respiraciones frenéticas de uno caldeaban la piel del otro. Él la tomó por la barbilla y estampó sus labios contra los suyos en un beso demandante y que la dejó sin aire.

Luego la acomodó sobre su pecho y la mantuvo allí. Ella tampoco protestó y se acurrucó pegada a ese cuerpo de infarto.

—¿A qué te dedicas, fanática de Para atrapar al ladrón? —preguntó al cabo de un rato, en el que estaban sumidos en una duermevela agradable.

—Tengo un pequeño B&B en Goodlettsville, Tennessee.

—¿Cómo un Bates Motel? —bromeó.

—No tanto. Es una casita de piedra al mejor estilo de un *château* que me heredó mi tía. Y no, no tengo como pasatiempo la taxidermia, no tengo a mi tía embalsamada en el ático ni hago hoyos en las paredes para espiar a mis clientes.

—Bien. —Él río por lo bajo y le besó la cima de la cabeza.

—Sí, es bonito y todo mío. —Bostezó, y él la arrebujo debajo de las mantas.

—Duérmete, amor. Mañana tendremos tiempo de conocernos.

Sin más palabras mediantes, fue vencida por el sueño. Solo que no hubo esa oportunidad que él había mencionado.

En algún momento de la madrugada, cuando ya despuntaba el sol, un móvil comenzó a sonar.

Ella gruñó y se volteó boca abajo sobre el lecho, aferró las mantas y se las subió hasta el cuello a la par que enterró el rostro en la almohada.

—Tranquila, es el mío —rezongó él con voz ronca.

Se estiró sobre ella y tomó el móvil de la mesita de junto.

—¿Qué demonios quieres? —espetó a quien fuera que le hablara—. ¿Sabes qué hora es? —Ella podía sentir el enfado creciendo en el hombre con cada palabra que pronunciaba, pero lo escuchaba como en un sueño a lo lejos. Él se sentó del todo en la cama y bufó—. ¡Oh, vamos! ¿Qué modificación? Bien, estaré en diez minutos.

Cortó la comunicación y se ciñó sobre ella.

—Lo siento, amor. Tengo que irme. Trabajo, de nuevo. —La besó en la mejilla y ella solo gimió para volver a acurrucarse bajo las mantas—. Volveré pasado el mediodía, lo prometo.

—Sí —contestó ella con voz de aún dormida, y se giró hacia el otro costado.

Cuando despertó, lo hizo sola. Primero, se sorprendió y se enfadó hasta que recordó la conversación telefónica y la promesa de él. «Pasado el mediodía», le había dicho, y ella cerró los ojos porque esa fantasía arribaba a su fin.

Pasado el mediodía, ella estaría sobre un avión rumbo a Estados Unidos y ni siquiera sabía el nombre del extraño, porque como una idiota nunca, se lo había preguntado.

—Le digo que solo tenemos cuatro habitaciones y ya están ocupadas —exclamó una voz femenina desde la recepción.

No era usual que Amy se comportara de aquella manera y menos con un posible cliente. Amy era su mejor amiga y, desde que ella se había hecho cargo del establecimiento, la ayudaba algunas horas con las tareas del B&B.

—Y yo le repito que me alojaré con la dueña.

—Señor, no creo que se percate de que este no es esa clase de establecimiento.

Ya no pudo esperar más y abrió la puerta del comedor para dar paso al mostrador donde se hallaba su amiga con esa expresión de perro a punto de atacar.

—Amy, ¿qué sucede? —preguntó.

—Un tipo que se quiere pasar de listo, Max.

Max se detuvo en seco en cuanto vio de quién se trataba.

—¿Qué haces aquí? —espetó más brusco de lo que le hubiera gustado.

—¿Max? ¿Tu nombre es Max? —preguntó él, y su expresión se tornó sensual al recorrerla con su mirada ardiente desde la cabeza hasta los pies y viceversa, tanto que ella tuvo que presionar sus muslos por la excitación que la envolvió

—Maxine —aclaró ella con voz ronca.

—¿Sabes a cuántos B&B visité el día de hoy? Solo este daba con tu descripción y ella no quiere permitirme entrar —rezongó—. Te dije que me quedaría en su habitación —le soltó a Amy el recién llegado mientras la

señalaba a Max.

Ella podía notar el cansancio en él y, más aún, su irritación. Pero Max no lograba salir de su asombro, había creído que lo sucedido en Cannes allí quedaría. No que él la buscaría y, mucho menos, que aparecería en Goodlettsville.

—Espera. ¿Cómo que te quedas en mi habitación? —cuestionó Max al tratar de comprender la situación.

—Amor —comentó él con ese tono seductor y que prometía lujuria desatada—, he estado dando vueltas desde que aterricé en el aeropuerto, en tu busca. Necesito ducharme y comer.

—Pero es que... ¿Por qué ahora? —Hacía una semana que había dejado Cannes y él recién se aparecía en ese día.

—Por el maldito festival de cine y la presentación de la película en la que participo como compositor. No podía irme antes, amor. —Hizo una pausa en la que fijó sus ojos en los suyos y ella visualizó el deseo y la añoranza en ellos—. Me peleé con la gente del Carlton por no querer darme tu nombre, hasta creo que me pusieron en su lista negra, y visité cada B&B estilo francés que hallé por aquí. No me digas que no sentiste la misma conexión, que no quisieras que nos conociéramos y exploremos lo que tenemos. —El tono fue serio y hasta enfadado, como si le soltara un desafío y esperara para ver si ella lo tomaba o no.

—Sí...

—¿Entonces? —Él le deslizó dos dedos por debajo de la barbilla y rozó sus labios. De inmediato, esa electricidad que solo él encendía la recorrió entera. Cuando él se apartó, ella se inclinó hacia adelante, queriendo mantener sus bocas unidas por un poco más.

—Amy, que lleven sus maletas a mi cuarto. —Él sonrió de esa manera hipnotizadora y pretendió volver a besarla, pero lo detuvo al posarle un dedo en los labios.

—Todo quiero saber de ti, comenzando por tu nombre —argumentó ella con una sonrisa.

—Connie por Conrad —contestó.

Let's talk about love, the love that you feel inside, I'm feeling so much love^[5].

La voz del cantante de Foreigner comenzó a oírse en la recepción y Max

no podía creer que fuera la misma canción de nuevo.

—Ah, encendí el equipo de audio, jefa —comentó Amy, crispada—. Para dejar de oír a ciertas personas.

Max rio y enlazó el brazo con el de Connie. Max y Connie, le gustaba como se oía el título de esa historia. Solo había que descubrir de qué iba.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza de un lado al otro, restándole importancia. Pero cuando conectó la mirada con aquella de color pardo, sabía que él podría mostrarle lo que era el amor.

Bring me to life

Chris de Wit

Para ti, mi amor

—¡Al fin! —exclamó Carla.

Amanda dejó la maleta en el piso y se abrazó a la joven parada frente a la puerta del apartamento que habían alquilado en la ciudad de Vianden, en Luxemburgo.

—Qué gusto me da verte, amor.

Permanecieron abrazadas unos segundos y, al separarse, su amiga se apresuró a tomar el equipaje. Con una sonrisa de oreja a oreja, ingresaron al recinto. Amanda abrió los ojos color miel como platos.

—Es pequeño, pero bellissimo, ¿no crees?

Amanda asintió. Contempló las paredes de color beige que daban marco a un ambiente antiguo y señorial, engalanado con muebles de madera refinada. La ambientación de las habitaciones hacía juego con la estructura del edificio, que reflejaba el motivo de la principal atracción de la ciudad de Vianden: su majestuoso castillo, una de las más bellas e impactantes residencias feudales en Europa.

—Me parece estar viviendo en una de las casitas del municipio, que pertenecían al señor del palacio —susurró embelesada.

—Falta que nos vistamos de época y resultará casi real.

—Creo que es la idea, ¿no?

Carla la tomó de las manos.

—Este lugar es tan romántico que espero experimentar una bella historia.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Por favor, no te vayas a enamorar de nuevo como te sucede cada vez que nos encontramos en algún lugar del mundo.

La sonora carcajada de Carla la contagió.

—¡Es que es tan difícil! No puedo evitarlo.

—Al menos, prométeme que en este viaje no volverás a suspirar por todos los rincones.

La cabeza llena de rizos azabache se movió de un lado a otro.

—Eres mala con tu amiguita —contestó señalándose el pecho con el dedo.

Amanda no pudo dejar de reír. Carla era lo mejor que le había pasado en la vida y solo deseaba lo mejor para ella, aunque, muchas veces, esta se empeñase en hacer todo lo contrario.

Se conocían desde el jardín de infantes, donde se volvieron entrañables desde el primer día que se vieron. Si bien en la actualidad asistían a diferentes universidades de Inglaterra, eso no era impedimento como para que, apenas las circunstancias lo permitían, encontrasen la forma de reunirse de nuevo.

Amanda se acercó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Deja de quejarte y cuéntame cómo será nuestra participación en la fiesta medieval. Convengamos que no fuiste muy explícita cuando me avisaste por teléfono.

Con una ancha sonrisa, Carla la obligó a sentarse en el pequeño sofá de cuero marrón que destacaba en el cuarto.

—Tenía poca batería en el móvil, Mandi, así que preferí hablarlo contigo cara a cara.

Amanda se recostó sobre el respaldo mullido y miró expectante a su amiga.

—Soy toda oídos.

Carla asintió con una gran cantidad de orgullo en la mirada.

—Te expliqué que conozco a uno de los organizadores del evento: Adrien Ferrec.

Carla era tan sociable que tenía amigos en todas partes del mundo, y a Amanda no le sorprendía que hubiese surgido una oportunidad laboral en el Castillo de Vianden, que les vendría económicamente muy bien a las dos.

—Estaba necesitando bailarinas para uno de los espectáculos... —prosiguió.

—No pienso bailar —advirtió Amanda con los párpados entornados.

—Déjame terminar, por Dios. Le expliqué sobre tu don con el arpa y parece que lo hice muy bien porque al final decidió montar un número musical contigo como solista.

Amanda empalideció.

—¿Me lo dices en serio?

—¡Te lo juro!

Se levantó como un resorte y abrazó a Carla, con quien comenzaron a saltar de alegría como las dos niñas que alguna vez habían sido. Y continuaron así hasta que se detuvieron para observarse jubilosas.

—Me dejas sin palabras.

—Significaría percibir un buen dinero, Amanda. No tengo dudas de que causarás sensación. Tu versión de la canción *Bring me to life*, de Evanescence, es increíble y tendrás otra ocasión de demostrar tu gran talento.

Se le hizo un nudo en la garganta. El desafío le provocaba un poco de resquemor porque tenía muy poca experiencia con un gran público. Estaba acostumbrada a tocar solo para sus alumnos y para sí misma, pero tenía que intentarlo.

—Sé que será un poco difícil salir de la zona de confort, Mandi — continuó Carla—, pero Adrien está seguro de que atraerás a un auditorio numeroso.

Amanda miró a su amiga con ternura.

—Gracias, Carla. No sé qué haría sin ti.

—Fascinante —susurró Adrien en un inglés rebotante de acento francés.

—Gracias.

Amanda había finalizado de tocar el arpa en el estudio del hombre joven, quien, tras levantarse del asiento en el que se había apoltronado para escuchar su interpretación, se acercó.

—La idea es que actúes tres veces al día, con una hora de duración cada vez. La fiesta medieval suele llevarse a cabo durante tres fines de semana entre los meses de agosto y septiembre, pero este año se congregará en dos semanas completas. ¿Qué te parece?

Con la garganta seca, Amanda asintió. El reto era difícil, pero la paga le vendría de maravillas para los ahorros que venía acumulando desde hacía años, con la intención de ingresar a la Escuela de Música de Juilliard, en Nueva York.

—Claro, Adrien. Cuenta conmigo.

—Entonces firmaremos el contrato. —Apenas dicho eso, se dirigió a su escritorio y, de un cajón, extrajo dos hojas de papel, ya firmadas, que depositó sobre la mesa—. Por favor, lee todos los puntos y dime si estás de acuerdo.

Amanda tomó los documentos y se sentó con la vista fija en ellos. Después de un buen rato de silencio, la chica elevó la mirada y asintió con la cabeza. Con el corazón palpitándole a toda velocidad, colocó su firma y devolvió los papeles a Adrien.

Mientras este los acomodaba dentro de una carpeta, aclaró:

—Durante la semana visitará el castillo un grupo de empresarios de Estados Unidos, cuyo jefe es un apasionado de los conciertos de arpa. Sé que no lo defraudarás porque tu música es mágica, Amanda.

Las mejillas se le encendieron, consciente de que las palabras de Adrien no hacían más que elevar el nivel de ansiedad en el que había caído desde que Carla le había informado del interés de él por su música.

—No lo dudes —contestó y agregó—: ¿A qué hora serán las funciones?

—A las diez de la mañana darás la primera, y las dos restantes, a las dos y media y a las cinco de la tarde. Me gustaría que Carla y tú estuviesen aquí a las ocho de la mañana en punto.

Carla, que hasta ese momento había permanecido muda, sonrió. Sus pupilas brillaban ante la presencia de Adrien.

«No, amiguita, por favor», suplicó Amanda por dentro, pero volvió a enfocarse en lo que su jefe le decía.

—Perfecto.

—Entonces nos vemos el lunes —respondió Adrien sin apartar los ojos de Carla, quien continuaba mirándolo como una bobalicona.

Al final, con un despliegue de sonrisas aliviadas, se marcharon. Con un pie en la calle, Amanda se aferró del brazo de su amiga.

—¿Qué rol te ha asignado Adrien?

—Seré una de las estilistas.

Se quedó en silencio hasta que murmuró:

—Dime, por favor, que estoy equivocada.

—¿A qué te refieres?

—A Adrien y a ti.

La respiración profunda de Carla la alarmó.

—Bueno... —balbuceó.

—Me prometiste que no te enamorarías otra vez.

—¡Y lo cumpliré! Pero Adrien es tan hermoso, Mandi.

—Ya veo los semáforos en rojo.

Carla sacudió la cabeza y, al hacerlo, su flequillo le cubrió parte del rostro.

—Adrien es increíble, Mandi, no tengo ninguna duda. Pero tampoco quiero dejar de explorar el resto del mercado masculino de Vianden.

Cuando Amanda iba a contestar, una limusina negra, con vidrios polarizados y a alta velocidad, las salpicó con barro al pisar las ruedas un charco.

—¡No! —gritó Amanda y contempló afligida su vaquero manchado de lodo.

—¡Maldito desgraciado! —chilló Carla con el dedo del medio apuntando al cielo.

La limusina clavó los frenos y se detuvo. Del asiento del chofer, descendió un individuo enorme vestido de uniforme gris.

—Perdón, señoritas. ¿Puedo ayudarlas?

Por el gesto apenado que traía, Amanda decidió calmarlo, pero, al parecer, Carla no pensaba lo mismo.

—¿Quién te ha enseñado a manejar de esa forma, maldito dinosaurio?

—¡Carla! —gritó Amanda cuando su amiga, furibunda, se acercó al titán que le sacaba al menos dos cabezas.

—Ha sido una mala maniobra, señorita, por lo que en nombre de...

—Puedes meterte el nombre de quién se te ocurra dentro de tu precioso culito, grandulón.

Amanda corrió hacia ella y la aferró de la mano.

—Por Dios, ¡detente! Después de todo, la afectada soy yo y no estoy gritando como tú.

—¡Pero es que este tipo no debería andar por la calle manejando!

—Por favor...

—¡Smith!

La voz ronca con acento americano llamó la atención de las jóvenes. Al girarse, Amanda vislumbró una figura masculina enfundada en un traje gris claro, corbata azul y camisa blanca, que se bajaba del vehículo. Al desplegar sus proporciones, Amanda se impresionó de la altura y la contextura física del sujeto, quien observaba al chofer con severidad a través de unos ojos grises repletos de pestañas que hacían juego con la corta cabellera castaña.

—Señor Walker, a sus órdenes.

Amanda permanecía petrificada escudriñando al empresario, quien no demostraba tener más de treinta años y que podría dejar sin habla a cualquier fémica de la tierra. Se obligó a salir del hechizo dando un codazo a Carla.

—No se te ocurra insultar a este también.

Sabía que no sucedería porque Carla, como de costumbre, se había quedado con la boca abierta al ver al hombretón de traje.

—Yo me encargaré —informó el americano a su empleado y, sin esperar una respuesta, se acercó con paso solemne—. Señoritas, soy Jayden Walker. Les solicito disculpas por lo que acaba de acontecer y, como prueba de ello, me gustaría enmendar el daño de inmediato.

Sin demora, extrajo una billetera de uno de los bolsillos interiores de su traje. Como Carla seguía impresionada, Amanda intervino.

—Gracias, señor Walker, pero no será necesario. Fue un accidente.

—Mandi... —balbuceó Carla que, de repente, regresaba a la vida—, nos vendría muy bien ese dinero.

Amanda giró el rostro y frunció la boca.

—Ni se te ocurra —murmuró en voz baja para evitar que Walker la escuchase.

—Entonces, ¿desean que las acerquemos a algún lado?

—¡No! ¡Sí! —contestaron las dos a la vez.

Amanda atrajo a Carla aún más hacia ella.

—Por Dios, ni siquiera sabemos quién es este tipo y tú ya te quieres subir a la limusina.

—¡Quizás sea nuestra única oportunidad, Mandi!

—No.

Cuando Carla iba a replicar, la voz de Walker se alzó entre ambas.

—Les garantizo que será un placer, señorita...

Al levantar la mirada, Amanda se dio cuenta de que el sujeto no le quitaba la vista de encima.

—Amanda Lovelace —contestó y señaló a su amiga—. Ella es Carla Nell.

—Encantado de conocerlas. Será un honor para mí llevarlas al lugar donde se dirigían.

Su compañera aprovechó la ocasión.

—Íbamos camino hacia el hostel donde nos alojamos.

Amanda entrecerró los párpados y declaró:

—Podemos ir caminan...

—Con todo gusto las acercaremos —se adelantó Walker impidiéndole culminar la frase.

Sin perder tiempo, Smith abrió la puerta trasera de la limusina.

—¡Muchas gracias! —exclamó Carla al gigante y se introdujo en el vehículo.

Amanda no podía creer la desfachatez de su amiga, pero, a esa altura, había perdido las ganas de discutir.

—Por favor, señorita Lovelace.

Se encontró con los ojos que la estudiaban con minuciosidad y la sangre comenzó a circularle a gran velocidad. Asustada por lo que generaban en ella, se convenció de que, cuanto antes culminase con ese episodio, más rápido regresaría a la tranquilidad.

Asintió y, con una sonrisa forzada, se subió al carro.

—¿Estás nerviosa, Mandi?

La voz de Carla la regresó al presente. Era lunes y a las ocho de la mañana en punto las dos habían arribado al castillo, donde Adrien las había recibido para presentarlas al grupo de personas que se encargarían del vestuario y del maquillaje. También les había mostrado el salón donde se llevaría a cabo su función.

—Mucho.

Carla retocaba su peinado, la larga y rubia cabellera decorada con dos trenzas pequeñas a cada lado de las sienes, unidas por detrás y que le otorgaba un aspecto medieval a su rostro. La indumentaria que recibió de manos de los vestuaristas constaba de un lánguido vestido blanco de seda, que caía a mitad de pierna. Las medias, del mismo color y textura, contrastaban con las sandalias de cuero marrón.

Al mirarse en el espejo, no tuvo dudas de que se asemejaba a una virgen vestal.

Con los nervios a flor de piel, no pudo evitar sobrecogerse por la hermosura del salón de fiestas del castillo. Constaba de más de treinta metros de largo por siete de alto, con un imponente techo abovedado. La iluminación

provenía de seis ventanas de genuino estilo gótico, y en las paredes se apreciaba una serie de tapices de dimensiones acordes a las del recinto, en los que se reflejaba la vida del castillo y de los pobladores alrededor, donde la caza era una de las actividades más celebradas.

Al ver la preciosa arpa de madera en el centro del escenario, el corazón comenzó a palparle como un tambor. Pronto desplegaría su musicalidad al público que, esperaba, supiese disfrutar de lo que ella tanto amaba.

Carla y ella se habían asomado por la ventana y, al constatar la enorme cantidad de gente que se apostaba a las puertas de la fortaleza, se habían quedado sin habla.

—¡Amanda! —El grito de Adrien la giró hacia su dirección. El joven se acercaba sonriente—. ¡Estás bellísima! En cinco minutos abriremos el acceso al público, así que debes alistarte.

—De acuerdo.

A partir de ese instante, las circunstancias se desarrollaron a toda velocidad. El festival comenzó con una serie de discursos de miembros del ayuntamiento de Vianden, así como del propio Adrien, y el disparo de bolas de cañones ubicados en el exterior del edificio determinó la apertura de los diferentes espectáculos.

Mientras Carla hacía los últimos retoques a los demás participantes, Amanda colocó al lado del instrumento un puf de cuero negro, donde se sentó. Comenzó a sudar, consciente del enorme esfuerzo que significaba ese momento para ella, pero se obligó a mantener la calma. De vez en cuando, Carla la estimulaba con palabras de aliento.

Como en un sueño, se vio rodeada de una cantidad abrumadora de personas que la observaban con miradas expectantes, pero una fuerza suprema creció en su interior y se adueñó de una absoluta confianza que desdibujó sus miedos. El amor por la música le había brotado del alma.

Al cerrar los ojos, un torbellino de notas danzó en su memoria y se desplazó hacia sus dedos como miles de pequeñas hadas que volaban de un páramo de la naturaleza a otro, de flor en flor, de ramas a hojas. Y sonrió.

Disfrutó del hechizo que generaba la creatividad que se expandía a través de las melodías y de los suspiros de la gente a medida que transitaba el repertorio que había elegido con extremo cuidado.

Al final, su voz se alzó con la canción *Bring me to life*, que siempre le pareció que había sido escrita para ella.

Cuando culminó y abrió los ojos, se hizo un profundo silencio. Y sus temores regresaron. Pero ante el estruendo de aplausos y voces que comenzaron a aclamarla, estallaron en miles de pedazos.

Miró de un lado a otro para asegurarse de que lo que estaba presenciando era verdad y, al detectar la expresión de orgullo de Adrien y de felicidad de Carla, no tuvo dudas.

Sonriendo, se levantó y saludó al público con una reverencia. Entre medio de los rostros que la ovacionaban divisó uno que la escudriñaba con intensidad.

«Walker».

Las mejillas le ardían al recordar el fin de semana que había pasado sin poder olvidar su imagen.

Permanecieron mirándose, como si el tiempo se hubiese detenido. Y algo en su estómago y en su femineidad comenzó a cobrar mayor poder hasta que estalló en una fogata que acabó quitándole la respiración. Asustada, apartó la mirada y se apresuró a salir del salón. Cuando iba en camino, Carla la interceptó y la abrazó con fuerza.

—¡Te adoro, Mandi! —exclamó con la cabeza apoyada en su hombro—. Has estado magistral.

—Gracias, cielo. Estaba tan nerviosa...

Carla levantó el rostro.

—El público no lo ha notado. ¡Has estado deslumbrante! Durante todo el concierto, Adrien permaneció con la boca abierta como un hipopótamo.

Rieron. Carla conseguía sacar lo mejor de ella.

—Señorita Lovelace.

El cuerpo de Amanda se tensionó al escuchar la voz ronca y profunda. Al girar el rostro, sus pómulos volvieron a encenderse.

—Señor Walker.

Al apartarse, Carla se quedó ensimismada con el empresario. Sin ninguna duda, su amiga no perdía la costumbre.

—Permítame expresar mi admiración por su excelente actuación.

—Gracias —susurró.

Cuando Walker dio unos pasos hacia adelante, se sintió pequeña a su lado.

—Si bien la calidad de la interpretación de las canciones fue magistral, me atrevo a afirmar que la del final fue sublime. Cuenta, además, con una voz maravillosa.

—¡Wow!

La expresión de Carla provocó que Walker sonriera un poco.

—Soy admirador del sonido del arpa, y créame que no siempre es posible encontrar una persona que la ejecute con una sensibilidad como la suya.

—¡No te esperabas eso, Mandi!, ¿eh? —celebró Carla dándole un codazo.

—Muchísimas gracias.

Se sentía como una tonta repitiéndose todo el tiempo, pero la energía de ese hombre era aplastante.

—¡Carla! ¡Necesito tu ayuda con las cabelleras de los otros actores!

El grito de Adrien obligó a Carla a disculparse y dejarla a solas con Walker. Pero Amanda, consciente de que ese individuo la desequilibraba por completo, se adelantó a buscar una excusa, máxime cuando tenía que continuar con el resto de las funciones.

—Discúlpeme, pero es la hora de mi descanso. Gracias una vez más por sus palabras.

Cuando intentó retirarse, la mano de Walker la tomó de la muñeca con extrema suavidad.

—Me encantaría invitarla a cenar, Amanda. —Abrió los ojos grandes como platos. Y como si Walker hubiese comprendido su turbación, se adelantó a aclarar—: Me gustaría interiorizarme de su carrera musical y de sus conocimientos sobre el arpa. Como dije antes, aprecio ese instrumento casi a la altura de un fanático. Es más, colaboro con varios conservatorios de música de mi país a causa de esta afición.

Amanda hizo un mohín con la boca.

—La verdad es que me toma de sorpresa.

—Lo sé. Y le prometo que la velada durará lo que usted desee.

—Yo...

Las pupilas del hombre se volvieron de un color humo que la sobrecogió.

—¿A qué hora queda libre?

—Alrededor de las seis y media de la tarde.

—¿Acepta que la pase a buscar a las puertas del castillo y vayamos a comer?

Se quedó helada. Walker no andaba con vueltas y la intimidaba. Pero también era verdad que solo permanecería en Vianden unas semanas, y deseaba pasarlo bien. Walker parecía un sujeto interesante, que gustaba de la música y colaboraba con conservatorios de Estados Unidos. Quizás podrían

hablar de temas que resultasen esclarecedores para su carrera. ¿Por qué no?

—Está bien.

Ante su respuesta, la expresión en el rostro del joven se suavizó y, con una leve sonrisa, se despidió de ella.

La voz de Carla, quien caminaba a su lado, le dio tranquilidad.

—Estaré con el teléfono prendido por si ocurre algún imprevisto, Mandi.

—¿Y tú?

—Adrien me ha invitado a tomar unas cervezas, así que quédate tranquila.

Respiró hondo y asintió. Estaba segura de que Carla regresaría a sus andadas, pero tenía veinticuatro años y, de una vez por todas, debía confiar en sus actos.

A las puertas del castillo, no divisó la limusina de Walker. El gentío que se distribuía entre el bar de enfrente y los miradores, desde donde se podían sacar majestuosas fotos del valle desde lo alto, hacían difícil la circulación del tránsito.

—Quizás no venga.

—Vamos, Mandi. Claro que lo hará.

Como si las palabras de Carla lo hubiesen creado, Walker surgió de la nada. Vestía de forma casual y, ante los ojos de Amanda, se veía menos rígido y aún más atractivo.

—Hola, señoritas —saludó. Y mirando fijo a Carla, prosiguió—: Si usted, señorita Nell, necesita que la acerque a algún lugar o quiere venir con nosotros...

—Gracias —interrumpió Carla con amabilidad—, pero yo me quedo aquí porque tengo otro compromiso. Solo quería asegurarme de que usted recogería a Amanda.

Walker levantó una ceja.

—Quédese tranquila. Su amiga queda en buenas manos. —Se giró hacia ella—. ¿Nos vamos?

Carla sonrió y Amanda asintió.

Tomándola del codo, Walker la dirigió hacia un carro de color acero, aparcado a unos cien metros, y no le cupo duda de que era un Bentley

Continental Flying. Su hermano Gary era un fanático de los autos y recordaba un poster que colgaba en su apartamento con la imagen de esa máquina. La llenó de gracia pensar en la cara que pondría cuando se enterase de que había paseado en uno.

—Fue complicado estacionar —comentó Walker abriendo la puerta del acompañante como un verdadero caballero.

—No se preocupe. Me lo había imaginado.

Después de rodear el vehículo, el hombre se acomodó en el asiento del conductor. Mientras lo hacía, un perfume a salvia y a estragón penetró en las fosas nasales de Amanda y la embriagó por completo.

Tragó en seco a la par que oía el sonido del motor al ponerse en marcha.

—¿Puedo tutearte, Amanda?

La pregunta la tomó desprevenida, pero se obligó a contestar de inmediato.

—Claro.

—Me encantaría que tú también lo hicieras conmigo. No sé si te acuerdas, pero mi nombre es Jayden.

Con una sonrisa de oreja a oreja, asintió.

—Vale.

Cuando Jayden detuvo la mirada sobre su boca, giró la cabeza hacia la ventanilla de su lado para clavar la vista en el valle de Vianden, donde destacaba la pequeña ciudad de tres mil habitantes bordeada por el gran río Our.

Con cuidado, el coche comenzó a circular hasta que dejaron atrás a la muchedumbre que se desplazaba a pie o en diferentes medios de transporte.

—¿Tienes alguna preferencia? —preguntó Jayden aumentando la velocidad.

Amanda lo miró de soslayo y, al comprobar que estaba concentrado en el camino, se atrevió a examinarlo por un instante.

Era un varón de rasgos bellos y muy masculinos. La energía que emanaba era fiel reflejo de la seguridad que manifestaba poseer. Si bien no lo había confirmado con Adrien, estaba segura de que Jayden Walker era el americano del que le había hablado el día que firmaron el contrato.

—Mariscos —replicó.

—Perfecto.

Como la ciudad estaba empotrada en el valle, muchas de sus calles eran pequeñas y angostas, por lo que no era fácil transitar con vehículos. Pero al cabo de quince minutos, Jayden aparcó el suyo. Cuando Amanda hizo amago

de bajarse, el joven la detuvo.

—Espera, por favor.

Sin detenerse a escuchar su respuesta, Jayden repitió la acción que ya le había visto realizar y le abrió la puerta.

—¿A dónde vamos?

—A uno de mis restaurantes preferidos, ubicado sobre la vera del río. Hacen excelentes platillos con distintos frutos de mar.

—Suenan deliciosos.

Caminaron unos minutos hasta que se vislumbraron varios restaurantes ubicados sobre unas terrazas. En el que parecía más exclusivo, los mozos se acercaron a Jayden y le dieron la bienvenida en francés; el empresario contestó en el mismo idioma, con un acento impecable.

Al instante siguiente, se hallaban sentados a una mesa al lado del río, con una sombrilla abierta para evitar que los reflejos del sol del atardecer los encandilase.

—Pedí que te sirviesen distintas especialidades de mariscos de la casa. Será como una especie de selección de tapas, que espero te agraden.

Amanda agradeció el gesto. Y su corazón, que no había dejado de latir a toda prisa desde que había visto aparecer a Jayden, se embebió de una calidez inusitada. La trataba como a una reina y le gustaba. Pero lo que más le atraía era su mirada: inquisidora y poderosa, aunque, por momentos, de una vulnerabilidad inquietante.

«Te estás inventando una historia que no te incumbe, Amanda!», se llamó al orden.

Moviendo los dedos sobre el mantel, prestó atención a un pequeño florero de cristal sobre la mesa, del que sobresalían dos rosas naranjas. Con cuidado, tocó los pétalos turgentes.

—¿Te gustan?

Al levantar la vista, se encontró con la de Jayden, que la examinaba con curiosidad.

—Adoro las rosas de este color. No son frecuentes y simbolizan éxito y alegría, pero entre los enamorados, regalarlas significa sentir por el otro un amor fiel y consolidado.

Jayden hizo un mohín con la cabeza que le resultó un tanto divertido. Ese chico no creía en nada de eso, y estaba bien. Ella era la gran romántica empedernida.

A partir de ahí, cuatro mozos se dedicaron a atenderlos con esmero. Una serie de manjares fueron llegando en forma gradual a la par que degustaban un champagne Blanc de Blancs. Como Jayden le había explicado, la bebida estaba hecha en exclusiva de uvas Chardonnay que otorgaban un sabor frutado de excelencia. Amanda no quería ni imaginar lo que una botella podría llegar a costar.

De repente, Jayden apoyó los brazos sobre la mesa y la observó con intensidad.

—Cuéntame, por favor, de tu afición por la música.

Amanda respiró hondo. Necesitaba centrarse y no perder la cordura ante el brillo de esos ojos que la desnudaban.

—En realidad, creo que me enamoré de los acordes musicales apenas nací. Mi madre es una cantante de jazz que, desde que tengo uso de razón, se gana la vida en un bar de Leicester, en Inglaterra. Mi hermano Gary y yo vivíamos con ella, así que cada noche que actuaba nos quedábamos horas mirándola embobados hasta que nos teníamos que ir a dormir. Es dueña de una voz privilegiada.

—¿Y tu padre?

—Con mi madre fueron los mejores amigos desde niños. Cuando fueron mayores, se enamoraron y decidieron vivir juntos. De dicha unión nacimos nosotros dos.

—¿Están divorciados?

—No, pero llevan adelante una relación bastante particular. Se adoran, aunque no pueden vivir en la misma casa. Son muy diferentes, por lo que mantienen un amor a distancia.

Jayden asintió sorprendido.

—¿Dónde reside él?

—En Londres. Algo así como ciento ochenta kilómetros de distancia de Leicester.

—¿Tu hermano y tú viven todavía con tu madre?

Meneó la cabeza.

—Dejamos el nido materno cuando cumplimos dieciocho años.

Jayden recostó la espalda en la silla, sin apartar los ojos de ella.

—Quizás el hecho de que Gary y tú ya no vivan con ella estimule a tus padres a mudarse juntos.

—No lo creo. Están acostumbrados a ese estilo de vida. Un cambio podría

alterar el equilibrio que han aprendido a mantener, y están muy bien así. No te imaginas la alegría que desprenden cada vez que se encuentran, y no hay nada más bello para mí que presenciar ese amor de mis padres.

Jayden bebió un sorbo de champagne.

—¿No te ha resultado difícil crecer sin tu padre a tu lado?

Amanda negó con énfasis.

—Él jamás desapareció. Si bien no vive en la misma casa, jamás ha descuidado su deber para con nosotros o con mi madre. Como te dije, ellos se aman. Mi padre nos visita casi todos los sábados y domingos, e incluso durante varias semanas en el año permanece en nuestra casa. A su vez, mamá y nosotros viajamos a Londres apenas surge una posibilidad.

Cuando se quedó en silencio, Amanda aprovechó a degustar unas rabas que estaban deliciosas.

—Volviendo a la música —dijo Jayden—, si has crecido viendo a tu madre cantar jazz, ¿de dónde surgió tu amor por el arpa?

—De mi padre. Trabaja en Londres con los descendientes de George Morley, uno de los fabricantes de arpas más conocidos en el mundo desde 1817. De niña, adoraba pasar las mañanas y las tardes con él en la empresa, ya que era el encargado de la confección de los instrumentos. También me quedaba horas observándolo afinarlos. Como verás, crecí rodeada de ese mundo. Cuando fui mayor y mi padre se dio cuenta de que mi pasión era verdadera, me permitió seleccionar repertorios musicales para los clientes, previa aceptación por parte de la familia Morley.

—¿Dónde estudiaste música?

El orgullo destelló del rostro de Amanda.

—En lo de la señora Catherine Brooks, nuestra vecina. Era profesora de música y amante del arpa. Cuando mi madre se instaló en el barrio, ellas se hicieron muy amigas, y cuando Catherine se enteró de mi afición, ofreció darme clases.

—¿Nunca fuiste a un conservatorio?

Negó con la cabeza.

—Pero estoy juntando dinero porque he aplicado a la escuela de música de Juilliard.

—¿En Nueva York? —preguntó Jayden admirado.

—Exacto.

—¿Y dónde trabajas?

—Hace años que soy camarera en un bar de Leicester a la noche, y durante el resto del día doy clases de música a alumnos particulares. También asistí el año pasado al festival de arpa en Madrid, donde estuve ayudando a recibir a los arpistas profesionales iberoamericanos, e incluso llegué a tocar con uno de ellos en su concierto a cambio de un poco de dinero y apoyo. Escribió muy buenas referencias sobre mí para presentar a la escuela.

—Eres una gran luchadora.

Amanda se encogió de hombros.

—No tengo otra opción. Si quiero entrar a la escuela, necesito esforzarme al máximo.

Jayden se quedó contemplándola sin pestañar, y Amanda comenzó a perder el aire.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro. ¿Y tú?

—Treinta y uno.

Era unos años mayor que ella, sin embargo, le parecía estar hablando con una persona que le llevaba una enorme cantidad.

—¿En qué trabajas en Estados Unidos? —Cuando Jayden sonrió radiante, quedó embelesada por el cambio en su rostro—. Bueno... es imposible no darse cuenta de tu acento americano.

—En el negocio de las inversiones.

—¿Para qué empresa?

Jayden echó el cuerpo hacia delante.

—Para Harrison & Walker, la que mi socio Stan Harrison y yo creamos en Denver, Colorado. Teníamos veintiún años. Fue creciendo con el tiempo y, en la actualidad, contamos con veinte sucursales distribuidas en el país y otras tantas en el extranjero.

Amanda quedó impresionada con el poder que Jayden demostraba poseer.

—¿Estás aquí por viaje de negocios?

—Sí.

—Entiendo.

En ese momento, un mozo retiró las cazuelitas vacías y colocó otras con una especie de paella de mariscos. Amanda las miró con agrado, aunque comenzaba a sentirse repleta.

—Cuando Adrien me contó sobre ti, no dudé en querer conocer tu música.

—Espero no haberte defraudado.

Jayden terminó un bocado y la miró fijo.

—Eres absolutamente mágica, Amanda.

Respiró hondo y sorbió un buen trago del champagne que comenzaba a hacer un poco de efecto en ella.

—Salud —dijo alzando la copa.

Jayden respondió chocando con suavidad la suya y, después, se demoró en sus ojos.

—¿Tienes un novio o un marido? —preguntó de golpe.

Amanda se mordió el labio inferior. Su voz era tan profunda que una bola de fuego se asentó en su interior.

—No. ¿Y tú? ¿Una novia o esposa?

Jayden emitió una mueca renuente con la boca.

—Tampoco.

Bajó la mirada. Le resultaba casi imposible creer que un hombre tan guapo y con un entorno de abundancia, como asemejaba tener, estuviese solo. Debía de tener muchísimas amantes, pero al pensar en algo así, un ramalazo de celos invadió su alma.

—Entonces disfrutas de la vida.

Su ceja se enarcó.

—Dedico la vida a mi trabajo. No sé si tú podrías llamar a eso disfrutar, pero es a lo que estoy acostumbrado y no me quejo.

Amanda bebió un pequeño sorbo más.

—No sé si podría ser capaz de comprender tu modo de vivir, pero si eres feliz, es muy válido.

—No sé definir la felicidad, Amanda.

—Entonces, quizás, estás metido en un lío.

Por primera vez desde que se conocieron, Jayden estalló en una carcajada. Los iris miel refulgieron ante la ancha sonrisa que realzaba la belleza masculina y la dejaba sin aliento.

Cuando se quedó callado, Jayden escudriñó su rostro con atención.

—¿Podrías tú hacerlo?

Amanda meneó la cabeza.

—En realidad, no. Así que quédate tranquilo, que no eres el único que está metido en un aprieto. —Jayden no dejaba de estudiarla a medida que hablaba, pero a Amanda no le importó. De súbito, y seguro que gracias a la bebida, se sentía conectada a él como no le había pasado antes con un chico, y le

gustaba—. De todas formas, me gusta una frase del escritor brasileño Pablo Coelho que dice: «El secreto de la felicidad está en ver las maravillas del mundo, pero sin olvidarte de tu misión y de tu objetivo».

—Entonces no cesarás de viajar. Querrás apreciar esas maravillas de las que habla Coelho.

—Tal vez. Aunque también las encuentro en mi música, Jayden, y no necesito moverme para gozarlas. De alguna forma, se ha transformado en parte de mi misión y de mi objetivo, ¿no te parece?

—Es probable. Pero ¿te es suficiente?

Amanda asintió.

—Al menos por ahora. Me estimula y me hace sentir... —se detuvo, intentando encontrar la palabra adecuada para explicar lo que bullía en su interior— viva.

Jayden entrecerró los ojos.

—¿Acaso estabas muerta?

Al reír, el semblante del empresario palideció.

—¡Claro que no! Pero sí muy sumida en mi mente. La música me abstrae del control y me transporta a una alegría plena que me permite volar a los rincones más recónditos de mi ser. No siempre me encuentro con los más bellos, pero lo importante es que son por completo míos. —Respiró profundo—. ¿Y tú? Supongo que, aunque no puedas definir la felicidad, de alguna manera la vives.

Frunció el ceño.

—No lo sé, Amanda. Como te expliqué, mi gran foco está centrado en el aspecto laboral, por lo que no es común que disponga de tiempo para reflexionar sobre mi existencia. No creas que voy por la vida sin ser consciente de eso, pero creo que me he postergado a mí mismo por la misión y el objetivo que tu amigo el escritor menciona.

—O sea que no puedes contemplar las maravillas del mundo.

La risa suave de Jayden contagió a la joven.

—Tal vez. He viajado por el mundo y he visto muchas de las bellezas de nuestro planeta, pero debo reconocer que no es frecuente que me detenga en ellas. En muchas ocasiones, el cerrar contratos de trabajo, vender, comprar y llevar adelante tantas empresas me ha sumergido en una vida tan robotizada que, aún con las cataratas del Niágara a mi lado, no salgo de ahí. Por eso, contrario a ti, muchas veces me siento... —se detuvo y, de un envión, bebió el

último resto de champagne de su copa— bastante muerto.

El semblante de Jayden se endureció y Amanda pudo reconocer al hombre severo que debía llevar adelante un cúmulo de negocios exitosos en el mundo. Se sintió intimidada, pero a la vez, algo muy profundo en su interior le susurró que Jayden se había olvidado de vivir y, quizás, estaba comenzando a replanteárselo.

Sacudió la cabeza. Cada vez que conocía a una persona se sentía tentada por comprender la vida que había elegido vivir. No podía evitarlo. Quizás su madre tenía razón cuando le repetía que, como ella amaba a la gente, se detenía a tratar de entenderlas.

—Tal vez hace falta que te muevas un poco más.

Jayden la observó con suspicacia.

—¿A qué te refieres?

—¿Has hecho senderismo alrededor de Vianden?

—No.

—Hay varios circuitos, pero Carla me ha contado que uno de ellos, de unos diez kilómetros, es una maravilla. Se camina bordeando el río Our, desde donde se puede apreciar el castillo en lo alto y las diferentes vistas del valle.

—¿Me acompañarías mañana después de la última función? ¿O estarás muy cansada?

Amanda se quedó callada. Cuando le había mencionado el trayecto a pie, lo hizo con la intención de que Jayden conociese algo bello que lo motivase a reconectarse con él mismo. Pero nunca se imaginó que la incluiría a ella.

—Creo que podría.

—Entonces te paso a buscar. —Amanda asintió un poco nerviosa, en tanto sus dedos jugaban con la punta de la servilleta—. ¿Quieres algo más de comer o de beber?

Al mirar la mesa, se dio cuenta de que Jayden y ella no habían dejado ningún resto. Había estado tan ensimismada en la charla que apenas si recordaba el sabor de los diferentes platos.

—No, gracias.

Jayden se apresuró a solicitar la cuenta. Permanecieron en silencio hasta que uno de los mozos se acercó con un platito y el importe. Cuando Amanda echó mano a su billetera, la voz de Jayden la detuvo.

—Es una invitación mía, Amanda.

—Pero...

—Por favor, es un placer que hayas compartido tu tiempo conmigo.

—De todos modos...

—No. Eres mi invitada.

Amanda no sabía qué hacer. Estaba acostumbrada a pagar sus cosas, por lo que la situación le resultaba un poco incómoda. Pero ante la insistencia de Jayden, optó por aceptar.

—Gracias. Eres muy amable.

Se alejaron en silencio y, cuando llegaron al vehículo, Amanda se detuvo.

—Puedo ir caminando hasta el hostel, Jayden. Te agradezco infinitamente...

—No, Amanda. Ya es de noche y será un placer llevarte. Sube al auto, por favor.

La joven sonrió. Comenzaba a darse cuenta de que Jayden, al ser americano, tenía otras costumbres. Asintiendo, ingresó al coche.

Jayden conocía el camino hacia el hostel, desde el día en que Carla y ella habían tenido el percance con su limusina y el chofer las había depositado en la puerta. Así, tras unos pocos minutos, Jayden detuvo el motor a unos metros de la residencia.

—Muchas gracias por la velada. En verdad la pasé muy bien.

Jayden no respondió y Amanda comenzó a sudar. El acerado brillo de sus iris traspasaba su cuerpo de un lado al otro y, como una tea, encendió una hoguera en sus entrañas.

Hipnotizada, Amanda alcanzó a percibir la expresión de Jayden, la misma que la de un águila cazando un ratón, antes de que él se precipitase sobre ella. Cerró los ojos y se entregó a su reclamo.

Jayden la recostó con vehemencia contra el respaldo del asiento y le comió la boca. Amanda la abrió con ganas para recibir la lengua triunfante que se lanzó a conquistar la suya. El tiempo y el espacio perdieron cualquier atisbo de sentido, salvo la exquisita embriaguez que ese beso provocaba en su cuerpo.

«Dios», gimió Amanda por dentro, al ser devorada por las brasas de una pasión inusitada.

Con los dedos, Jayden le acarició los hombros entretanto la lengua ávida abría rastros a lo largo de su cuello y de la clavícula. Escuchó la respiración acelerada que junto con la de ella se unieron en un intenso jadeo. Sin saber cómo, los breteles de su vestido cayeron a lo largo de sus brazos y por detrás

el sostén.

El gruñido de Jayden provocó que abriese los ojos. Al hacerlo, se topó con las pupilas clavadas en sus pezones que parecían gritar por ser atendidos. Jayden se humedeció los labios con la lengua e, inclinando la cabeza, la enterró en sus pechos, a los que devoró con ansias. Amanda aferró las manos al apoyacabezas y arqueó la espalda hacia la boca golosa.

Los vidrios comenzaron a empañarse y Amanda agradecía que la noche hubiese caído para que ningún curioso los descubriese. Jayden seguía dándose un festín con sus pechos, los que adquirieron un intenso color rosado por la incipiente barba que raspaba su piel.

Amanda estaba tan fuera de sí que, cuando los dedos de Jayden bajaron hasta sus bragas, abrió las piernas.

—¡Dios, Amanda! —resolló Jayden entre sus pezones, y abrió la boca, grande, para llevarse uno a su interior.

Su sollozo de placer inundó el interior donde el cielo y el infierno se unían por primera vez en todo su poder. Enajenada, rodeó el cuello macizo con sus brazos y atrajo aún más el rostro de Jayden contra su piel. Sin dejar de succionarle las aureolas pálidas, Jayden le envolvió la cintura con los brazos y la obligó a arquearse como un junco.

Amanda se sorprendió de sus propios gemidos, pero esa noche, todo se había confabulado para que ella perdiese el control. No sabía si era bueno o malo, pero la hacía gozar como nunca.

Cuando percibió las caricias de los dedos de Jayden sobre su intimidad, se mojó por completo y abrió las piernas todavía más. Una de sus rodillas chocó con la puerta de su lado y la utilizó para elevar las caderas.

—Estás lista para mí —susurró él sobre su abdomen.

Amanda no podía contestar. Se sentía borracha del placer que ese hombre provocaba en su cuerpo, y estaba segura de que él no la abandonaría hasta que cayera en un abismo profundo y sin retorno.

No supo cómo, pero de repente se encontró sentada sobre él. Enterró los dedos en el cabello sedoso y se contemplaron sedientos y hambrientos. Jayden no se quedó atrás y le envolvió la cabellera larga en un puño, para obligarla a echar la cabeza hacia atrás y exponer su rostro al brillo de la luna.

—Eres una aparición, Amanda —susurró—. Y tu inocente belleza despierta lo más primitivo en mí.

Apenas dicho eso, se incorporó y la cubrió de besos en el cuello y en los

hombros hasta llegar a los pechos y volver a succionarlos. Con un suspiro, Amanda comenzó a ondular las caderas mientras la palma masculina se zambullía en la fuente de su femineidad.

—Tengo las yemas llenas de ti, amor.

Y Amanda se olvidó de cualquier otra cosa que no fuese Jayden.

Echaron los respaldos hacia atrás y comenzaron a rodar sobre ellos. Las pantorrillas se golpeaban con la palanca de cambio, pero no les importó. Enredados en un nudo de brazos y piernas, Jayden se recostó de espaldas a lo largo del asiento posterior y la acomodó de cuclillas sobre su cuerpo. Amanda estiró los brazos y, aferrándose al borde de la ventanilla, contempló la boca de él, que se desplazaba de un lado a otro para engullir sus voluptuosos pechos.

Jadeó un poco al darse cuenta de que las manos grandes extraían sus bragas sin dejar de amasarle las nalgas. Pero cuando un dedo inquisidor le acarició el ano, comenzó a sollozar.

—¡No sé qué me has hecho! —clamó ella—. Pero no puedo detenerme.

Ante su grito, Jayden introdujo el dedo con cuidado a lo largo de todo su canal, sin dejar de chupar los picos de sus senos. Amanda respondió gritando y balanceando las caderas a un ritmo tan vertiginoso que parecía ejecutar una danza de vientre. Emitió un quejido y los dedos de sus pies se encorvaron.

Por primera vez en su vida, Amanda imaginó que alguien debía haberle puesto algo en la bebida, porque no entendía que la mujer semidesnuda que chillaba y gemía como una desenfrenada fuese ella. Parpadeó para impedir que las gotas de sudor se introdujesen en sus ojos. Al bajar la mirada, se encontró con la de Jayden clavada en la de ella. De un movimiento, la giró para ubicarla debajo de él. Le abrió las piernas de par en par y zambulló la boca en su femineidad. Un resuello ronco salió de sus labios. Amanda se estiró como un gato y, echando los brazos hacia atrás, elevó las caderas para permitir que Jayden bebiese mejor de ella.

—Me estás matando —susurró casi sin voz.

Pero su compañero no contestó. En su lugar, le elevó la pelvis con las manos y enterró la lengua aún más en su interior. La llenó de atenciones, viajando de arriba abajo y de un costado a otro de su geografía.

Amanda comenzó a tironear de la ropa de Jayden.

—Te quiero desnudo —exigió.

Sonriendo, él le hizo caso y enseguida la cubrió por completo con el cuerpo repleto de músculos fibrosos y alargados. Con el corazón latiéndole

sin descanso, Amanda se entregó al beso más apasionando que hubiese experimentado en su vida. Y se sintió feliz.

No supo durante cuánto tiempo continuaron con tamaño desenfreno. Quizás minutos u horas. Las manos y la boca de Jayden no se detenían, era en extremo generoso con las mujeres.

«Y tú eres una más de ellas», pensó, y sintió una congoja que la tomó por sorpresa.

De pronto, el sonido de un teléfono celular retumbó en el recinto. Jayden se detuvo y buscó en los bolsillos de los pantalones desparramados en el piso. Un intenso rubor subió por las mejillas de Amanda al verse desnuda en aquel coche con alguien que era casi un extraño.

—Stan.

La voz de Jayden se escuchaba normal, como si no hubiese ocurrido nada. Su semblante se había transformado en el hombre de negocios.

—¿Entonces han firmado los contratos?

Oír aquello la desoló. ¿Qué mierda hacía ahí? Jamás en su vida se había entregado a un chico de esa forma. Entonces, ¿qué se había apoderado de ella para olvidar su forma de ser?

Mientras Jayden seguía conversando por el móvil, como si ella hubiese dejado de existir, la vergüenza se apoderó de Amanda. Aprisa buscó la ropa y se la colocó como pudo.

Cuando abrió la puerta del vehículo, Jayden dejó de hablar y la observó desconcertado.

—Amanda...

Pero ella corría hacia el interior del hostel, con la voz de él gritando su nombre por detrás.

—Mandi, ¿qué diablo te pasa? —preguntó Carla una más de las centenares de veces que lo había hecho en los últimos tres días.

Después del encuentro con Jayden, Amanda se negaba a contarle la verdad a su amiga, porque aún se sentía confundida por su actitud hacia un individuo que no conocía y que jamás volvería a ver. Su gran experiencia con chicos era haber llevado adelante un noviazgo por años, que al final no había prosperado

por el enorme deseo de ella de ingresar a la escuela de música que la llevaría a Nueva York. Michael, su exnovio, había culminado la relación alegando que él jamás podría sostener un noviazgo a la distancia. Amanda lo había comprendido de alguna forma, pero, de todas maneras, le había dolido que no hubiese deseado luchar por la relación. De eso hacía un año y medio y, desde ese día, Amanda había tenido pocos encuentros frugales con muchachos, porque su único objetivo radicaba en juntar dinero para cumplir con sus sueños. Por eso, su conducta con Jayden la abochornaba. Era imponente y se sentía poderosamente atraída hacia él, pero eso no justificaba su reacción.

—Ya te he dicho que no me ocurre nada, Carla.

Esta entrecerró los párpados.

—Desde el día que fuiste a cenar con Jayden has cambiado. ¡Y tienes una ojeras que escandalizan! Gracias al cielo, el maquillaje las cubre.

—Estás exagerando.

—Te conozco demasiado, y me molesta que no confíes en mí.

Incómoda, arrastró una mano por su pelo.

—No se trata de eso, Carla.

—Entonces, ¿de qué? Jayden ha venido a todas las funciones y, cuando intenta acercarse a ti, huyes como un conejito asustado. Es más, me ha rogado que lo ayude a conseguir un espacio para hablar contigo, pero tú no lo permites.

Amanda respiró hondo. Si le contaba a Carla el episodio acaecido en el coche, estaba segura de que rompería en una carcajada y le diría que era una tonta por no aprovechar el momento. Pero ella no era así. Y los hechos lo demostraban, porque hacía tres noches que no dormía al recordar los ojos grises más bellos que había visto en su vida y las caricias de sus manos y de su boca que la habían sumergido en una maldita hoguera que aún seguía quemándola.

—Me voy al hostel. ¿Vienes tú también?

Carla la miró con resignación. Conocía muy bien el hecho de que, cuando ella se cerraba, lo único que podía hacer era respetar sus tiempos. Por algo eran amigas desde la infancia, y Amanda lo agradecía.

—Adrien no me ha dado el resto del día libre como a ti.

Asintió porque era cierto. A causa de la extenuación a la que estaba sometida por llevar adelante tres funciones diarias y por su falta de sueño, Adrien había suspendido la última de la tarde y le había rogado que se fuese a

dormir para estar lista y fresca para el día siguiente. Agradecía que su actuación fuese uno de los números más buscados por el público, porque, de no haber sido así, Adrien habría cancelado el contrato de inmediato.

—Entonces me voy a descansar. Te veo a la noche.

Sin esperar una respuesta de Carla, Amanda se apresuró a bajar por las escaleras del castillo y llegar a la salida. Lo único que esperaba era que Jayden no hubiese regresado. Había presenciado cada una de sus funciones sentado en la primera fila y, cuando se topaba con su mirada, el brillo intenso y anhelante que emitía fundía su alma.

Una irritante paradoja. La persona que tanto la confundía era la que le permitía conectarse a su rincón más sensible y ejecutar sus obras con absoluta perfección. La gente lo apreciaba, porque cada vez llegaba más público a sus conciertos.

Continuó caminando cuesta abajo, mirando de vez en cuando hacia atrás para verificar que Jayden no la siguiese. Pero no estaba.

Con una mezcla de alivio y tristeza, prosiguió la marcha hasta llegar al centro de la ciudad, a unos seiscientos metros del castillo. Cuando iba a tomar la calle principal para ir hacia el hostel, se le ocurrió una idea. Eran las dos y treinta de la tarde y tenía el lapso suficiente como para hacer la caminata de diez kilómetros por el bosque que había ofrecido a Jayden.

Se le hizo un nudo en la garganta y se obligó a ponerse en marcha.

En el camino, no podía dejar de cuestionarse lo que acontecía con ella. ¿Porque no se reconocía! Se había repetido millones de veces que lo sucedido era algo normal, producto de la atracción entre un muchacho y una chica, y que no había nada de malo en eso. Entonces, ¿por qué mierda no paraba de sentirse triste y acongojada? En cada oportunidad que recordaba los besos y la ternura de las caricias de Jayden, quedaba flotando en una nube de nostalgia y anhelo. ¿Acaso no se daba cuenta de que para un hombre como él, con su imponente y prestigio, ella solo podía ser un pasatiempo? ¿Por qué, entonces, no se había permitido disfrutar de un momento placentero? No vivía en la época en que la sociedad se horrorizaba de actos de ese tipo, sino que la vida actual los aceptaba sin ningún tipo de condena o reclamo. Era lo natural y establecido. Por ende, ¿por qué diablo su corazón se llenaba de angustia al recordar a Jayden? ¿Podría ser posible que, en solas unas horas, hubiese despertado sentimientos por él?

Sacudió frenética la cabeza. Nadie pensaría que estaba en sus cabales, ni

siquiera su amiga Carla. Necesitaba estar a solas con ella misma para ponerse de acuerdo y seguir adelante.

Bordeó la ciudad y, a paso firme, comenzó a ascender cuesta arriba la zona del valle hasta divisar el río Our y su majestuoso ensanchamiento. Al mirar sobre su hombro, divisó la sublime figura del castillo que se iba alejando a medida que el río cobraba mayor envergadura. Durante el trayecto, se topó con varios asientos de madera ubicados a lo largo del camino en puntos estratégicos. Utilizó algunos de ellos para admirar la belleza señorial y a la vez rústica de los bosques repletos de coníferas, que en silencio acompañaban las aguas calmas y grisáceas del río. Al observarlo, volvían a su memoria los iris del mismo color que tanto la conmovían.

—No puede ser —susurró—. No hay nada que me una a él, salvo el profundo amor a la música del arpa. Pertenece a realidades opuestas, por ende, lo único que me está pasando es que mi cuerpo acusa una explosión hormonal producto de la atracción que se dio entre los dos. No existe otra cosa, Amanda.

Convencida de eso, se levantó y renovó el paseo. Al cabo de unos kilómetros, el paisaje cambió y se sumergió en un denso bosque engalanado con las imponentes figuras de pinos, abetos, encinas, tilos, olmos, arces, fresnos y avellanos. La luz llegaba con dificultad debido a las gigantescas copas de los árboles, que impedían distinguir el cielo. En todo el trayecto, no se había encontrado con ninguna persona, por lo que se sintió agradecida.

De su pequeña mochila extrajo la botella de agua y bebió con ganas. La temperatura había disminuido, pero aún sentía calor. De repente, el ruido de unas ramitas que se quebraban provocó que girase la cabeza hacia esa dirección. Y lo que divisó le aceleró el corazón.

Jayden, parado frente a ella con unos vaqueros azules y una camiseta blanca que marcaba los brazos musculosos y el torso fuerte, la miraba con una expresión diferente, mezcla de enojo y deseo.

«Dios», gimió por dentro. Miró hacia los costados, pero Jayden interrumpió su loca idea.

—¿Vas a terminar de huir?

Tragó saliva en un intento de quitar el nudo en la garganta que le impedía hablar. Al ver que avanzaba hacia ella, Amanda comenzó a retroceder. Parecía una ardilla acosada por un lobo. De súbito, fue consciente de que estaba sola en el bosque oscuro, y esa bestia podría tragársela de un mordisco.

Se volvió y comenzó a correr a toda velocidad. No sabía adónde se dirigía, pero necesitaba alejarse de ese sujeto que no comprendía que ella quería encontrarse a miles de kilómetros de distancia de él. Y los pasos rápidos y pesados por detrás se lo confirmaban.

—¡Amanda! —lo escuchó gritar, pero no se detuvo.

Las hojarascas y las piedritas del camino dificultaban un avance más rápido, pero estaba tan asustada por lo que ese hombre generaba en ella que se obligó a continuar. Aunque fue inútil, porque pronto una sombra la cubrió y se apoderó de su cuerpo. Mientras caían al suelo, los brazos de Jayden la envolvieron por la cintura y él se giró de tal forma que ella terminó derrumbada encima de su pecho. Al menos, la había salvado del golpe que la espalda masculina absorbió.

—Pero ¿qué haces? —gritó Amanda y comenzó a forcejear desesperada.

—Amanda, ¡por Dios! ¡Deja de luchar!

—¡Quítame las manos de encima! —chilló.

Jayden separó los brazos y Amanda se desplazó hacia atrás con el trasero sobre el terreno para poner mayor distancia.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Amanda?

De improvviso, se dio cuenta de la situación ridícula en la que estaban y se sintió fatal. En realidad, Jayden no había hecho nada malo, salvo provocar que el corazón de ella se hubiese llenado de él. ¡Y no entendía por qué! Se encontraba vulnerable y odiaba reconocerlo.

—Me has evitado como a la peste —prosiguió— y me gustaría saber por qué.

Al sacudir la cabeza, una hoja enredada en su pelo cayó al suelo. ¿Qué podía contestarle? ¿La verdad o mentirle como las mejores?

—No me gustó lo que ocurrió al final de... nuestro encuentro.

—¿Te refieres al llamado de Stan? —preguntó con un halo de vulnerabilidad—. Fui un idiota. Debería haberte cuidado más, pero me tomó de sorpresa.

—No solo a eso, Jayden. Creo... —suspiró profundo— creo que perdí el control y no me agradó. No soy una chica que se entregue de esa manera a un muchacho.

—Pero lo disfrutaste, Amanda.

Bajó la cabeza y asintió con las pestañas humedecidas.

—Lo sé. Pero yo no soy así. Apenas te conozco, Jayden, y me has visto

como solo se lo permito a una persona que tiene una relación seria conmigo.

De reojo, observó que el color gris claro se transformó en el del humo denso.

—Entiendo.

Amanda se encogió de hombros.

—No sé si lo comprendes, porque, al menos yo, no puedo. De lo único que estoy segura es de que tu presencia me genera un tsunami emocional del que quiero alejarme.

Jayden permaneció en silencio. La intensidad de su mirada la dejaba sin capacidad para reaccionar.

—Pero yo no quiero apartarme de ti. Y eso también me genera confusión.

Amanda abrió los ojos grandes como platos.

—No es cierto y lo sabes. En tu mundo puedes disponer de todo lo que quieras, así que lo mejor será que te alejes de mí. Busca diversión en otro lado, Jayden.

—¿Piensas que solo he estado regodeándome contigo?

Amanda se encogió de hombros.

—Los cuentos de hadas han pasado de moda. Ya nadie cree en ellos, menos yo. Y lo ocurrido entre los dos en ese vehículo no pudo haber sido algo distinto.

—Te aclaro que hubo más que eso, Amanda. ¿O te olvidas de la charla en el restaurant? Fue hermosa y me dieron muchas ganas de descubrirte.

En ese momento, Jayden, en cuatro patas, se acercó a ella y se sentó a su lado, con la vista perdida hacia delante, en algún punto entre los enormes árboles. A Amanda le dio un poco de gracia el hecho de que parecían dos amigos apreciando la hermosura del lugar.

—Pues creo que no es una buena idea, Jayden. ¿Qué ganarías con hacerlo?

—Hace mucho que no hablo con una chica de la forma en que lo hice contigo —confesó con agudeza—. Me haces sentir vivo, Amanda.

Movió la cabellera de un lado a otro y sonrió.

—Es el arpa, Jayden. No yo.

La gracia de la joven contagió al empresario y, de repente, toda animosidad entre ambos desapareció.

—Estás equivocada, Amanda. Soy un hombre de negocios y sé cuándo me encuentro cerca de descubrir algo grande. Y eso eres tú. —Con suavidad, Jayden le tomó un mechón de cabello y se lo colocó por detrás de la oreja—.

Te juro que no haré nada que no desees, pero no me prives de ti. Conozcámonos y después veamos.

Amanda se quedó detenida en la intensidad del brillo de las pupilas de Jayden. ¿Sería verdad lo que él manifestaba? Había atravesado muchos desafíos para poder juntar el dinero que le permitiría ingresar a la escuela de Juilliard, por lo que uno más y de otra índole la asustaba un poco.

Respiró profundo. Pero era una luchadora y nunca había claudicado, aun en las circunstancias más difíciles.

—Está bien —susurró.

Las comisuras de la boca de Jayden se alzaron en una amplia sonrisa y, al hacerlo, Amanda sintió como si el sol hubiese ingresado a través del dosel del bosque y sus rayos alcanzasen su alma. Observó a Jayden moverse para apoyar la espalda contra el tronco de un abeto. La arrastró con cuidado sobre su regazo y, estrechando las manos por delante de su cintura, la recostó contra su pecho. Se quedaron en silencio hasta que la voz varonil preguntó:

—¿Cuándo sabrás si te admiten en la escuela de Juilliard?

—Estimo que en poco más de dos semanas.

—Después de la culminación de la fiesta medieval.

Amanda asintió con la cabeza.

—Es el broche de oro para mis ahorros.

Jayden le dio un beso en la sien y Amanda se sintió volar al cielo.

—¿Cómo fue la aplicación?

Respiró muy hondo. Aún le resultaba increíble todo lo que había atravesado.

—Primero, debí mandar la grabación de una serie de repertorios que la escuela exige, desde movimientos lentos y rápidos de los siglos XIX y XX, pasando por una sonata de Bach y un capricho de Paganini.

Jayden la abrazó más fuerte.

—Suenan maravillosos. Amo a ambos músicos.

Amanda se aferró a las manos entrelazadas de él. Transmitían una calidez entrañable.

—Después tuve que viajar a Nueva York, donde hice una audición presencial.

—¿Solicitaste una beca?

—Claro. Tengo mucha ilusión de ser elegida debido a que el ochenta y cinco por ciento de los alumnos de la escuela las perciben. No estaría mal

ahorrarme un poco de dinero, porque iría con el justo.

—¿Cuánto cuesta el año escolar?

—Alrededor de cincuenta mil dólares. Pero no me quejo, porque podría encontrar algún trabajo de algunas horas.

Se quedaron en silencio un buen rato mientras percibían el sonido del aleteo de algunos pájaros posados en las ramas de los árboles.

—Admiro tu persistencia. Llegarás lejos, Amanda.

Las lágrimas inundaron sus ojos. Estar sentada en medio de un maravilloso bosque en Luxemburgo, entre los brazos de aquel hombre, y escuchar algo tan bello de sus labios le embargó el corazón de felicidad.

—¿Y tú, Jayden? Cuéntame un poco de tu vida.

El pecho sobre el cual estaba apoyada se hinchó y, a continuación, percibió cómo se vaciaba al expulsar el aire por la nariz.

—Como tú, he trabajado muy duro. Provengo de una familia de clase media, donde mi padre era el gran proveedor. Lamentablemente, cuando tenía veinte años, papá murió de un ataque cardíaco y debí hacerme cargo de mi madre y de mis hermanos.

—Lo lamento mucho —susurró Amanda, conteniendo el aliento.

—Fue duro porque todos queríamos mucho a nuestro padre, pero el dinero no era demasiado y debí procurarme de que ingresase lo antes posible. En el barrio, Stan y yo éramos amigos y cada vez que nos juntábamos planeábamos llegar a ser ricos con algo que iniciásemos juntos. Así que no fue difícil tomar la iniciativa cuando me encontré tan desesperado. Papá tenía algunos ahorros y Stan provenía de una familia bastante pudiente que nos permitió dar inicio a nuestra empresa de inversiones. Mi amigo y yo nos potenciamos al trabajar juntos y somos buenos en lo que hacemos. Empezamos con el negocio inmobiliario en Denver, pero después lo extendimos a otros rubros, que nos conectó con una cartera de clientes en todo el país y también en el extranjero.

Amanda asintió y se arriesgó a preguntar:

—Y en medio de tu vida agitada, ¿has tenido alguna vez una novia?

—Sí, pero culminé la relación enseguida.

—¿Por qué?

—No la amaba. Lo intenté, pero mi vida agitada no me permitía desatender los negocios y muy pronto comenzaron las quejas de su parte. No la culpo, porque reconozco que la descuidé. Así que, en lugar de una pareja, tengo algunas amigas con las que la paso bien sin exigencias.

«Amantes», pensó Amanda, y una oleada de celos la incomodó.

—Entiendo.

La mano de Jayden tomó su mejilla y dirigió su rostro hacia él.

—Pero tú eres especial, Amanda —susurró sobre sus labios—. Créeme que nunca me he sentido de esta manera.

—Jayden, solo soy una chica que está tratando de hacer realidad su sueño, y sé que no pertenezco a los tuyos.

—¿Y si estuvieses equivocada?

Sonrió, consciente de que el ambiente que los rodeaba comenzaba a operar su hechizo. Estaba segura de que, en ese contexto, varias parejas habían prometido muchos deseos que jamás pudieron cumplir. Y ella no quería ser otra tonta romántica más.

—Jayden. Somos de dos mundos muy opuestos.

—Pues a mí me gustaría unirlos —musitó.

La besó con cuidado, como si fuese lo más preciado que hubiese encontrado en ese bosque de ensueño. Amanda entreabrió la boca para degustar la lengua suave que se introdujo buscando la suya. Se besaron con reverencia, como si anhelasen demorar el aluvión que se acercaba a las puertas de un dique, hasta que los labios de Jayden profundizaron el beso y Amanda, aceptándolo con gusto, gimió.

Ante ese sonido, Jayden la estrechó con fuerza y Amanda se giró entre sus brazos para hacer lo propio con él. Se comieron las bocas con una pasión que los sobrecogió, inclinando las cabezas de un lado a otro para profundizar la unión de sus labios. Cuando la respiración de los dos alcanzó límites inimaginables, Jayden la recostó sobre las hojas que la recibieron como si entretejiesen una mullida alfombra. Inclinado sobre Amanda, bajó los labios hacia el cuello y la clavícula, a la que llenó de besos hambrientos. Amanda arqueaba la espalda al mismo tiempo que entrelazaba los dedos en la cabellera sedosa de Jayden. Tenía que detenerse, pero la calidez que le transmitía era única y la colmaba de deseos insospechados.

Las manos de Jayden liberaron sus pechos de la camiseta y del sujetador, para colmarlos de atención con su boca golosa. Contemplar la lengua caliente humedecer las aureolas de sus senos, como si fuesen el manjar de un hambriento, enardeció a Amanda. Y los dedos inquietos se sumaron a las caricias para recorrer con minuciosidad la suave piel. Ante semejante ataque, Amanda sollozó de anhelo y Jayden continuó con su tortura, prendiendo una

hoguera en su interior, que amenazaba con calcinarla sin ningún tipo de compasión. Desesperada, Amanda tiró de la camiseta de Jayden, quien se la quitó con urgencia por encima de la cabeza, en tanto él hizo lo mismo con la de ella.

Clavándole las uñas en la espalda, Amanda provocó que Jayden emitiese un quejido que la volvió loca. A regañadientes, él se apartó un tanto y se desprendió los pantalones que, a patadas, terminó quitándose. Amanda hizo lo mismo con los suyos. Desnudos y al resguardo del bosque, sonrieron.

—Eres la mujer más hermosa que he visto, Amanda —resolló contra su vientre, al que recorría con la lengua de un lado a otro.

Con las manos amasando sus pechos, Jayden bajó hasta llegar a su intimidad mojada, a la que se dedicó a degustar con ahínco. Amanda abrió las piernas y, al percibir la suavidad de las hojas sobre las plantas de los pies, se dejó llevar. Se sentía parte de la naturaleza, como si fuese un hada a quien su compañero había venido a reclamar.

—Jayden —murmuró.

Él le separó los muslos y la penetró con la lengua hasta donde su interior se lo permitía. Frenética, comenzó a gemir y, presa de una euforia que jamás había conocido, supo que se elevaría hacia las entrañas de las estrellas.

Al escuchar el sonido de la boca de Jayden contra su parte más femenina, levantó las caderas para que los labios masculinos ahondasen en su embruje. Una fuerza que parecía girar como un trompo encendió su interior y un clamor insospechado se acumuló en su abdomen para descender al lugar donde Jayden la prendía fuego. Sacudiendo la cabeza de un lado al otro, comenzó a jadear.

—Amanda —susurró Jayden mientras las palmas de sus manos estimulaban sus pezones, más erectos que nunca—. Ven conmigo, mi amor.

La voz de Jayden la encendió por completo y se entregó a su pedido. Con un grito, liberó la energía acumulada en su interior y vibró expansiva hasta llegar a las alturas. Pero Jayden no pensaba darle respiro, porque se ubicó sobre ella y, con cuidado, comenzó a penetrarla.

Amanda abrió los ojos como platos. «Dios», sollozó por dentro. Estaba segura de que moriría partida en pedazos por ese hombre que la tenía a su merced.

—Eres tan estrecha, mi amor.

Al enfocar la vista en el rostro de él, el sudor le caía por las sienas hasta su pecho. Cuando estuvo enterrado por completo en su interior, Amanda

respiró hondo. De un movimiento, los brazos fuertes los giró y ella quedó montada sobre él. Aferrados uno a otro, se besaron como dos enajenados. Se tiraron de las cabelleras, como si pretendiesen que ese dolor les recordase que estaban vivos y plenos para vivir tamaña locura. Jayden bombeaba con frenesí a la vez que se llevaba los generosos pechos a la boca. Las lágrimas de Amanda comenzaron a descender por su rostro, porque nada la había preparado para eso.

Con las piernas perdidas entre las hojas y las ramas, movió las caderas para lograr una mayor fricción, lo cual generó un bufido de Jayden.

—Me estás matando, Amanda.

Jayden aumentó los movimientos con una euforia inusitada, a la vez que cerraba los ojos y las mejillas se le volvían coloradas. Al final, los embistes llegaron a tal punto que Amanda creyó que sucumbiría devastada. La fuerza de otro orgasmo se anunciaba sin tregua.

—¡Dios, Jayden!

—¡Ven!

Y gritó. Una y mil veces, con el cuerpo y la cabellera repletos de gotas de sudor. Y por detrás la siguió él. Recibieron juntos la culminación de la unión y fue como tocar el cielo con las manos.

Agotados, cayeron sobre la hojarasca y se abrazaron. Permanecieron quietos por un buen rato hasta que Jayden rodó sobre ella y volvió a cubrir su cuerpo con el suyo.

—¡Ingresaste a Juilliard! —gritó Carla con lágrimas en las mejillas, y la abrazó con fuerza—. No sabes cuán feliz me siento por ti, Mandi de mi alma.

Al escuchar la voz emocionada de su amiga sobre su hombro, Amanda dejó la carta que la escuela de Juilliard le había enviado, sobre una mesita. Con todo el dolor acumulado de los últimos días, comenzó a llorar a lágrima viva.

—Mi dulce —continuó diciendo Carla—. Es lo mejor que pudo haberte pasado. Me siento tan orgullosa de ti. ¡Has luchado tanto! —Se apartó y se sonó la nariz con un pañuelo de papel—. Y te ayudará a olvidar a ese maldito de Jayden.

Amanda lloró con más fuerza. Agradecía a Dios que esa carta hubiese llegado en ese momento, cuando una angustia lacerante se había apropiado de su corazón desde hacía unos días y amenazaba con acabar con ella.

—Yo también estoy feliz —contestó, sin poder desterrar por completo la aureola triste de su rostro.

—¡Y que se metan la beca en el culo, Mandi!

Sacudió la cabeza y se quitó las lágrimas con el dorso de la mano. Era una verdadera pena, porque en la carta le aclaraban que no había sido elegida como destinataria de ese beneficio. Pero no importaba, porque estaba decidida a sacar lo mejor de esa aventura en Nueva York, y el dinero no sería un impedimento. Tenía sus ahorros y, hasta que encontrase un buen trabajo en ese país, debería ajustarse un poco, lo cual no era algo nuevo para ella.

Hacía unos meses había reservado un pasaje con fecha abierta, así que, separándose de Carla, se apresuró hacia la computadora para abrir la página de la compañía aérea y colocar los datos de su partida e ingresarlos.

—Listo —exclamó—. ¡Salgo en cuatro días!

—¿Adrien te pagó lo que te debía?

Amanda asintió.

—Hasta el último centavo. A propósito, ¿has quedado en buenas relaciones con él?

Carla sonrió y a Amanda no le quedó la menor duda de que su amiga había caído otra vez en los brazos de Cupido.

Pero el semblante de Carla cambió y Amanda supo enseguida de qué se trataba.

—¿Has recibido algún mensaje?

Las lágrimas volvieron a irrumpir a sus ojos. En los últimos siete días, había llorado tanto que creía haberse secado por dentro. Sin embargo, su cuerpo seguía drenando.

—No.

Carla juró enfurecida.

—Maldito perro sin corazón.

—Por favor, cielo. Ya no más.

—Pero es que todo venía tan bien..., pero después no sé qué mierda pasó...

Le tocó el turno a Amanda de sonarse la nariz.

—Jayden se fue porque pertenece a otra realidad. Yo siempre lo supe. Lo

único que hubiese deseado es que se despidiese de mí. Yo no lo hubiese detenido, Carla. Te lo juro.

Esta la abrazó de nuevo.

—Lo sé. Pero él no. Un idiota, como muchos que abundan en el mundo. Por eso, ahora te dedicarás a ponerte bien y a prepararte para el futuro maravilloso que te espera.

—Te lo prometo, Carlita.

Nueva York, un año después

—¿Estás lista, Amanda?

—Sí.

Su amiga Linda Sheen, con quien se hizo entrañable desde que ingresase a la escuela de Juilliard, se veía ansiosa por su actuación. La señorita Nancy Allen, la principal arpista de la orquesta filarmónica de Nueva York, desde el primer día que había escuchado tocar a Amanda, la había considerado un verdadero descubrimiento. De esa manera, Amanda había recibido el apoyo incondicional de la arpista y, en solo doce meses, había alcanzado una destreza pocas veces vistas en la escuela.

Por eso, ese día, a un año de haber recibido la carta de aceptación por parte de Juilliard, iba a actuar en un solo en el festival de música de cámara en el Lincoln Center, avalado por la escuela y, en especial, por la señorita Allen.

—Entonces nos vemos después. Estaré sentada en primera fila, lo mismo que tu familia y tu adorada Carla con su novio Adrien.

Luego de un fuerte abrazo, Linda se retiró del vestuario con una enorme sonrisa.

Amanda se miró al espejo y agradeció a Dios. Había logrado desplegar su talento musical a tal punto que actuaría en la sala David Geffen Hall, frente a dos mil setecientas personas que habían venido expresamente para oír la música de su arpa.

Respiró profundo.

Habían ocurrido muchas cosas durante ese año, algunas duras y otras gloriosas. Una de las más desconcertantes fue cuando arribó el primer día a la escuela de Juilliard, donde se topó con la inmensa sorpresa de que, en realidad, sí había recibido una beca. La secretaria se había deshecho en disculpas por el terrible error cometido. Eso había significado poder ahorrar

una cuantiosa cantidad de dinero que le permitió dedicarse con más énfasis al estudio.

Otra, y una de las más lindas, fue la maravillosa amistad con Linda. Ella era de Londres y, apenas se vieron, congeniaron de tal forma que la inserción en la escuela fue mucho más rápida de lo que se hubiese imaginado.

Ni hablar del apoyo de la señorita Allen. Era una mujer en extremo exigente, pero sacaba lo mejor de ella. A veces habían tenido arrebatos de tensión, sobre todo cuando Amanda había llegado a niveles de extenuación para poder dar de sí lo que la profesora exigía de ella. Y, como era de esperar, había terminado cediendo, porque Allen tenía la intención de lograr que fuese la mejor concertista de arpa, hecho que valoraba más que nada en el mundo.

De pronto, no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas y que un pequeño sollozo saliera de su garganta cuando se acordaba de él.

«Jayden», susurró por dentro. Porque aún dolía.

Los diez días que vivieron juntos en Vianden había sido una de las experiencias más bellas de su vida. Jayden había sido atento, amoroso y por completo dedicado a ella. La había ido a ver a todas las funciones y, cuando culminaban, entre aplausos, él se acercaba con rosas naranjas en las manos. A veces eran cuatro, otras cinco, de tal forma que, al final del día, tenía una docena en el jarrón del cuarto del hostel. Al cabo de una semana, su habitación estaba tan repleta de rosas naranjas que casi no había lugar para nada más.

Pero una tarde, cuando se encontraban en la habitación de un hotel de cinco estrellas, que Jayden había alquilado para pasar juntos todos los instantes que pudiesen, habían hecho el amor como dos descosidos y ella le había confesado que lo quería. El semblante de él se había transformado y se había limitado a besarla con ansias. Después, se había retirado diciendo que la llamaría a la noche. Y esa fue la última vez que lo vio.

Al principio se había asustado pensando en que le habría pasado algo, pero después se enteró, por un e-mail de Stan Harrison, que Jayden se encontraba bien, pero que un asunto de negocios lo había obligado a ausentarse de Luxemburgo y había regresado a Estados Unidos de inmediato. También le aclaraba que no bien pudiese, Jayden se comunicaría con ella.

Habían pasado once meses y quince días, y jamás había recibido noticias de él. Agachó la cabeza y las lágrimas cayeron sobre el lavabo ubicado debajo del espejo.

Ella siempre supo que el tiempo de separarse llegaría, pero la forma en

que había desaparecido, como si ella jamás hubiese existido, aún la hacía sufrir.

Inhaló hondo y volvió a observarse. Era increíble, pero esa tristeza la había ayudado a persistir en sus logros y, en ese instante, su gran dolor se transmutaría en el don que debía mostrar con su instrumento frente al público.

El sonido de unos golpes contra la puerta la volvió al presente. Al abrirla, se topó con la asistente de la señorita Allen.

—En dos minutos, Lovelace.

Amanda agradeció y salió a escena, donde su esplendorosa arpa la esperaba. Miró en derredor y, con un nudo en la garganta, constató que el Lincoln Center se encontraba repleto.

El momento más importante de su vida había llegado.

Inició su concierto con el alma abierta y durante dos horas sus manos se transformaron en encantamiento puro. Cuando llegó el final, cerró los ojos y su voz se alzó para dar la bienvenida a la canción que tanto quería y que le recordaba al único hombre al que había amado *Bring me to life*.

Al culminar, el estallido de los aplausos y vítores de los asistentes la obligaron a abrir los ojos. Y lo que vio la conmovió hasta las lágrimas. ¡La gente la aclamaba!

Despacio, se levantó y agradeció varias veces con una reverencia. Cuando se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, el público la ovacionó con una algarabía mayor. La apoyaban no solo por lo que había ofrecido, sino también porque comprendían su alegría.

En primera fila vio a sus padres, a sus hermanos, a Carla con Adrien, a Linda y a la señorita Allen que aplaudían a rabiar.

Con una última inclinación de su cuerpo, salió del escenario, que se había llenado de las flores que la gente había arrojado a su paso. En el trayecto a su camerino, las personas con las que se encontraba la felicitaban y más de una le solicitó un autógrafo. Estaba tan feliz que apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Cuando abrió la puerta, se quedó con la boca abierta. Centenares de rosas naranjas se distribuían de a montones por cada uno de los rincones de la habitación y de los muebles. Caminó unos pasos sin poder creer en que aquello fuese real. Y, a través del espejo, prestó atención a la figura masculina que podría distinguir de entre todas las del mundo.

Se volvió con lentitud hasta toparse con los ojos grises que nunca dejó de

anhelar desde que se habían separado.

—Amanda —susurró Jayden.

Se quedó tiesa, sin saber qué hacer. Pero al instante siguiente, se obligó a responder:

—Hola.

Jayden se acercó y Amanda, sin amedrentarse, permaneció en el lugar. Se lo veía diferente. Estaba mucho más delgado de lo que lo recordaba y muy avejentado, con profundos surcos al lado de la boca y ojeras oscuras. Pero lo más doloroso era su mirada cargada de desolación.

«Por Dios, Jayden, ¿qué te ha pasado?», se preguntó.

Él le sonrió con una enorme ternura y, en ese segundo, casi pudo adivinar al muchacho que alguna vez había yacido entre sus brazos.

—Lo lograste, Amanda.

Cuando lo tuvo a su lado, respondió:

—Creo que sí.

—Has sido sublime.

Seguía estática de la impresión, pero necesitaba reaccionar o perdería la cordura.

—Me tengo que ir. Mi familia y mis amigos me esperan.

Cuando quiso pasar, Jayden se interpuso en su camino.

—Por favor, Amanda.

—Por favor, tú. Desapareciste de mi vida hace un año y no puedo...

—Te imploro un rato de tu tiempo. Donde sea y cuando sea. Tú decides.

Amanda sabía que su familia y sus amigos esperarían al final del concierto para ir a felicitarla, por lo que decidió darle esos minutos que faltaban.

—Aquí y ahora. Lo que dure el espectáculo hasta su culminación.

Jayden miró el reloj y asintió.

—Siéntate, por favor —le dijo con voz ronca.

Ella lo hizo solo porque estaba agotada y necesitaba descansar un poco. Jayden la escudriñó y el brillo de una vulnerabilidad apabullante inundó sus pupilas cuando comenzó a hablar.

—Sé que ha pasado un año desde que te abandoné sin ninguna explicación de mi parte, y créeme que aprecio tu generosidad al permitirme explicarme sobre lo que me he arrepentido de haber hecho desde el primer segundo que tomé el avión a Estados Unidos.

—Jayden...

Este levantó la mano.

—El tiempo pasa rápido y necesito expresar lo que me ha carcomido el alma en estos largos meses. —Amanda asintió—. Toda mi vida detesté la gente voluble, atemorizada por lograr sus objetivos. Fíjate lo que conseguí cuando murió mi padre, siendo tan solo un jovencito. Eso se debió a que desterré el miedo de mi existencia. El problema radicó en que, cuando te conocí, no estaba listo para aceptar al amor. Te expliqué en su momento que algo grande llegaría a mi vida y que eras tú. Pero cuando comencé a dedicarme a ti, descubrí que existía algo más que me motivaba y que no pertenecía a mi rutina diaria. Y lo que empecé a sentir no podía comprenderlo. Me levantaba y me acostaba pensando en tu rostro y en tu sonrisa. La idea de no poder escuchar alguna de tus funciones me mataba. Me encantaba llevarte rosas naranjas y, después, llenarme de ti como mujer.

—Por Dios...

—Nunca, Amanda, nunca imaginé que esto me ocurriría. Siempre me manejé desde el control y la planificación. Soy genial con esas cosas. Pero tú, Amanda, con tu dulzura, con tu arpa y tu amor, me sacaron de eje. Salí expulsado hacia atrás como un chiquillo. Caí rodando por un acantilado cuando me confesaste que me querías, y decidí huir. Porque tus palabras rompieron mi coraza, mi emblema de varón sabelotodo y orgulloso. Tus manos, las mismas que arrancan los acordes más bellos de un instrumento, me acariciaban con tal entrega que me sentí morir. Y me di cuenta de que estaba completamente enamorado de ti. —Amanda empalideció, pero Jayden se apresuró a continuar—. Esa semana, cuando Stan me llamó, estábamos planeando un negocio muy arriesgado que el Jayden de antaño hubiese enfrentado como el mejor. Pero, debido al reciente descubrimiento, estaba por completo disperso. Es más, una tarde telefoneé a Stan y le hice tomar ciertas decisiones que significaron una inversión nefasta y que pusieron en riesgo a la empresa. Por eso, cuando aquella noche me confesaste que me querías, enloquecí. No me reconocía, no estaba acostumbrado a ese tipo que clamaba por el amor de una chica, quien, a su vez, me regalaba el suyo con tanta generosidad. Y me aterroricé. Necesitaba volver a mí, al hombre que era, porque corría el riesgo de perderme a mí mismo.

—Jamás te hubiese retenido. Solo hubiese deseado que te despidieses de mí.

Jayden bajó la vista. Parecía roto, acabado. Y por más que Amanda había sufrido tanto ante sus acciones, no podía evitar sentirse triste por encontrarlo

de esa manera. Hubiese preferido verlo feliz, porque el precio había sido demasiado alto.

Cuando Jayden levantó la mirada, sus ojos estaban cuajados de lágrimas y el corazón de Amanda se detuvo.

—Lo sabía. Pero mi gran terror, Amanda, radicaba en mí. Si te veía una vez más, jamás iba a dejarte ir, y tú querías cumplir tus sueños y yo me negaba a comprender al nuevo Jayden. Creí que huyendo lo enterraría y podría volver a mi vida anterior. —Suspiró profundo y una lágrima descendió por su mejilla—. Pero estaba por completo equivocado. Cuando el amor nos toca el alma, ya nada vuelve a ser igual. Quedamos envueltos en su magia para siempre y, hagamos lo que hagamos para despojarnos de él, al final terminamos buscándolo como niños desesperados.

»Créeme, Amanda. Intenté desterrarte con más trabajo, con otras mujeres y con más decisiones erróneas. Pero fue inútil. Tú estabas ahí, enterrada en mi corazón, en mi esencia y en mi cuerpo. —Se quitó con los dedos las lágrimas que seguían desplazándose por la cara—. Y jamás pude perdonarme, Amanda. Jamás.

—¿Y qué buscas hoy aquí, Jayden? Yo hace tiempo que te he perdonado. Proveníamos de entornos muy diferentes y, aunque tú en una ocasión me dijiste que querías unirlos, algo en mi interior me susurraba que debías ser libre. Cuando te confesé que te quería, no pensaba aferrarte a mí. Yo solo deseaba ser honesta con mis sentimientos que tú generabas, y por eso me atreví a exponértelos. Anhelaba que fuese un regalo, y no una tortura para ti. Sufrí mucho por tu desprecio, pero también estos meses me han dado la sabiduría para entender que no estabas listo para nosotros.

—Me equivoqué tanto, Amanda. Por eso, cuando me preguntas qué es lo que busco hoy aquí, solo puedo responderte —volvió a suspirar— un milagro.

—Jayden...

—Ese que pregona tu canción tan maravillosa. Porque en este maldito año me he convertido en una nada. No siento correr la sangre en mis venas porque no percibo la vida. No veo la luz porque la oscuridad se ha apoderado de mí. Perdí lo que más amaba y, desde ese día, créeme, simplemente morí. Por eso, solo ruego a Dios que me permitas despertar y regresar a tu vida. No me importa cómo ni cuándo. Te juro que esperaré lo que haga falta. Así sea que me abras la puerta de tu alma cuando seamos dos ancianitos que apenas puedan moverse, entonces la espera habrá valido la pena. Porque te amo. —

Un sollozo expulsado de la garganta de Jayden acompañó las lágrimas que Amanda derramaba—. Solo tú me devuelves a la vida, Amanda. Solo tú.

El calor de la habitación empañaba los vidrios y el jadeo de los amantes reflejaba la pasión que los envolvía. Sus figuras entrelazadas se agitaban frenéticas sobre la cama, cuyas sábanas habían caído desparramadas por el piso. Las bocas y las manos se daban un nuevo festín con las formas suaves y duras de sus cuerpos agotados por haberse amado durante toda la noche, pero que ante los primeros rayos de sol de la mañana volvían a la acción.

—¡Me llevas loco! —gruñó Jayden mientras bombeaba enardecido hasta lo más profundo.

Amanda se incorporó y lo besó como una posesa. Jayden respondió igual, a la vez que entrelazaba los dedos de una mano en la cabellera y le sostenía la espalda con la otra.

El beso duró una eternidad, así como el movimiento enloquecido de las caderas de Jayden. Los gemidos incontrolados dieron lugar a más caricias y al aumento en la velocidad de las embestidas.

A regañadientes, Amanda se apartó y contempló el rostro y el cabello mojados de Jayden. Sonrió. El color rojo de las mejillas y del cuello de él, por el fragor de la unión, le fascinaba. También algunos rasguños suaves sobre los hombros fornidos. Así era cuando Jayden y ella hacían el amor. No tenían suficiente el uno del otro y tampoco existían barreras.

La cabeza de Jayden bajó hacia uno de sus senos y se lo llevó a la boca. Lo succionó con fuerza y Amanda, cerrando los ojos, arqueó la espalda. Los labios y la lengua magistrales desayunaron con gusto primero uno y después el otro.

—Adoro tus tetas, Mandi.

—Y yo, que me las devores, Jay.

Eso significó una orden deliciosa para él. Amanda sollozaba de placer hasta que, de un giro, la colocó debajo de él y se enterró aún más adentro. Le tomó el rostro con las dos manos y la besó como si fuese lo último que hiciese en su vida. Continuó embistiendo durante un largo rato, sin dejar de beberse sus labios, hasta que Amanda pareció elevarse a las estrellas.

—Sí, mi amor. ¡Volemos juntos!

Y con gritos de dicha, ambos arribaron a la gloria. Jayden se derrumbó sobre el pecho de Amanda, quien lo recibió entre sus brazos. Permanecieron así un buen rato hasta que la respiración de los dos casi volvió a la normalidad. Amanda acariciaba con suavidad su cabello transpirado.

Cuando Jayden levantó el rostro y la miró, sonrió de oreja a oreja, como había comenzado a hacer desde que ella aceptó casarse con él. Había aumentado de peso y las ojeras habían desaparecido, se sentía más saludable que nunca debido a la dicha que la presencia de Amanda le generaba.

Se recostó de espaldas y llevó a su mujer contra su pecho. La abrazó y la besó con ternura.

No había sido fácil lograr que Amanda volviese a él, pero luchó con uñas y dientes hasta que, dos años después, ella aceptó su propuesta matrimonial. A los tres días, Amanda y él dieron el sí en la iglesia de Saint Patrick de Nueva York.

A su vez, dos días atrás, Amanda había recibido su diploma de Bachelor of Music y no podía sentirse más orgulloso. Incluso la señorita Allen la había convencido de que continuase en la escuela durante unos años más, hasta obtener el doctorado de artes musicales, lo cual garantizaría su brillante porvenir. Él no tenía la menor duda de que su esposa llegaría a ser una celebridad.

Por su parte, él conservaba su sociedad con Stan, pero desde Nueva York, ya que, contrario al modelo de los padres de Amanda, él se había mudado a su lado para jamás alejarse de ella. Eso había traído como consecuencia asiduos viajes a Denver. Amanda lo acompañaba casi siempre, salvo que tuviese que dar un concierto. En ese caso, no podía evitar ponerse de mal humor, porque amaba ver a su esposa tocar el instrumento que los había unido de por vida.

—Me tienes que contestar algo —escuchó decir a la voz ronca de Amanda.

Jayden giró la cabeza, preocupado. Al notar la expresión de su mujer, se incorporó y, apoyándose sobre un codo, la miró con detenimiento.

—¿Qué sucede, mi dulce?

—Cuando fui a la escuela a entregar los papeles de la beca para darla de baja, la secretaria me contó entre risas que, como eras mi esposo, estaba segura de que yo estaría al tanto de tu visita a la escuela, cuatro años atrás, cuando apareciste en su oficina exigiendo que se me otorgase dicha asignación. Es más, me contó que, en caso de no hacerlo, amenazaste con

quitar el abultado apoyo económico que la escuela recibía de tu empresa con Stan.

Jayden se quedó sin aliento. Jamás había querido revelarle a Amanda esa noticia, porque conocía el orgullo de su esposa y temía que su intervención en aquel momento, por el caótico estado en que las cosas habían quedado entre los dos, pudiese tomarlo como una afrenta. Lo había hecho con todo el amor que sentía por Amanda, pero ella tenía sus propios puntos de vista.

Con el corazón en la boca, asintió. Amanda frunció el ceño y Jayden se preparó para el estallido de una guerra mundial. Pero, para su sorpresa, ella sonrió y, acercándose a su boca, susurró:

—Te amo, Jay. ¿Me vuelves a hacer el amor?

Crazy

Dacar Santana

*A los componentes de mi familia de cuatros.
Los amo.*

Estoy aquí. Solo. Pasando un frío de muerte. Solo. Aburrido. Con frío. Aburrido. Once días de travesía—no comprendo cómo pude pagar por eso—, con el cargador de mi teléfono, al que le queda un triste treinta y cinco por ciento de batería, instalado y calentito en la habitación del hotel cuco y hogareño —lo dice su página web, no yo. Bueno, aunque tampoco negaré esos adjetivos, no los repetiré en voz alta con gente alrededor. Por cierto, es que está relajadamente en la habitación, es mi cargador, no yo— en el que me hospedo aquí en Noruega. Especifico, Noruega a principios de octubre.

¿He dicho ya que tengo frío? Porque, ¡joder!, tengo los huevos helados.

Desde que llegué a este maravilloso y helado país, no he parado de repetir en bucle en mi cabeza lo gilipollas que fui al pensar que ir a Noruega en estas fechas sería una idea estupenda. A ver, a priori, viendo las fotos y comentarios de la gente, no pensé en los «en contra» de este viaje. Más bien me deje sugestionar por todos los «maravillosos paisajes, para repetir y los repetiría» en todas las páginas de viajes que encontré en mi búsqueda de información.

Al llegar e instalarme en la calentita habitación, volví a dichas páginas y me percaté de que los comentarios eran de meses como mayo o junio, y que yo había decidido viajar a principio del invierno noruego, en los que el sol brilla por su ausencia y las lluvias comienzan a aparecer.

Muchos me llamarían «impulsivo». Yo prefiero llamarme «tonto del culo».

Y todo eso me lleva al presente, a bordo del maravilloso Hurtigruten. Tratando de hacerme entender en mi inglés —que no es que sea malo, pero el castañear de mis dientes dificulta mi correcta pronunciación—, pregunto a todo el que veo si tiene algún cargador que pueda prestarme y me llevo una decepción del carajo. ¿Es qué los noruegos no conocen la maravillosa

tecnología Android?

Estoy rodeado de gente de todo tipo: jóvenes, viejos, parejas, tríos, grupos, y me siento más solo que nunca. Si por lo menos tuviera la compañía de los juegos de mi fiel teléfono para evadirme..., pero no. Nada de eso. Ya lo veo venir. Me tocará emborracharme durante toda la travesía, donde acabaré sin salir de mi camarote, huyendo de los avances inapropiados de alguien de la tercera edad. «¿Qué le voy a hacer si soy un imán para los abuelitos y abuelitas?

Me acerco a la popa del barco y me topo con un bulto informe sobre una silla, que me hace identificarlo como un ser humano. El pequeño vapor que sale de entre sus manos me indica que está bebiendo algo caliente y el olor que me trae la brisa me indica que es café. Me acerco a la masa humanoide como un adicto al crack, buscando su próxima dosis con la esperanza de que sino un cargador válido, me indique donde está la cafetería del navío.

—Hi —saludo, breve y conciso. Antes he dicho que mi inglés no es malo, no que fuera elocuente hablándolo.

El bulto levanta la cabeza y me deja ver unos preciosos y femeninos ojos verdes. Y sí, solo digo ojos porque lleva un pasamontañas tipo ladrona de bancos que me impide ver todo lo demás excepto un poco de sus labios escondidos tras el vaso humeante.

—Hola —me responde ella.

—¿Hablas español? —pregunto un poco sorprendido.

—No. Es que me la quiero dar de interesante fingiendo que hablo otros idiomas —me contesta con un marcado acento no nativo. O sea, más española que la tortilla de patatas—. A la próxima persona que vuelva a hablarme la saludaré en mandarín.

Con un suspiro de alivio y obviando que es un poco borde —lo pobres no pueden ser selectivos—, me siento a su lado. Ya me da igual que no la conozca de nada. Solo sé que habla mi idioma, bebe café y puede que tenga una solución para mi problema tecnológico.

—Hola —saludo de nuevo. Vale, parece que tampoco soy muy elocuente en mi idioma—. Soy Néstor y te estaría totalmente agradecido si tuvieras un cargador no Apple para prestarme intermitentemente durante estos once días.

El bulto se gira hacia mi, me pasa su vaso y rápidamente se quita el pasamontañas. Un revoltijo de pelo castaño claro y rizado se libera y una cara no del todo preciosa pero si sumamente atractiva me roba la atención.

—Néstor, ¿a quién se le ocurre salir de crucero sin una batería externa, un cargador, una gorra con panel solar incorporada o lo que sea? —me reprocha, repitiendo lo mismo que yo me he estado echando en cara desde que me subí al barco—. Estamos en el siglo XXI, chico. La era en la que, si no sacas una foto inmortalizando lo que has hecho, nadie, ni siquiera tú mismo, creerá que lo hiciste. Creo que tus seguidores de Instagram se verán muy decepcionados...

—Si te digo la verdad, el único que se verá decepcionado soy yo. Pensaba aprovechar este viaje para pasarme todas las fases posibles de tantos juegos gratuitos como pudiera.

—Pues qué raro eres —afirma.

—Gracias —replico sarcástico.

—De nada —me dice evadiendo mi tono—. Yo pienso pasarme casi todo el viaje borracha. Puede que, incluso, tal vez, deje que algún abuelo de Heidi, o abuela (nunca se sabe lo que puede caer en tus redes seductoras), me toque el culo solo para que se sientan realizados los últimos años de su vida. —Me guiña un ojo—. No lo puedo evitar. Lo de buena samaritana me sale de dentro.

Yo estoy flipando. No solo porque su plan de viaje sea la mitad del que tenía yo ideado, sino por la seguridad con la que habla.

—¿Estás borracha ya? —inquiero porque no encuentro otra explicación.

—¿Me estás invitando a beber juntos?

Me fijo en que el chico que tengo al lado me mira como si estuviera loca. Como si fuera la primera de esas miradas que me dedican... ¿Qué pasa? Estoy sola en Noruega. Mi amiga conoció a una réplica de Thor y me dejó tirada para irse a recorrer el país de una forma íntima con él. Y con «íntima» y «recorrido» quiero decir que están follando como monos en la casa del maromo. No le tengo envidia.

No.

Un poco.

Vale. Admito que la odio un pelín, pero solo por dejarme sola sabiendo que no hablo otro idioma que no sea el español básico de ciudad. Por otro lado, no puedo reprocharle nada. Yo también habría aprovechado la

oportunidad.

Por eso, cuando Néstor aquí presente me saludó, le respondí en español. La verdad es que estaba a punto de sacar el teléfono y pedirle a SIRI que me tradujera un par de frases claves que me otorgaran un nuevo amigo, del tipo: «Estoy sola y no tengo inhibiciones en la cama», hasta la clásica: «Por favor, me aburro. No me dejes sola. Si quieres te lavaré la ropa interior durante todo el viaje».

Creo que con la última me habría pasado un poco, pero me da igual. Me siento sola y hace un frío del carajo. Me apunto a lo que sea.

Decido ser compasiva y portarme bien con el chico guapetón y moreno. Al fin y al cabo, es respuesta a mis plegarias de hace unos minutos. Tengo que hacerme un nuevo amigo o amigos, según si viene solo o no. Bueno, o, en caso de que tenga pareja, formar parte de un trío. Como digo: me apunto a lo que sea.

—Y dime, amigo Néstor, ¿quién ha sido la mala persona que te ha enrolado en este viaje helador?

—La culpa es solo mía.

—Ya entiendo. Eres masoquista —me burlo.

En lugar de responder con una réplica ingeniosa o simplemente hacer un gesto con la cabeza, se queda meditando la respuesta. Tanto que creo que o está loco o va a ignorarme descaradamente. Nadie se queda tanto tiempo ensimismado por una simple pregunta de sí o no, y eso que en realidad ni siquiera era una pregunta real.

—Me acabo de dar cuenta que sí. Que tal vez tenga a un masoquista saboteador en mi interior. Si no, qué coño pinto yo en Noruega. —Su sinceridad me gusta. Me gusta muchísimo—. Dime tú si no estaría yo mejor en Bali o en Canarias. Se me están helando las bolas, ¡joder!

No puedo evitarlo. Me rio. Las carcajadas salen de mi boca, incontrolables. Sin saber muy bien cómo, me doy cuenta de que ya no estoy sola en mi risa. Una risotada grave y masculina me acompaña. Y por muy raro que parezca, ya no me siento sola. Se puede decir que hasta tengo menos frío.

—Desconocida, quiero invitarte a una copa, pero no acostumbro a beber

nada con extraños. Siempre les pido el nombre y se los mando a mis amigos por si acaso sea un secuestrador —explico cuando nos calmamos. Espero que pille la indirecta porque me da vergüenza preguntarle el nombre después del discurso que le acabo de soltar.

—Como yo tampoco acostumbro a secuestrar a nadie sin presentarme antes, te diré que me llamo Alicia. Puede que sea mi nombre real o que quiera crearte un falso sentido de la seguridad para después atacarte y venderte en el mercado chino —se mofa—. Y, ahora, en serio, te acepto esa copa encantada. Pero que sea dentro, por favor.

—Sus deseos son ordenes, madame.

Las risas de la chica me animan y, aunque parezca raro, el sonido de su voz, el movimiento de sus rizos y su piel morena logran que ya no me sienta tan solo. Se puede decir que hasta tengo menos frío.

Risas. Creo que nunca me he reído tanto. Sinceridad, algo refrescante en los tiempos que corren. Esta noche, también encuentro mucho de eso.

Conexión.

Podría achacarlo a la bebida, pero mentiría estrepitosamente. Es él. Soy yo. Estamos rodeados de energía magnética. Sé que es inevitable que acabemos tan juntos como dos imanes pueden estar.

Una copa llevó a la otra. Entre vaso y vaso —y negaré saber cómo ocurrió —acabamos en el camarote. Sus dedos enredados entre mis rizos y mi mano como si nada en sus nalgas.

Mi boca en su cuello, la suya en mi oreja. La lengua de ambos en todas partes.

Sus manos en mis pechos y mis dientes enmarcados en su piel.

Su miembro entre mis piernas y mi sexo en su boca.

No sé si el orden es el correcto. Solo sé que me divertí. Mucho. Muchísimo.

—Me vuelves loco, Ali —susurro con sinceridad, metiendo mi mano en

sus alocados tirabuzones—. No es el alcohol el que habla, ni siquiera mi polla que se muere por que la toques. Soy yo. Solo yo diciéndote que te deseo.

—¡Menos mal! Creía que no habías pillado mis indirectas y que esta tensión sexual solo la sentía yo...

—Soy un hombre, preciosa. A no ser que te las saques y me las señales con un letrero luminoso, siempre daré por hecho que no tengo posibilidad.

—No todos los hombres son así.

—Por suerte para ti, este sí —confieso—. Lo único que cambia es que yo soy lo suficientemente seguro de mí mismo como para confesarlo.

—¿Has comprado lotería? —me pregunta.

—¿Eh? —Mi cara denota la frustración que siento en estos momentos. ¿Acaso no entiende que casi toda mi sangre ha abandonado mi parte pensante y que mi mente no carbura muy bien ahora mismo?

—Te lo pregunto porque creo que hoy es tu día de suerte: Voy a invitarte a mi camarote. No sé... también podrías comprobar si eres millonario.

Y me dedica un guiño. Ya no aguanto más y la beso.

Entramos en el camarote y me siento como un virgen ante su primer revolcón. Es preciosa, interesante, seductora...

Nos atacamos como leones en celo, garras y dientes marcando nuestra piel. Pechos perfectos coronados por los pezones más succionables que he visto en mi vida; un coño brillante al que no puedo evitar besar; una boca hecha para lamer mi cuerpo de arriba abajo.

¡Perfecta, joder!

Terminamos y se enrosca a mi cual serpiente sedosa. Me tiene tan hipnotizado que no me importaría que se adueñara de mi cuerpo para siempre.

Creo que el frío noruego me está cambiando.

Lo raro es que no me da miedo admitirlo.

Estoy desnuda sobre un cuerpo caliente. No me engaño, recuerdo todo lo ocurrido. Cada caricia, estremecimiento, cada orgasmo... Lo que me extraña es que quiero repetirlo. Y yo, nunca pero nunca, quiero repetir.

Creo que el frío noruego me está cambiando.

Alargo la mano hasta alcanzar la manta y nos envuelvo en ella antes de

cerrar otra vez los ojos. Quiero disfrutar del momento.

Me despiertan unos ronquidos muy suaves. Pero no tan suaves como para resultar molestos. Miro hacia abajo y me veo con la boca lleno de pelo rizado. Estamos tapados con una fina manta, sin embargo, el calor que siento no proviene de ella, sino de la dueña de esos locos cabellos que casi logran que me asfixie durmiendo.

La aparto y me levanto con cuidado. Me visto y salgo del cuarto. Es hora de aclarar las ideas.

Ha huido. Se ha marchado sin ni siquiera dejar una nota. Vale, no es que esperara una declaración de amor, pero me da coraje pensar que todo lo que sentí anoche fue sólo producto del alcohol y la desesperación de un hombre por echar un polvo.

Pensaba que hubo una conexión. No sé. Algo así como un tal vez...

Me levanto, me ducho, me visto y salgo del cuarto. Es hora de aclarar las ideas.

Me la encuentro en popa. En el mismo lugar exacto en el cual la conocí. Ahora no es solo un bulto amorfo, es una mujer lo bastante interesante como para no poder dejar de pensar en ella.

Después de ducharme, volví a buscarla, pero no estaba. Así que ahora estoy armado con dos cafés dispuesto a enfrentarme a ella y a lo ocurrido anoche en público. Espero no tener que arrepentirme de llevarle una bebida caliente

Me acerco y me siento a su lado.

—Hola —saludo tendiéndole un café.

—Hola.

Ni una sonrisa ni nada que se le parezca. Empiezo mal.

—Regresé a tu camarote y ya no estabas.
—Huiste.
—Fui a ducharme.
—Huiste —insiste.
—Tienes razón —admito—. Necesitaba aclararme las ideas.
—No te pido nada, Néstor. Tan solo me hubiera gustado que me dijeras adiós. Acabar de buenas —explica—. Al fin y al cabo, estamos obligados a soportarnos durante diez días más.

—¿Sabes de esa clase de tíos que nunca se quedan? ¿Esos que no tienen ganas, tiempo, ni interés en las mujeres a no ser que sea para follar? —cuestiona Néstor.

—¿Quién no los conoce?

—Pues yo no soy uno de ellos, aunque sí se puede decir que pertenezco a una rama de su familia —declara—. Me vine a este viaje porque quería escapar del aburrido ingeniero informático que se conforma con pillar cacho cuando le cuadre y que no ha conocido a ninguna mujer que le pareciera tan interesante como para querer repetir. Entonces me subo a este barco y lo que comenzó como el crucero del horror se convirtió en algo muchísimo mejor gracias a ti.

»Perdona que saliera huyendo, pero para un chico aburrido y rutinario como yo, es todo un shock para asimilar.

—Antes de que llegaras estuve pensando. Me había convencido de que me había vuelto loca. Creía que me había invadido una especie de Síndrome de Estocolmo sexual y que esta sensación era unilateral.

—Yo también siento lo mismo y, si bien es raro, no lo tomo como tal.

—Néstor.

—Dime.

—Te he mentado—admito aunque soy consciente de que me estoy rozando la fina línea que divide el me gustas del ser una acosadora.

—Si me vas a decir que eres una asesina en serie, no sería una mentira sino una omisión.

—Calla, estúpido, intento sincerarme —le reclamo. Tomo aire y me tiro a

la piscina—. No creo que todo lo que sienta sea debido al sexo.

—Te repito lo mismo de antes: yo también siento lo mismo.

Nos quedamos observando cómo se mueve el barco. Los paisajes verdes que deja a nuestro paso, los rincones idílicos que son dignos de recordar. Se oye *Crazy*, de Aerosmith, en el hilo musical y pienso que la escena es perfecta.

—Le he estado dando vueltas a eso de el síndrome sexual... ¿Te vas a volver mi acosadora personal? —bromea.

Dejo el café a un lado, le quito el suyo de la mano, colocándolo en cualquier sitio, y me siento sobre su regazo.

—No lo sé. Tal vez. Tenemos diez días para comprobarlo.

Lo beso y me acurruco sobre él.

Me besa y se ovilla sobre mi.

¿Sabes qué? Ya no tengo tanto frío.

Me gustas mucho

Marta D'Arguello

*A la música en general.
A Diego y Andrés en particular, quienes, cada uno y a su manera,
encontraron en ella la forma de transmitir sentimientos.*

Noviembre de 2018, Estación Fuente Alba, Córdoba

Disculpe, señorita —se dirige a mí el guarda del tren, lo que hace que voltee hacia él—. ¿No va a bajar? Hemos llegado.

Lo miro sin siquiera pestañear. De nada vale que le diga que no sé si quiero descender, que en mi mochila llevo mucho más que ropa, la que no pesa nada en comparación con la tremenda carga de un error que debí pagar con el exilio.

—Mire, no hay problema si quiere continuar, solo debe abonar la diferencia por el cambio de destino.

—No, no quiero cambiarlo —respondo mientras me pongo de pie gritando en silencio que es mentira, que lo único que deseo es irme de este sitio lo más lejos posible.

La vieja estación está tal cual la recuerdo. La oscuridad que la envuelve oculta sus paredes corroídas por el tiempo. Apenas una luz tenue permite ver el nombre del lugar en un cartel de chapa a punto de desprenderse y caer, al igual que mi orgullo...

Soy la única que desciende. El maquinista anuncia su partida solo para cumplir con el protocolo, ya que no hay nadie más que yo, de pie, sobre el andén; sola en medio de mis fantasmas, los que están a punto de cobrar vida desde la profundidad de mis recuerdos, donde los sepulté.

La calle está desierta. Busco mi móvil para ver la hora, pero el condenado aparato se ha quedado sin batería. Camino hacia la plaza central, o al menos en la dirección en la que recuerdo que se encontraba. Frente a ella tiene que haber una hostería. Cruzo los dedos para que no haya muerto como parece

estar todo en este pueblo.

El corazón me da un brinco cuando, faltando doscientos metros, diviso las luces intermitentes del letrero de la posada.

En la última parte del trayecto, paso por el antiguo bar. Las primeras personas que veo desde que bajé del tren dejan de hablar para escrutarme con la mirada.

Una botella de ginebra casi sin contenido está sobre la única mesa ocupada, donde uno de ellos yace dormido, seguramente, vencido por el alcohol. El resto, cantinero incluido, me siguen en silencio con la vista. Por suerte, no encuentro familiar ninguno de los rostros, aunque la poca iluminación del lugar no me permite ver sus fisonomías en detalle.

El murmullo que se genera luego de mi paso me acompaña hasta que subo a la vereda del sitio en donde me hospedaré. Entro sin mirar atrás, así, tal cual y de manera inversa, como cuando me fui hace más de diez años.

Septiembre de 2007

—¿No te parece media corta esa falda? —me dice el hermano menor de mi mejor amiga cuando pasamos frente a él, camino a la puerta de calle.

Inés y yo nos miramos de manera cómplice. Ambas tenemos diecisiete años y vamos al baile de primavera de nuestro último año de secundaria

—¿Vos qué te metés, nene? —me defiende mi amiga, observando hacia el pasillo. Sus padres están en la cocina y ella no quiere, ni por asomo, que vean cómo salimos vestidas. Aunque, para ser sincera, a mí sí me complacería que Raúl, su papá, lo hiciera, así, de esa forma, se daría cuenta de que yo no soy una niña.

—¡Mamá! —grita Marcelo, desafiante, interponiéndose entre nosotras y la salida, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Pendejo de mierda! Sos un alcahuete —sentencia Inés entre dientes, con justa razón, al soplón de su hermano.

—¿Qué sucede acá?

«Ahora sí que estamos en el horno», deduzco mentalmente al escuchar a Cristina.

—¡Nada, ma, es este tonto que está molestando! —le responde mi amiga a su madre mientras levanta su exagerado escote para hacerlo menos cavado.

—¿Tonto? —se acerca Marcelo, decidido a estropear nuestros planes—.

¡Mirá la ropa que se pusieron! Parecen dos pu...

—¡Ey, pará un poquito! —lo interrumpo indignada, avanzando hacia él dispuesta a cachetearlo—. No te voy a permitir que nos insultes, mocoso con voz de gallo Claudio.

—Más voz de gallo Claudio tendrá tu abuela, imbécil —retruca, ofendido por lo que le digo.

—¡Con mi abuela no te metas, idiota cara de choclo!

—¡Bueno, basta ya! —nos reprende Raúl al aparecer en la escena de repente. Logra que quedemos estáticos ante su presencia. Toda su familia obedece cerrando la boca y bajando la cabeza. Yo, por lo contrario, permanezco con mi mandíbula pegada al pecho, mirándolo embobada.

«¡No puede estar tan bueno!», pienso al tiempo que mis ojos no quieren dejar de recorrer su cuerpo de dios del Olimpo, de manera descarada, aprovechando que nadie me ve. Bueno, nadie salvo él.

—¿A dónde van? —inquire alternando su mirada entre su mujer y mis largas piernas.

—A la fiesta que se hace en el cole por el día del estudiante —contesta Inés con cara del gato de Shrek, antes de que su hermano meta cizaña, lo que está a punto de hacer en tres, dos...

—Así vestidas no salen a ningún lado —le gana de mano su padre en tono profundo y determinante, y a mí me queda claro de dónde sale tan retrógrado el hijo.

—De tal palo, tal astilla —pienso en voz alta, sin intención de que me escuchen. Compruebo que no lo logro al ver la cara de disgusto con las que todos giran hacia donde estoy—. Perdón, no quise...

Raúl avanza los pasos que nos separan y queda pegado a mí. Para cualquiera sería una acción intimidante, a mí me genera un cosquilleo en el estómago que lejos está de asustarme.

—Ana, ¿cuánto hace que vivís en el pueblo? Un año, tal vez dos, ¿verdad? —pregunta y se responde solo. Mejor para mí, ya que con su cercanía no puedo emitir ni una palabra—. Sabés que esto no es como la ciudad de donde venís. Aquí es como un nido de víboras. No quiero que mañana estén en boca de todos. Es simple —gira y mira a Inés, dirigiéndose a ella principalmente—, o se cambian, o no salen. Ustedes eligen.

Se aleja por el pasillo, dejando una oleada de perfume que nadie, salvo yo, parece notar.

Inés está a punto de llorar y Marcelo tiene una estúpida expresión de triunfo dibujada en su rostro. Paso por su lado, clavándole mi mejor mirada de rayos fulminantes, y abrazo a mi amiga.

—Tu papá tiene razón —le digo tratando de convencerme a mí misma de eso—. Me vas a tener que prestar algo más tranqui porque solo traje esto y la solera con la que vine.

—Mamiii, porfa —le ruega a Cristina, volviéndose hacia ella, con sus manos juntas en posición de rezo.

—Tu padre fue claro. Se cambian o de lo contrario...

—Sí, sí, ya lo escuchamos —me adelanto con fastidio antes de que repita la autoritaria orden de su marido. Cojo a Inés del brazo y la arrastro hacia el cuarto para no perder ni un minuto más.

Después de dejar medio placar sobre la cama, salimos del dormitorio esperando pasar la requisa. Hubiera querido que Raúl fuera el que aprobara lo elegido, ya que el short de jean me queda como un guante, pero, para mi desgracia, es Cristina la encargada de darnos el permiso.

—¡Listo! —gritamos ambas al dar vuelta en la esquina, quitándonos las remeras, discretas e insulsas, para quedarnos con los tops que llevamos camuflados debajo. Escondemos las prendas detrás de una maseta en casa de una vecina y salimos corriendo dispuestas a pasarlo bomba con nuestros amigos, aunque no me puedo quitar de la mente la imagen y el aroma de quien tiene el cartel de prohibido para mí pegado en su frente.

El sol pega directo en mi cara cuando Cristina corre las cortinas de manera criminal. Tomo la almohada y tapo mi cabeza con ella.

—¡¡Mamá!! —protesta Inés, cubriéndose con la sábana como si fuese un vampiro a punto de derretirse por efecto de la luz del día.

—Niñas, son casi las doce —nos aclara como si no lo hubiésemos notado—, en un rato almorzaremos y necesito ayuda en la cocina.

—Pero, ma, nos acostamos a las seis, dejanos dormir un poquito más —insiste mi amiga, pedido al que me adherí en silencio.

—No es mi problema, Inesita, y «calavera no chilla». ¿Querían bailar?... Bailaron. Ahora toca mover sus traseros con los quehaceres de la casa. —Juraría que lo último que dijo tiene una pequeña cuota de envidia escondida. Ella no es grande, tendrá unos treinta y seis años, aunque se comporte y luzca como mi abuela Antonia, con quien vivo—. Anita, para vos

también va el mensaje —dice, quitando de mi cabeza el escudo anti madres desalmadas que la cubre. La observo abriendo uno de mis ojos, dispuesta a informarle que yo me levanto y me voy, cuando ella destapa a mi amiga y continúa con su molesto reclamo—. Papá está haciendo asado y nos quiere a todos en la mesa.

Me activo enseguida y cambio automáticamente mi plan al escuchar las palabras mágicas: «papá» y «todos», por lo que me incluyo de manera automática.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano y aún mareada por el exceso de alcohol de anoche, tomo impulso y salgo de la cama.

—Tu abuela llamó para saber si comías acá —me informa Cristina mientras va levantando la ropa que está desparramada por todo el dormitorio.

«No me quiero ir, no aún...».

—¿Puedo quedarme? —pregunto cruzando los dedos sin que se note, y no sé por qué, pero al ver la cara de resignación que pone, tengo la leve impresión de que prefiere que me vaya.

—Si, ma..., porfa —revive Inés, asomando su cabeza entre las sábanas que logró recuperar de las manos de su madre.

Quince minutos más tarde, estoy preparando una ensalada mientras mi amiga va, del quincho a la cocina, llevando todo para poner la mesa.

—¡Listo! —digo orgullosa, como si hubiera preparado un plato gourmet. Solo me resta condimentarla, encuentro todo lo necesario menos la...

—Sal... ¿a dónde está la sal? —interrogo cerrando la última puertita de la alacena donde busco.

—¡Pa, ¿vos tenés la sal?! —grita Inés al entrar por la gran puerta ventana que da al patio. Raúl está allí, frente a la parrilla, de espalda a la casa. Tiene encendido un pequeño equipo de música y el volumen no deja que la pregunta de mi amiga llegue a sus oídos—. Seguro la tiene él. Buscala vos, que yo tengo que preparar el jugo.

Le pongo aceite, vinagre y tomo la fuente para completar mi tarea en el quincho. Con cada paso que doy hacia donde se encuentra Raúl, siento que una parte nueva de mi cuerpo se une al temblequeo del que estoy siendo víctima consciente. Unos pocos metros antes de llegar, me detengo para admirar su espalda. El trabajo en el campo ha hecho que sus músculos se vean como los de un superhéroe, marcados y de color bronce. Ni en mis mejores sueños he imaginado un cuerpo como el de él, tan diferente al de los chicos que

conozco.

Tararea, muy concentrado, la letra de la canción que está escuchando. Presto atención e identifico el grupo de rock que la interpreta. Los Piojos. Era una de las bandas que más les gustaba a mis padres. Los recuerdos remueven la parte dolorosa dentro en mi pecho, ese espacio en el que intento no detenerme mucho o caigo, de manera irremediable, en la tristeza. Tarde, mi cabeza no demora en dejar salir todas las imágenes que parecen formar parte de una película dramática, una que, por desgracia, forma parte de la realidad... mi realidad. Cierro los ojos concentrada en mi respiración tal como me enseñó Fátima, la terapeuta que me brindó la contención luego del accidente del que me quedaron dos cicatrices: una en la parte frontal derecha de mi cabeza, producto del golpe seco con el parante del auto, y la otra, profunda y lacerante, en mi corazón...

«Si no hubiera discutido con mamá...», me repito como tantas veces, producto de la culpa, la maldita culpa que regresa siempre para reclamar.

Inhalo y exhalo presionando con fuerza mis párpados para no llorar.

—¿Qué pasa, Ana? —Raúl está frente a mí y no me había dado cuenta. Preocupado por mi notable estado de melancolía, me toma del mentón para que lo mire—. ¿Puedo ayudarte? —pregunta afligido, me saca de donde me encuentro para ubicarme directamente en otro lugar, uno que se va estrechando poco a poco y del que no visualizo la salida, instalándome en la fantasía que transito desde hace unos meses, una donde él es mi protagonista. Sus labios se mueven, pero yo no escucho lo que dicen; sigo obnubilada su movimiento, imaginando el sabor que tendrá su boca al besar. No encuentro ni una sola razón para no probarla aquí y ahora... Bueno, salvo que es el padre de mi mejor amiga, está casado y nos hallamos en su casa, pequeños detalles que me obligan a ignorar mi deseo, descartándolo, al menos por el momento.

—Nada, es que la música que estás escuchando me pone triste —justifico sin faltar a la verdad, en parte. Pero omito lo que lo involucra a él, sin poder despegar mis ojos de su tentadora boca.

—¿Falta mucho para que comamos? —pregunta Cristina en un tono raro, un tanto alto para mi gusto, explotando de manera abrupta la burbuja donde estábamos solos nosotros dos.

Raúl quita su mano como si de repente yo lo quemara. Acción por la que deja en claro que se siente incómodo por una situación que, hasta este momento, pensé que estaba únicamente en mi cabeza.

—Ya está listo —afirma mientras regresa a la parrilla.

—¿Y vos, nena..., terminaste con la ensalada? —¡Huy! Eso me pega directo en la cara sin siquiera tocarme—. A ver, dame. Andá a buscar a los chicos —ordena arrebatándome la fuente como si fuese de su pertenencia. En realidad, lo es, pero tampoco da para que me la quite con ese ímpetu.

—Falta agregarle la sal —le aviso antes de ir a cumplir con su mandato. No llego a cruzar la puerta que me tropiezo con el insoportable de Marcelo e Inés, que trae una jarra llena hasta el borde de jugo.

—¡Cuidado, nena!! —espeta el insufrible al recibir un poco del líquido que sale impulsado hacia el aire luego de impactar el envase contra mí.

—¡Bueno, che... no los vi! Y no soy ninguna nena, imbécil. Acá el nenito sos vos —le contesto furiosa, enmarcando con comillas una de las palabras.

—¡No empiecen de nuevo, por favor!

—Es ella, mamá —¡Encima me echa la culpa a mí, el muy turro!—. Aparte, no sé qué hace todavía en casa. Es una comida familiar y...

—¡Basta, Marcelo! No seas grosero —Raúl da por terminado el desplante infantil del mocoso, el que achina los ojos y me mira con bronca, gesticulando insultos que salen indescifrables entre sus dientes apretados mientras se sienta a la mesa.

Inés me dice algo que no llego a entender. Toda mi atención está puesta en el hombre que me acaba de defender como un caballero a su princesa.

—¡Ey! —El chasquido de sus dedos frente a mi cara hace que la mire a ella—. ¿En qué planeta estás?

—Perdón, estoy media dormida todavía —le miento con descaro a mi amiga, fingiendo un bostezo mientras me desperezoz.

Comenzamos a comer y el ambiente va cambiando. Noto como la tirantez que se generó entre Cristina y Raúl se disipa poco a poco, dejando atrás cualquier cosa que se le haya cruzado por la cabeza al encontrarnos tan cercanos. Él, de vez en cuando, dirige su vista hacia donde estamos nosotras, pero la desvía con rapidez al cruzarse con la mía, al menos esa es mi impresión.

Terminamos y, mientras Inés y yo juntamos los platos, Cristina va por el postre. Marcelo se levanta y se dirige hacia el pequeño reproductor de CD. Está apagado y recién ahora lo noto, deduciendo de forma automática que es por mi comentario sobre la música que estaba sonando antes de almorzar. Otro guiño de Raúl, para conmigo, que me entenece.

Como si Marcelo lo hubiera sabido, saca y guarda el compacto de Los Piojos que está en la bandeja y pone otro, elige uno de los temas y sube el volumen a todo lo que da la potencia del equipo. Viejas Locas suena y cubre cada espacio del quincho, invitándonos a bailar al ritmo de una de las melodías más atrapantes que tiene el grupo. Inés y yo salimos y nos movemos como si fuéramos dueñas de una pista imaginaria a la que ingresamos, jugando entre nosotras de manera sensual.

«Me gustas mucho, nena», cantamos al unísono. «Me gusta cómo te vestís y cómo andás, me gusta tu pelo, tu cuerpo. Me gustaría poderte bañarte, también secarte y volverte a enjuagar». Reímos al acompañar cada palabra con la mímica de lo que vamos diciendo, exagerando los gestos, sin notar que todo a nuestro alrededor se ha detenido.

—¡Amo esa canción! —expreso entusiasmada, abrazada a mi amiga luego del último acorde.

—Yo también —me dice Inés, estampándome un beso en la mejilla antes de separarnos para sentarnos en nuestros lugares.

Volteamos y lo que vemos es la imagen congelada típica de las películas de los viajeros del tiempo. Cristina, frente a la mesa, con una porción de budín de pan sobre la espátula que parece haber quedado a mitad de camino hacia el platito que tiene en la otra mano. Sus ojos y su boca forman tres perfectos círculos que denotan sorpresa. Pero lo que es impagable es la expresión en los rostros de Raúl y Marcelo. Ambos me están perforando con la mirada, como si tuvieran rayos equis para traspasar mi ropa. Tengo la sensación de estar desnuda, tanto que reviso mi solera y verifico que contenga todo en su lugar.

—¿Qué? —pregunta Inés al asombrarse tanto como yo de la reacción de todos los miembros de su familia. Ninguno contesta. Raúl y Cristina se miran con gesto de interrogación, y Marcelo..., él no deja de recorrer mi cuerpo con sus ojos. Ya no con la intolerancia de siempre, ahora siento que emana deseo a través de su mirada, y eso me incomoda..., mucho.

—Creo que deberías irte cuando termines —insinúa la dueña de casa, dejando frente a mí un plato con budín—. Inesita tiene que estudiar para la evaluación de Biología y supongo que vos también —justifica amparada en una realidad.

—¿Por qué no repasamos juntas? —me ofrece Inés, entusiasmada, tomando mi mano.

—¡NO! —grita Cristina. Contesta por mí y hace que saltemos del susto en

el lugar.

—Pero, ma, si...

—Dije que no y punto —grita enojada como nunca la había visto, golpea la mesa con la espátula salpicando restos del postre para todos lados, mirando fijo a su hija, desafiándola. Inés, entendiendo menos que yo la reacción de su madre, se levanta de la mesa, llorando, y se dirige hacia el interior de la casa. Obviamente que yo la sigo, temo que mi cogote termine en manos de esta desquiciada.

—Vos te quedas acá.

¿Qué? ¿Me habla a mí de esa forma autoritaria? Volteo y, haciendo uso y abuso de toda la paciencia que tengo, la miro intentando descifrar el por qué de su comportamiento absurdo. No lo encuentro, así que decido preguntarle.

—¿Qué te pasa, Cristina? —me arrepiento en el mismo momento en que lo digo. Su mirada es la del asesino de Psicosis y, para colmo, se adelanta hacia mí con la bendita espátula en la mano.

—¡¡Cristina!! —la llama Raúl haciendo que se detenga. Respiro aliviada—. Ya basta, mujer. —Ella gira hacia él, cambiando la dirección y el semblante de su rostro, pasando de victimario a víctima.

—Pero ¿vos viste cómo...?

—Dije que ya está bueno. —Ahora él es el que se levanta y camina hacia donde me encuentro petrificada y desorientada por esta situación de mierda a la que no le encuentro razón—. Tal vez sea mejor que te vayas, Anita.

¿Cómo negarme a un pedido hecho en ese tono de voz, acompañado de una mirada que quisiera robarla y llevarla conmigo para siempre... y a su portador también.

—Voy por mis cosas, y perdón si hice algo que les molestó —digo en sentido general, pero en particular a Raúl, de quien no puedo quitar mi vista.

—Marce, acompañala —le ordena al mocoso de catorce años que no ha emitido palabra desde que terminamos de bailar, raro en él, que siempre me está molestando.

Tiene una sonrisa estúpida dibujada en su cara, pero ya no es de sorna, sino más bien ... ¿libidinosa?

—Está bien, sé el camino.

—Él va con vos —retruca Cristina sin dar otra opción a ninguno de los dos.

Enloqueció, definitivamente, así que no le discuto más. Camino hacia el

cuarto escoltada por el pendejo baboso, sintiendo su mirada clavada en mi trasero, maldiciendo por lo bajo el final de mierda que ha tenido este fin de semana.

Inés no está. Seguro se debe haber escondido en algún rincón de la casa para llorar a sus anchas. Yo guardo mis pertenencias en la mochila y, antes de salir, voy hasta la zona donde se desató la furia de Cristina para saludar, escapando de la vigilancia de Marcelo que va directo a la puerta de calle para esperarme. Justo antes de salir al patio, capto algo de lo que ella le estaba diciendo casi en secreto al bombón de su marido:

—Te dije que no me gustaba esta chiquita. Desde que llegó al pueblo que no ha hecho otra cosa que degenerarlo todo.

«¿Degenerarlo?», repito tratando de encontrarle la conexión conmigo a su significado.

—Vaya a saber qué ideas le está metiendo en la cabeza a Inesita. Dios me libre y me guarde, pero lo que pasó hace un rato acá ha sido una señal para que reaccionemos.

Listo. No quiero oír nada más. Con esto tengo suficiente para saber que lo que piensan de mí no es nada bueno. A pesar de lo que me inculcaron, doy la vuelta y huyo sin despedirme de nadie, ni siquiera del mocoso, paso por su lado sin siquiera mirarlo. Respiro aliviada al poner mis pies en la vereda.

Noviembre de 2018

Cuando dejo estampado mi nombre en el libro de ingreso, el dueño me observa con recelo.

—Ana Morelli —lee en voz alta—. ¿Algo que ver con don René Morelli?

—Sí, él era mi abuelo —le confirmo para aclarar su duda.

—Un gran hombre —dice como si estuviera metiéndose en sus recuerdos mientras saca del tablero una llave.

—El murió antes de que yo naciera. No llegué a conocerlo, pero sé que era muy querido y respetado aquí. Mi abuela me contó que...

—Antonia —me interrumpe. Extiende hacia mí el llavero de madera con el número siete, y me mira directo a los ojos de manera acusatoria—. Ella también falleció.

—Sí —afirmo con tristeza—, hace poco más de...

—Ocho años

Me calla, y no tanto con su interrupción, sino más bien con el tono en que lo dice. Una persona que recién conozco y ya parece estar enojada conmigo. Decido ponerle fin a su interrogatorio. Levanto mi mochila y, mientras la cargo sobre unos de mis hombros, él rodea el mostrador de la recepción.

—Le muestro dónde queda su cuarto —impone buscando algo a mi alrededor—. ¿Y su equipaje?

—No me quedaré mucho. Llevo todo lo que necesito para un par de días aquí, en mi morral —le respondo señalando hacia mi costado. Se adelanta sin decir nada más. Yo lo sigo en silencio por el pasillo, suponiendo que es lo que él quiere.

—Es este —dice deteniéndose frente a la puerta del cuarto que me ha asignado—. ¡Abra!, usted tiene la llave. —Se impacienta al ver que me quedo aguardando a que él lo haga. Reacciono y, cuando estoy a punto de agradecerle para que pueda retirarse, me mira fijo.

—¿Algo más? —le pregunto segura de que quiere decir algo y no se atreve.

—Su abuela amaba este pueblo. Ella no debía morir lejos de aquí... No lo merecía.

Cada una de las palabras que este hombre va diciendo revuelve una herida que me llevó años cerrar, la que se abrió y comenzó a sangrar ni bien puse un pie en el andén, bañando de culpa mi alma.

Él se va por donde vino, dejándome sola... envuelta en un pasado al que no quería regresar.

Noviembre de 2007

El timbre anunciando el recreo suena para mi alivio. Inés pasa frente a mi pupitre y deja un papel doblado sobre mi carpeta. Lo abro y lo leo. Me pide que la vea en el baño antes de la salida. Desde aquel domingo donde, por algún motivo que aún no comprendo, todo cambió, ya no le permiten juntarse conmigo. ¡Ni hablar de ir a su casa! Mantenemos una escueta comunicación, y bajo estricto secreto, por mensajes como este o escondidas en algún rincón de la escuela, lejos de la vista de las profesoras y celadoras, quienes le van con el cuento a Cristina si nos ven charlando. Otra de las cosas que me llena de tristeza es que ya no puedo ver con regularidad al hombre de mis sueños. Eso sí que es una misión casi imposible.

Guardo todo en mi morral mientras repaso mentalmente cada minuto de ese fin de semana y creo que Cristina percibió lo que siento por su marido y me corrió bien lejos para sacudirse de encima un problema. Y la verdad que le doy la razón, si yo me encontrara en su lugar, sentiría celos todo el tiempo de las miradas femeninas sobre el bombonazo.

A lo que no le encuentro ninguna lógica es a esta exigencia de terminar con la amistad que tenemos Inés y yo. Una que comenzó desde mi llegada a este pueblo.

Inés Alonzo fue la única que no me veía como un bicho raro, uno de la ciudad, aunque debo reconocer que, en cierta forma, lo soy. Mis modos, mi ropa, la música que escucho no se parecen en nada a lo que los chicos del lugar tienen o conocen. Yo ya lo había notado desde pequeña las veces que visitamos a mi abuela. Siempre me llamaba la atención lo distintos que lucíamos. En esas oportunidades, era yo la que los observaba como sapos de otro pozo, pero como mi estadía nunca fue muy prolongada, no llegaba a conocer a nadie, mucho menos entablar una amistad. Todo fue distinto cuando el destino nos pegó el peor de los cachetazos y la casa de mi abuela se transformó en la mía.

Cargo sobre mi espalda la mochila y comienzo a caminar hacia los sanitarios a paso rápido, intentando dejar atrás las imágenes que vuelven, una y otra vez, para llevarme al automóvil de mis padres. Mi madre, argumentando el porqué de su negación al color que elegí para teñir mi cabello, y mi padre, amonestándome para que deje de gritarle, hasta que algo sonó como si fuera una explosión y todo se volvió oscuridad.

Desperté luego de cuatro días, en un hospital. Mi abuela se encontraba junto a mí, aferrada a mi mano, y del otro lado de la cama, una mujer a la que no había visto nunca. Ella fue quien me dio la peor noticia de mi existencia después de presentarse como apoyo psicológico del lugar. Un conductor ebrio se cruzó de carril y se estampó contra nuestro coche. Mi familia había desaparecido, dejándome huérfana y con la tremenda culpa de llevar para siempre en mi consciencia una pelea absurda como último contacto con ellos.

Antes de entrar al baño, miro hacia arriba, buscándolos, y pronuncio la misma palabra que he dicho incontables veces:

—Perdón...

—Ay, amiga..., ¿otra vez con eso? —dice Inés bajando de la mesada donde se encuentra esperándome. Me envuelve con sus brazos como lo ha

hecho tantas veces, intentando mitigar mi dolor. Acaricia mi cabeza mientras me acuna en silencio, absorbiendo con su pecho mis lágrimas.

—No quería que murieran —susurro casi de manera inentendible a causa del sollozo. Mi mente se encarga de machacar mi alma con imágenes que nunca podré borrar. El regreso a la casa donde fue mi hogar, ahora vacío y sin vida..., como los cuerpos de mis padres—. ¡¡Ni siquiera pude despedirlos!! —reacciono apartándome de ella, gritando y desahogándome, utilizando su físico como banco de descarga.

—Shhh, ya... —De manera estoica, mi amiga soporta mi embate y me atrae nuevamente, intentando calmarme—. Me duele mucho verte así y no poder hacer nada más que tratar de consolarte. —Despeja mi rostro llevando hacia atrás mi cabello, buscándome con su mirada—. Ya has llorado mucho por una culpa que no es tuya. —Con sus pulgares levanta mis lágrimas mientras sus palabras suenan cómo bálsamo curativo—. Ana, tenés que dejarlos ir.

—Lo sé, amiga..., pero es tan difícil —reconozco, asumiendo que tiene toda la razón del mundo sobre una situación sobre la que no puedo actuar de manera dominante, menos ahora que he quedado sin su apoyo incondicional—. ¿Por qué ya no podemos ser amigas? —le pregunto con la esperanza de que ella tenga esa respuesta que aún no he descubierto.

—Yo...

Quedo expectante a su contestación, pero parece haber quedado muda. Ahora son sus ojos los que se inundan de lágrimas. Sus manos rodean mi cara, haciendo una especie de marco y sus pulgares caen pesados sobre mis labios, ejerciendo una presión que no entiendo.

Abre su boca y, cuando parece que va a decir algo, solo exhala. Repite el intento un par de veces más sin lograr otra cosa que llenar el espacio de silencio.

La abrazo fuerte. Ahora soy yo la que intenta aliviarla; es obvio que, el motivo de nuestro distanciamiento es más grave de lo que imaginé. Definitivamente, su madre me quiere fuera de su círculo, bien lejos de su marido.

—¡¡Inés!!

—¡Ay, Mecha, casi me matás del susto! —me quejo con nuestra celadora, separándome de Inés, poniendo mis manos sobre mi pecho, de donde parece que saldrá escupido mi corazón.

—Tu mamá te está buscando —información que hace que sus mejillas pasen del rojo ardiente de recién al blanco gélido en menos de un segundo.

—¿Mi mamá? —repite para que Mecha le confirme. Ella asiente con la cabeza—. No entiendo, ella nunca viene —duda aferrada a la esperanza de que haya un error.

—Vino a buscar las tarjetas para la fiesta —justifica un tanto ofuscada, pone sus brazos en jarra, escrutándonos a ambas—. ¿Se puede saber qué hacían ustedes dos acá?

—La encontré llorando y... —contestamos las dos al mismo tiempo. Nos miramos con la complicidad de siempre y reímos, dejando la tristeza que nos movilizó hace apenas un rato.

—Bueno, ahora cada chanco a su rancho...—ordena palmeando, arriándonos fuera del toilette—. Vos, chiquita, derecho a la dirección, que allí está tu madre —le dice tomándola de los hombros, haciendo que gire en sentido contrario a la salida—. Y vos, Ana —espeto clavándome la mirada cómo si me fuera a regañar—, a tu casa, mijita, que la jornada de colegio ya ha terminado por hoy.

Me retiro escoltada por ella, sin tener la opción de despedir a mi amiga. «Malvada», la sentencio mientras camino vencida hacia la puerta.

Los últimos días de clases pasaron volando. Mecha parecía una alumna más dentro del curso, siempre con su mirada puesta sobre nosotras dos. Todos hablaban de los preparativos para la gran noche de egresados y yo sin poder compartir ese gran momento de la previa con mi amiga, mi hermana del alma. Ahora ya es sábado y me encuentro lista para ir al salón del club donde se hará la fiesta.

—¡¡Estás preciosa!! —expresa, emocionada, mi abuela desde su cama.

—Ay, abu..., me apena tanto que no puedas venir conmigo —le digo sentándome junto a ella. El médico le prohibió levantarse. Su presión arterial anda por las nubes y la ha traído de mal en peor últimamente, causándole mareos que le provocan una peligrosa inestabilidad.

—Mi chiquita hermosa —estira su brazo y me hace la señal de la cruz en la frente, para darme su bendición—, que Dios te acompañe y la Virgen te cubra con su manto. Y, ahora, andá o vas a llegar tarde.

Luego de encargarle a doña Ester, la vecina que se ofreció a cuidarla, que me busque en caso de que no se sienta bien, salgo camino a vivir mi gran noche. Queda solo a unas cuadras, así que llego en menos de lo que canta un

gallo. Me tomo dos minutos para cambiar mis zapatillas por unas altísimas sandalias, las dejo en la mochila, detrás de un arbusto, tomando nota mental de no olvidarla, y me reúno con mis compañeros.

Los chicos se ven muy guapos de saco y corbata, pero a ninguno le queda como a Raúl. Él está para comerlo y degustarlo en cámara lenta. La mesa donde está ubicado, junto a Cristina y Marcelo, queda en diagonal a la nuestra. He sentido durante toda la cena sus ojos clavados en mí, bueno, en realidad, los de toda la familia parecen haber anclado donde estamos cenando. Inés está hermosa y pudo cambiar lugar con quien estaba frente a mí, así que podemos charlar como en los viejos tiempos, chusmeando todo lo que pasa a nuestro alrededor, sin importar que nos vean hacerlo. Hoy no dejaremos que nada impida nuestro disfrute.

El momento del vals llega y, junto a él, mi tortura. Todos salen a bailar con sus padres y yo quedo papando moscas.

—Si querés yo bailo con vos.

Me doy vuelta y me encuentro al insufrible de Marcelo aguardando mi respuesta.

—¿Por qué no te vas con tu mami, nenito? ¿Tengo cara de maestra jardinera? No, ¿verdad? ¡Volá de acá! —termino de rechazarlo y debo reconocer que algo de pena me da al verlo regresar a su sitio como un pollito mojado, todo compungido.

—Vamos, Ana, estás demasiado linda esta noche como para quedarte sentada sola como una ostra. —Inés tira de mi brazo para que me levante y la siga al centro de la pista. Está un poco chispeada a causa del alcohol y mira de reojo a sus padres, que dejaron de moverse para observarnos.

El DJ cambia la música y los adultos huyen de los tambores que inundan de ritmo cada rincón, lo que impone sacudir el esqueleto al son de Chichi Peralta.

Inés canta sin poder ocultar su alegría, mientras ensaya los pasos de salsa que aprendimos juntas hace unos meses.

«Quizás convenga que te alejes, quizás. Me domina la tentación, de imaginar que estoy tan cerca de ti, tan cerca sin poder resistir».

Hace que gire a su alrededor y ambas reímos jugando a ser bailarinas profesionales como las de los concursos.

Cristina y Raúl son los únicos padres que permanecen en la pista y no dejan de discutir vaya a saber por qué. Lo que sí está claro es que nosotras

somos el centro de su atracción, ya que nos miran entre gestos raros y forcejeos. Juraría que el bombonazo quiere venir a bailar conmigo, pero ella lo tiene amarrado del brazo.

«Esta mujer al final resultó ser una bruja», pienso al ver la expresión de desequilibrada que tiene en su cara. Inés parece ni enterarse de lo que está sucediendo hasta que yo me quedo inmóvil al ver que Raúl logra zafarse de Cristina y viene hacia nosotras.

—Andá con tu mamá —le ordena sin ningún reparo—. Vamos afuera, que quiero hablar con vos —continúa, tomándome del brazo y clavándome esos ojazos que me matan de amor. Ojalá pudiera leer en los míos lo que le estoy respondiendo en este mismo instante o, simplemente, escuchar la letra de los últimos acordes de Procura que suenan haciéndose eco de mis deseos.

«Mi corazón se acelera porque tu día te llega. Sabes que hay luna llena, que se aceleren mis latidos... Ay, ir acercando tus labios, coquetearme despacio».

—Pero, papá..., yo —se queja Inés, que no se ha movido ni un centímetro.

—No te lo voy a repetir —le espeta entre dientes a su hija, la que ya está llorando en la que debería ser su noche más feliz.

Él gira y me lleva casi volando hacia la puerta del parque trasero del club.

Por un lado, me siento apenada por el estado en que quedó mi amiga, pero, por el otro, la parte egoísta de mi ser, creo que voy a morir de la emoción en este mismo instante. «Él discutió con su mujer por mí. ¡Yo le gusto! ¡Lo sabía!».

—Raúl, yo no quería que esto fuera así, pero, bueno..., tal vez sea mejor que lo sepan todos de una vez —me atrevo a confesarle al trasponer la puerta, respirando todo el aire que me es posible para continuar con lo que estoy segura que se viene. Se detiene frente a la pared y me coloca entre ella y él. Si no escuchara mis propios latidos, podría jurar que estoy soñando.

Está sudando y, por alguna razón, evita mirarme, buscando en alguna parte de lo que nos rodea las palabras justas para decirme lo que siente, estoy segura de eso. Sus manos están apoyadas en la medianera, haciendo un cerco humano en el que me encuentro felizmente atrapada. Su respiración agitada pega contra mi rostro, enardeciéndolo, elevando de manera simultánea mis pulsaciones. Parece no decidirse. Observa nervioso hacia la puerta por donde salimos hace unos minutos, apretando su mandíbula, mascullando palabras que no termina de pronunciar.

Al diablo con todo. Si no doy yo el próximo paso, este hombre nunca lo hará. Cruzo mis brazos por detrás de su nuca, atrayéndolo hacia mí, y le estampo un beso sin darle oportunidad a nada.

—¡¡Papá!!

—¡¡Raúl!! ¡¡¿Qué significa esto?!! —gritan al mismo tiempo antes de que él se libere de mi candado y gire para ver a su familia, completa, escoltada por los curiosos de siempre, esos que son la voz del pueblo. Todos con una mezcla de espanto y horror en sus rostros.

Noviembre de 2018

Apago la alarma de mi celular, desenchufo el cargador y me pregunto por enésima vez qué hago aquí.

El calor es agobiante y sumado a la mala noche que pasé navegando por mis recuerdos hacen que odie con todas mis fuerzas los motivos que me trajeron a este pueblo.

Determino que, mientras más rápido termine con los trámites, menos faltará para que pueda despedirme de todo esto.

La idea me impulsa fuera de la cama y voy al baño por una buena ducha refrescante.

Al salir me siento renovada. Desnuda y con mi cabello aún empapado, busco en la mochila mi ropa de cambio, sin muchas opciones de elección. No sé en qué estaba pensando cuando guardé estas prendas. En fin, luego de mi ropa interior, me enfundo con un short de jean y una remera blanca sin mangas. Mis zapatillas terminan de darle el toque de «entre casa» a mi apariencia.

—Señorita Morelli. —El golpe en la puerta hace que dé un brinco en el lugar. Abro y encuentro al mismo hombre que me recibió anoche—. Dejaron esto para usted. —Me entrega una tarjeta y se va sin decir nada más.

«Dr. Gerónimo Suarez», leo junto a una dirección antes de ver la inscripción que hay al dorso.

«La esperamos en la escribanía a las 10 a. m. Gracias».

Miro la hora en mi celular y organizo mentalmente los pasos a seguir, calculando que tengo el tiempo justo para desayunar antes de ir a la cita; después de terminar con el papeleo, coger el tren que me saque de este sitio..., y esta vez sí que será para siempre.

Con cada sorbo de café, rememoro el diálogo con mi abogado, justificando

la necesidad de mi presencia en el pueblo:

«—Ana, el cliente dijo que la única condición para concretar la compra de la casa era que vos firmaras en persona la escritura.

—No entiendo por qué no puede hacerlo doña Ester. Ella tiene un poder absoluto sobre la propiedad que me dio mi abuela.

—Es su requerimiento.

—Más bien, lo veo como un capricho absurdo. Encima debo ir sola.

—Lamento no poder acompañarte, pero tranquila, ya está todo pactado. Lo único que debes hacer es firmar y el comprador transferirá el dinero, eso le pondrá punto final al trato».

Salgo de la posada con mi equipaje a cuestas. El sol pega fuerte y el aire se hace denso. Este es el momento en el que bendigo vivir a varios kilómetros de acá.

Me detengo frente a una puerta, corroborando la dirección en la tarjeta antes de volver a guardarla de nuevo en el bolsillo de mi short, y toco el timbre.

—Mucho gusto, señorita Morelli —me saluda el licenciado luego de que su secretaria me anunciara al ingresar a su oficina—. El comprador está un poco retrasado, pero nos dará el tiempo justo para que usted pueda revisar los papeles y verificar que todo esté en orden. —Me apabulla de entrada entregándome unas hojas por sobre el escritorio—. Tome asiento, por favor.

Dejo mi mochila a un costado de la silla y comienzo a leer, sin prestar demasiada atención. Los detalles de ubicación y medidas de la casa en cuestión son jeroglíficos para mí.

El timbre suena y yo le pido al cielo que sea el comprador caprichoso.

—Buen día, perdón por la demora —me saluda un señor mayor estrechando mi mano.

—Mucho gusto. No hay problema —miento sin moverme de mi lugar, respondiendo a su comentario—. Lo importante es que ya está aquí y podemos terminar de una vez con esto —digo mostrándole los papeles que tengo en mi otra mano.

—Así es, señorita Morelli. Mi cliente y yo...

—¿Su cliente? —repito observando que nadie lo acompaña—. ¿Usted no es el que compra la casa de mi abuela? —pregunto molesta. Me hacen cruzar toda la provincia para firmar en persona y el interesado se da el lujo de enviar un «comendador».

—Yo soy Oscar Gomez, representante legal del señor Alonzo, él es quien comprará su propiedad.

«Alonzo». El apellido se entrelaza de manera inevitable con los peores y mejores recuerdos de mi vida en este recóndito sitio.

—¿Cómo estás, Ana? —siento que me pregunta una voz grave detrás de mí, y creo que deseo morir en este mismo momento. Me pongo de pie y giro en cámara lenta, pretendiendo retrasar el tiempo o, mejor dicho, detenerlo para tener la oportunidad de salir corriendo de este lugar.

—¿Raúl? —logro decir observando lo guapo y joven que está. Él sonrío de lado, negando con su cabeza.

—No, soy Marcelo.

Diciembre de 2007

Doña Ester acompaña al doctor hasta la puerta y yo me quedo junto a mi abuela tratando de que tome su sopa.

Han pasado tres días desde que se armó la hecatombe, convirtiendo una fiesta de egresados en mi propio entierro. Imagino que el pueblo entero debe de estar hablando de lo que pasó, pero por suerte mi nona no se enteró de nada. Su estado es más que delicado y cualquier situación que pueda alterarla dispararía su presión arterial con las consecuencias en las que no quiero ni pensar.

—En la puerta hay una chica que te busca —me informa, en voz baja, Ester al regresar al cuarto.

—¿Inés? —pregunto buscando mentalmente la salida más próxima para escapar lejos y no tener que enfrentarla.

—No —niega de manera cortante, lo que me confirma que el chisme llegó a sus oídos.

—Enseguida vuelvo, abu —le digo. Dejo la cazuela sobre la mesa de luz y Ester la toma para continuar con lo que yo estaba haciendo.

—Andá, atendé a la muchacha, que yo me quedo con Antonia.

Aunque el calor es extremo, yo le adjudico mi transpiración a los nervios que tengo mientras camino por la casa hacia la puerta. Al abrirla veo que es Claudia, una compañera de curso, la que me espera del otro lado. Antes de saludarme, levanta su brazo en alto, elevando lo que cuelga de su mano.

—¡¡Mi mochila!!

—¡Sí! La encontró la gente del club entre unos arbustos —explica sonriente mientras me la entrega.

—Yo la escondí ahí cuando llegue a la fiesta. En teoría, la iba a rescatar cuando me fuera, pero... —no puedo seguir hablando sin sentir vergüenza de mí misma.

—Pero ni tiempo tuviste si saliste corriendo después del bolonqui que se armó —termina por mí la frase. Se acerca y mira hacia el interior de la casa para verificar que nadie nos escucha—. ¿Es verdad lo que dicen? —pregunta casi susurrando.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Que la mamá de Inés te encontró cogiendo con su marido.

—¡¡¿Qué?!! —grito con mi cara desfigurada por el gesto de espanto.

—Bueno, eso es lo que corrió como reguero de pólvora entre todos los presentes de la fiesta después de que vos te esfumaras y la familia completa de Inés, con ella incluida, se retiraran en medio de la confusión —me explica, y no me entra en la cabeza lo mal intencionada que puede ser la gente cuando se lo propone—. Pobre flaca... —continúa poniendo gesto de compasión al recordar a mi amiga—, estaba hecha un mar de lágrimas.

Quiero decirle que no es eso lo que pasó, que solo fue un beso, pero mi garganta está taponada con palabras agolpadas y no encuentro la manera de ordenarlas para que suene lógica y verdadera mi versión de los hechos.

—Claudia, yo te voy a contar... —no puedo seguir, los alaridos de doña Ester hacen que ambas corramos hacia el dormitorio de mi nona.

Entramos y mis piernas se paralizan. No puedo reaccionar ante el cuadro que tengo frente a mis ojos.

—¡Ayúdame, por favor! —me suplica Ester, buscando la manera de controlar las convulsiones que está sufriendo mi abuela.

Reacciono y le pido a Claudia que llame a una ambulancia. Me arrodillo sobre la cama y comienzo a dar indicaciones, recordando cada paso de lo aprendido en el curso de primeros auxilios que nos dieron en el colegio.

—Ya, abu, shhhshh... tranquila —le hablo al oído con una calma impostada mientras la colocamos de lado. Poco a poco comienzan a atenuarse los movimientos hasta desaparecer. Ahora la que está temblando soy yo, pero del miedo por lo sucedido.

—¿Qué pasó? —susurro angustiada, con los ojos clavados en mi vecina.

—No lo sé, sucedió todo en segundos —comienza a explicarme—. Había

terminado de comer y comenzó hablar raro, cosas incoherentes sin ningún sentido. De repente, sus ojos quedaron en blanco y... —No puede seguir. El llanto que reclama expresarse por la situación vivida sale al cruce, por ende, lo demás debo deducirlo.

—Creo que sufrió un ACV..., y muy grave —logra decir antes de tapar su cara con ambas manos, ocultando su desconuelo.

—Ya viene la ambulancia —informa Claudia ingresando al cuarto, observando con cara de espanto la imagen de mi nona semiinconsciente.

El traslado a la ciudad es ineludible y la internación, obligatoria.

Instalada en mi casa desde hace dos meses e invadida por los recuerdos con los que choco en cada uno de sus rincones, distribuyo las horas entre el estudio para rendir el ingreso a la universidad y en colaborar con los fisioterapeutas que asisten a mi nona, sin ningún avance visible.

El abogado de mis padres hace un poder absoluto a favor de doña Ester para que administre la propiedad del pueblo, la que ya está a mi nombre. Él médico ve prácticamente imposible que ella pueda regresar debido al estado delicado en que se encuentra.

Treinta días después, mi vida da un vuelco de los que ya me tiene acostumbrada. Mi abuela muere dejándome sola en el mundo y enfrentándome a una realidad que no elegí.

Al volver de su sepelio, archivo los apuntes del examen al que no me presenté y armo mis maletas, en las que entran, de manera forzada, mis recuerdos. No me importa y acepto que es inevitable no cargar con ellos, pero decreto que, a partir de ahora, a mis flamantes dieciocho años recién cumplidos, el sitio a donde vaya será por mi elección, una que está muy lejos de llevarme nuevamente a Fuente Alba. No puedo dejar de sentir cierto alivio al asumir que no deberé enfrentar a ninguno de los que se encargó de mancillar mi reputación. Los que tomaron los sucesos de la noche del baile y, jugando al teléfono descompuesto, terminaron inventando una historia que está muy lejos de lo que verdaderamente pasó. Una mentira que tiene como daño colateral mi autodesdierro.

Noviembre de 2018

En el estudio, no vuela una mosca por suerte, porque seguro terminaría en

mi boca.

Lo miro y no puedo creer que me esté pasando esto. Creo que en segundos perdí la capacidad de hablar y de mover cualquier músculo de mi cuerpo.

—¿Pueden dejarnos solos, por favor? —solicita la aparición del pasado rompiendo el silencio. Los abogados salen del cuarto dejándonos solos... «¡¡¿Solos?!!»), pienso aterrada por la catarata de reproches que, estoy convencida, recibiré de él. Acerca una de las sillas acomodándola frente a mí con el respaldo invertido, siendo lo único que se interpone entre nosotros cuando se sienta en ella.

—Marcelo, yo... —«¡¡Mierda, no sé ni lo que quiero decirle!! Bueno, sí sé, pero ¿cómo y para qué? De todas formas, él tiene su versión. Vio con sus propios ojos que fue solo un beso inocente... que de “inocente” no tuvo nada, ¡carajo! Seguro que esa imagen se retroalimentó de las habladurías, deformando la realidad y borrándola de su recuerdo para instalar la creada por las víboras chusmas del pueblo».

—¿Sabes todo lo que pasé para encontrarte? Desapareciste... Te esfumaste.

Lo escucho y en el acto se me viene a la mente cada uno de los lugares por donde he estado. Itinerante. Escapando para que, al final, mi destino me trajera donde me juré miles de veces no regresar.

—No entiendo para qué querías hallarme —miento repasando, de manera mental, las mil formas de matar al traidor de mi abogado por haber obviado decirme quién era el comprador de la casa—. Si tanto querías la propiedad, no hacía ni falta que yo estuviera presente. Doña Ester tiene...

—La compra es solo una excusa —me interrumpe, y yo trago con dificultad mis palabras— y la única manera de lograr que volvieras.

—¿Tanto lío para poder recriminarme lo que sucedió hace más de una década?

—¿Recriminarte? —repite levantándose de la silla con la confusión marcada en su rostro—. ¿Y qué se supone que tendría que recriminar?

—¿Me estás jodiendo? —Ahora, la que se incorpora soy yo. Se está burlando de mí y no lo voy a permitir.

—Hablo en serio, Ana —me lo dice frente a frente, a centímetros de mi cara, sin inmutarse. El parecido con Raúl es asombroso y por una milésima de segundo dudo de quién es realmente, la confusión me saca de este lugar para llevarme al parque del salón, once años atrás.

—A ver... Nosotros siempre nos llevamos como perro y gato. No encuentro ni un solo motivo para que quisieras verme a menos que sea pedir explicaciones por lo que pasó la noche del baile —espeto apartándome de él. Vocifero con ímpetu la verdad para terminar de una vez con esta tortuosa e irritante situación. Me observa. Primero, abre grande sus ojos y luego sonrío... ¿sonríe?—. ¿Se puede saber qué carajo te da tanta gracia?

—¡No has cambiado nada! —responde recuperando la distancia que ganó al apartarme—. Aunque en realidad debo reconocer que el tiempo actuó a tu favor. —¿A dónde quiere llegar? Ya me está poniendo nerviosa—. Estás más hermosa aún.

Bueno, basta... Esto se termina acá.

—¿Para decirme esa estupideces me hiciste viajar? —Mis brazos en jarra y la expresión que se apoderó de mi rostro le dicen bien clarito que mi paciencia tiene un límite y he llegado a esa raya hace unas segundos atrás—. ¿Vas a comprar la casa o no? —finalizo dándole un ultimátum.

—Sé lo que pasó esa noche. —¡No lo puedo creer! Este sigue tan pendejo como antes—. Y también sé lo que se dijo que sucedió —continúa bajando la voz hasta casi susurrar muy cerca de mi oído, de manera peligrosa.

—Yo... —retomo la disculpa que quedó inconclusa en alguna parte de esta conversación—, lamento haber generado la discordia entre tus padres —exhalo cada palabra sintiendo una bendita liberación—. Yo no sabía que a él también le pasaban cosas conmigo.

—¿Qué? —levanta la voz, asombrado por lo que acabo de decirle—. Te estás equivocando. —Niega mientras peina con sus manos el cabello que cae sobre su frente.

—Yo los vi discutir antes de que me separara de Inés y me obligara a salir al jardín —recuerdo como si hubiera sido ayer—. Tu mamá lo sujetaba y él logró zafarse para venir hacia mí.

—¡Que no, Ana! Mi madre lo estaba obligando a que lo hiciera. Ella le rogó que te llevara afuera —se despacha con lo más absurdo que he escuchado en mi corta vida.

—¿Me estás tomando el pelo? No soy idiota, Marcelo —le grito perdiendo la compostura. Ya me sacó de quicio este tipo.

Me toma de los hombros para que me quede quieta, obligándome a mirarlo a la cara.

—Mi papá no sentía más que aprecio por vos —insiste—. Inés era la que

te amaba.

¡¡Chan!! ¿Qué me perdí? Intento tomar distancia, pero ajusta su amarre y me impide lograr mi cometido.

—¿Estás loco o desayunaste grapa? —Mi voz ya es la de una desquiciada. Y pensar que esto iba a ser un trámite rápido y, clin, caja.

—Ninguna de las dos cosas. Mi mamá estaba en alerta luego de algunos hechos que la pusieron sobre aviso de que algo había entre ustedes.

—¿What? Ay, no, no, no...

—Tranquila —me interrumpe—, luego verificó que era Inés la que sentía más que amistad por vos.

Caigo sobre la silla como peso muerto. Mi mente se niega a aceptar una revelación que ni en mil años hubiera imaginado.

«¿Inés enamorada de mí?», me pregunto al tiempo que, en una secuencia perfecta, van desfilando de manera abstracta, frente a mis ojos, fotografías de momentos vividos junto a ella. Demostraciones de cariño que nunca en la vida podría relacionar con algo distinto al cariño entre dos amigas del alma.

—¿De dónde sacaron eso? —Mi duda se presenta arrancada por la lógica—. ¡Se equivocan! —sentencio sin darle oportunidad a la versión absurda sobre lo que fue una hermosa relación.

—Ana, durante años traté de disfrazar algo que caía de maduro. La educación que recibimos y la mente cuadrada de nuestra sociedad no le permitían darle la oportunidad a mi hermana de amar, de tener la libertad de elegir a quién entregarle su corazón. Algo que ahora veo tan claro...

Observo su gesto y no me queda ni un motivo para no creer lo que me está diciendo. Se acuclilla para quedar a mis pies y nos miramos. De pronto, somos dos personas distintas. Toma mis manos como si fuéramos viejos amigos en un día de confesiones.

—¿Dónde está ella? ¡Quiero verla!... Necesito verla —le pido en tono de súplica, decidida a demostrarle que esta verdad no cambia en nada mi amor por ella.

—Inés vive en Buenos Aire. —Se para y camina por el estudio—. Luego de todo lo que pasó, mi madre no le permitió que te buscara. Me pidió ayuda a mí para que propiciara un encuentro entre ustedes y poder hablar con vos sobre lo que sentía, pero se la negué como un estúpido. Cuando pude ver más allá de mi educación retrógrada, ya era tarde. Te habías ido.

Cierro los ojos y evoco el momento en el que besé a Raúl. La cara de

todos al encontrarnos en esa situación. La expresión de Inés era de dolor, uno que por todo este tiempo responsabilicé a la decepción de ver a su padre con otra mujer que no sea su mamá. Ahora sé que el motivo era lo que sentía por mí.

—Le rompí el corazón —conjeturo angustiada y me permito que las lágrimas comiencen a correr mojando mis mejillas.

—Todos, en alguna medida, lo hicimos —reconoce, girando para darme la espalda—, pero lo nuestro, lo de mi familia, quienes se supone que deberíamos haber acompañado y apoyado su elección, es mucho peor. Vos lo hiciste desde la confusión y la ignorancia; nosotros, desde la vergüenza de tener que reconocer que era homosexual. Eso nunca me lo voy a perdonar.

Al decir la última frase, voltea y veo que él también está llorando.

Me levanto y lo abrazo siguiendo un impulso que no puedo ni quiero reprimir.

Pasan segundos, minutos..., un par de horas o diez años, no lo sé, pero siento que esto que está sucediendo había quedado pendiente en nuestra historia. No me quiero soltar hasta poder entender qué es lo que motiva la revolución interna que mi cuerpo y mente están experimentando. Este revuelo de sentimientos que nada tiene que ver con los que he guardado en mi memoria.

—Nunca hubiera imaginado que terminaría agradeciéndote algo —reflexiono. Se separa de mí para mirarme directo a los ojos, denotando satisfacción. Sus pupilas están cargadas de más secretos aún. No sé por qué, pero lo intuyo y dejo que mi instinto me guíe—. Fue por Inés que me trajiste hasta aquí de nuevo, ¿verdad?

—En parte, sí —admite y cambia el gesto de su cara por uno que no le conocía.

—¿En parte? —repito, brindándole la posibilidad de que continúe.

—Cuando dejé de culparte y odiarte por haber corrompido a mi hermana...

—¡Ey! Yo no...

—Lo sé, tranquila —me interrumpe—. Era lo que mi cabeza de adolescente pueblerino y machista procesaba —aclara golpeándose la frente, simbolizando el vacío.

—Bien. —Acepto su explicación y él sonríe complacido.

—Bueno, cuando mi bronca se diluyó, supe lo que en verdad me

atormentaba.

—Y eso era... —estimulo su confesión dándole pie con las primeras palabras.

—Era que estaba enamorado de la misma persona a la que amaba mi hermana.

«Ay, qué te parió, Anita... Cómo para que no te haya querido crucificar Cristina. Ahora falta que te enteres de que Raúl también estaba loco por vos y gritás “Bingooo”», hablo conmigo misma, ridiculizando la situación, llevándola al extremo.

—¿Inés lo sabe? —le pregunto al caer en la cuenta de que puedo no haber sido la única que hizo añicos su corazón.

—¡Por supuesto! Lo primero que hice fue viajar para hablar con ella. No daba que se lo dijera por teléfono.

—¡Un momento! ¿De cuánto tiempo estamos hablando? O sea..., ¿cuándo dejaste de odiarme?

—Eso no viene al caso —responde evadiendo mi pregunta.

—Marcelo... —digo su nombre en tono intimidatorio.

—Bueno, seis..., tal vez siete años.

Hago la cuenta mental y justifico la atracción que estoy sintiendo por el hombre en que se ha convertido el insufrible de catorce años que me fastidiaba en el pasado.

—¿Qué edad tenés?

—Veinticinco —responde confirmando mi cálculo—. ¿Ahora sí bailarías conmigo?

Su pregunta me lleva directamente a la última vez que nos vimos. La noche que yo solo tenía ojos para Raúl, su papá...

—Eso ya lo veremos —le respondo apartándome unos centímetros de él, intentando cerrar por el momento esa posibilidad. Ahora quiero terminar de dilucidar lo que para mí, hoy, es una gran sorpresa, y si no pongo la distancia física necesaria, mis hormonas traicioneras me jugarán una mala pasada—. ¿Qué te dijo Inés cuando se lo contaste?

—Al principio, no me creyó hasta que se puso en mi lugar y reconoció que nuestro primer amor tenía el mismo nombre: Ana.

—¿Por qué nunca me lo dijeron?

—¿Lo decís en serio? —Cruza los brazos a la altura de su pecho. Está molesto..., muy molesto—. Te busqué por cielo y tierra para hacerlo. Llegué a

cuestionarme si no estaba desperdiciando mi vida en ir detrás de algo sin garantías. Inés dio vuelta la página y te sacó de la continuidad de su historia. Yo no pude...

—Yo...

—Dejame terminar, por favor —me interrumpe por suerte, ya que no sé qué carajo decirle—. Cada dato de tu paradero se esfumaba con un llamado telefónico que confirmaba que ya no estabas allí, y era comenzar de cero nuevamente. —Sus brazos caen pesados a los costados de su torso y me da la imagen perfecta de lo que debe de haber sentido ante cada fracaso. Gira hacia la ventana y hace que su cuerpo refracte la luz del sol que entra por ella—. Hace un año estuve dispuesto a darme por vencido y el destino trajo a mi hermana a casa. Inés viajó especialmente para presentarme a la persona que hoy es su mujer. Eso me hizo ver que la esperanza de lograr nuestras metas no muere a mitad del camino hacia ellas, sino cuando nosotros caemos derrotados antes de agotar todos los medios para alcanzarlas. —Voltea y me mira directo a los ojos, sin moverse del lugar en el que está—. Yo no sabía con certeza por qué no habías regresado más, pero era muy fácil de deducir teniendo en cuenta la sarta de barbaridades que se dijeron después de la bendita fiesta. Nunca tuve la oportunidad de decirte lo que me pasaba con vos y cómo me encargué de desmentir, en cuanta ocasión se me presentaba, la versión que alguna mente retorcida había echado a correr. —Juro que me tiemblan las piernas mientras lo escucho. Siento el impulso de avanzar y abrazarlo, pero elijo respetar la distancia que él mismo ha puesto entre nosotros—. Tenía unos ahorros y, sin plantearme mucho si resultaría o no, me jugué la última carta. Viajé hasta Córdoba y contraté al doctor Gomez. Le encargué que hiciera una oferta por la casa de tu abuela, sin nombrarme, con el fin de que en algún momento saliera a la luz tu ubicación. Casi me muero cuando él me comunicó que la propuesta había sido aceptada y que doña Ester tenía la potestad de firmar la escritura, sin la necesidad de que su verdadera dueña tuviera que presentarse. —Hace una pausa y camina hacia mí, acortando el espacio que nos separa, pero sin acercarse demasiado—. Estuve a punto de mandar todo a la mierda, insultando mi suerte y tu deseo de anonimato, cuando a Gomez se le ocurrió poner como condición tu presencia al momento de escriturar. Doña Ester se comunicó con tu abogado y él, como por arte de magia (motivo por el cual lo odié), te contactó al toque para que en menos de un mes estuvieras acá, en Fuente Alba, respirando el mismo aire que yo.

Da dos pasos más, los suficientes para pegar su cuerpo al mío.

—¿Y ahora qué? —le pregunto sumergida en sus ojos.

—Ahora te lo pregunto de nuevo... —Desliza sus dedos por mis brazos, desde los hombros hacia abajo, erizándome la piel. Toma mis manos, lleva la derecha hasta su boca y deposita sobre ella un beso que lo conecta directamente a mis entrañas. Sonríe de lado y me mira a través de sus tupidas pestañas—. ¿Bailarías conmigo?

Abril de 2019

Las Calles, Valle de Traslasierra, provincia de Córdoba

Abro las ventanas de la cabaña Doña Antonia y les muestro entusiasmada, a mis nuevos inquilinos, el paisaje que podrán apreciar durante su tiempo de estadía en el complejo ubicado al pie del Champaquí.

—¡¡Guau!! ¡Es hermoso! —expresa, anonadada, la joven madre de familia, colmando sus ojos de una postal que le será muy difícil de olvidar.

—Sí, es muy bello —se suma al elogio su marido, en tono bajo para no despertar al bebé que carga en sus brazos.

—El otoño es una de las estaciones que más juega con cada uno de los rincones de este lugar. Lo pinta de distintas tonalidades, capa por capa, preparándolo para recibir el blanco de heladas y nevadas, ausentándose el resto de los colores. Luego, la explosión de flores y follaje que surgen por todos lados como si hubieran estado agazapadas escondiéndose del crudo invierno —les cuento compenetrada en mi relato sin percatarme que ambos están escuchando con la boca abierta mi descripción.

—Creo que vale la pena cada kilómetro que hemos recorrido desde Buenos Aires para llegar hasta aquí —justifica, convencida, la muchacha que no hace otra cosa que mirar hacia la montaña.

Yo afirmo con mi cabeza sin tener nada para objetar su conclusión.

—Bueno, los dejo para que comiencen a disfrutar de todas las instalaciones. Si necesitan algo, no tienen más que pedirlo. Si está en nuestras manos, los complaceremos con mucho gusto.

Camino hacia la casa grande con una sonrisa de oreja a oreja. Bendigo el momento en el que decidí cambiar todo lo que tenía por esto. Cinco hectáreas en el paraíso, definitivamente, son mi lugar en el mundo.

—¿A dónde cree que va usted, señorita?

Volteo hacia las caballerizas y lo veo a él, a Marcelo, mi chico. Tan atractivo y tentador. Con una forma muy extraña de desvestirme con la mirada, hace que mi termómetro interno reviente en mil pedazos.

—Voy a poner la pava para tomar unos mates —le contesto sintiendo como un cosquilleo sube por mis piernas hasta el centro mismo de la unión entre ellas—. ¿Querés? —lo invito de manera sugestiva, ofreciéndole mucho más que una infusión.

Deja la horqueta incrustada en el fardo y, sin decir nada más, se une a mí para hacer juntos el trayecto hasta nuestra casa. Al entrar, cerramos la puerta y, sin pérdida de tiempo, comenzamos a recorrernos con nuestras afanosas manos para hacer el amor en donde nos falte el aire y nuestro deseo ya sea incontenible. Todos los ambientes, dormitorios, cocina, comedor y hasta, incluso, los baños conocen nuestra intimidad. Caemos en la alfombra y sellamos nuestro pacto, una vez más, aceptando que en nuestras vidas nada fue casualidad. Que cada una de las personas que participaron en nuestro pasado fueron actores necesarios para que hoy podamos vivir este presente juntos. Raúl y Cristina, desde su estricta posición. Inés, como la amiga más valiente que he tenido. Hasta los que inventaron lo que quisieron sobre mí. Todos colaboraron desde su lugar para separarnos y propiciar nuestro encuentro en el momento justo.

Me besa y se incorpora para ir hacia el rincón donde tenemos el reproductor de música. Lo sigo con la mirada sin poder dejar de admirar cada milímetro de su escultural anatomía. Siento como mi insaciable cuerpo comienza levantar las revoluciones y reclama su contacto de nuevo.

—No pongas nada —le ordeno en tono quejoso—, vení, que quiero otro round —le dejo en claro por si no me entiende la indirecta.

—Dame un segundo —pide mientras saca de una bolsa la cajita de un disco compacto—. Ayer encontré algo en la feria de usados que me trae muchos recuerdos. —Pone *play* y gira satisfecho hacia donde me encuentro desparramada sin ningún pudor—. Con este tema me volviste loco —confiesa mientras se acerca, moviéndose al ritmo de los primeros acordes de la melodía. Extiende su brazo, invitándome a seguirlo, y acepto sin dudarlo.

Hace que gire y enlaza su brazo derecho en mi cintura. Hace que quede de espalda a él. Su piel arde y su sexo late sobre mis glúteos. Su brazo izquierdo está enroscado al mío, ambos elevados tras su nuca mientras derrite mi cuello con su boca. ¡Es tan sexy!

—Me gustaría poderte bañar... —canta antes de morder el lóbulo de mi oreja—, también secarte y volverte a enjuagar —continúa, sin perder el hilo de la letra, elevándose a la estratósfera.

—Vamos —le suplico. Gimo como reacción a la tortura que está ejerciendo sobre mí.

Sin soltarme, me guía hasta el cuarto, donde cumple la promesa que me hace cada mañana al despertar, la de amarme cada segundo de nuestras vidas sin ningún reparo ni medida, entregándonos a un destino que hoy juega nuestro juego, o viceversa...

Quién lo sabe.

Only you can love me this way

Mimi Romanz

*Porque nunca es demasiado tarde
para entregar el corazón.*

*A todos los que, pese a los años, tienen la esperanza
de volver a amar.*

Fiona observó el exterior desde la ventana de su habitación y la abrió un poco; la mañana se presentaba fresca, pero pronto los rayos de sol harían que la temperatura subiera hasta casi alcanzar los 20°C. El invierno ya había llegado a su fin, pero parecía que la primavera no se dignaba a presentarse. Ajustó las cintas de la bata que llevaba puesta, suspiró y giró para encontrarse con una cama amplia, pero vacía. Su lado, el que había ocupado por más de treinta años, denotaba que allí había pasado la noche una vez más; en cambio, el otro estaba casi intacto. Cerró los ojos por un instante y reprimió la melancolía que, aun después de cinco años de triste y larga ausencia, seguía apoderándose de ella. La vida continuaba, y nunca había sido débil como para no hacerle frente.

Acomodó la almohada, estiró la sábana junto con la manta y le dio la espalda al lecho para vestirse; tenía trabajo por hacer. Se puso unos jeans viejos y gastados, una camisa a cuadros y las botas de campo, se ató su largo cabello rubio en una coleta alta y dejó la habitación que tantos recuerdos le traían, aunque, si era sincera consigo misma, todo en el rancho lo hacía.

Las escaleras bajo sus pies crujieron a cada paso que daba. Hubiera hecho una nota mental para que Peter, el capataz, las revisara, pero la descartó por completo, pues en la soledad en la que se encontraba últimamente, aquel sonido podría ser una buena señal de alarma ante cualquier intruso. A decir verdad, toda la estancia tenía sus quejidos y no había querido que tampoco los quitaran, a menos, claro estaba, que significaran un riesgo para la vida de ella, de sus hijos cuando iban a visitarla o de cualquier persona que la acompañara.

Entró a la cocina y se sorprendió de encontrar allí a Brendan, su hijo mayor, preparándose unas tostadas y un café. Según le había dicho la última vez que hablaron, no iría hasta entrada la primavera, por lo que supuso que algo había sucedido para que estuviera antes de tiempo.

—No preguntes, no por el momento —fue el saludo de él, y ella notó su encogimiento de hombros y la nostalgia en su voz.

Fiona se acercó a su hijo y lo besó en la mejilla.

—Veo que ya anduviste por el gallinero. Conoces mis gustos, voy por leche en lo que terminas de preparar el desayuno —respondió, y salió sin acotar nada más.

Mientras ordeñaba a la vieja Reggie, no pudo evitar pensar en cómo se notaba la falta de Richard en sus vidas. Brendan y él siempre habían sido muy unidos, y estaba segura de que el problema que tenía su hijo no se debía a algo relacionado con el rancho o con su trabajo, sino a una mujer. Y en esas lides, lamentablemente, ella no podía ayudarlo demasiado; su historial de hombres se limitaba tan solo a uno.

Regresó a la cocina, vertió la leche en una jarra y la colocó en la mesa ya servida. Fiona observó a su hijo antes de sentarse. Era tan parecido a su padre que, por un momento, creyó que el tiempo no había pasado y que se encontraba frente a Richard. El cabello rubio oscuro, algo largo para su gusto; las cejas gruesas que enmarcaban sus ojos tan azules como un cielo de verano; la nariz prominente, pero sin destacar en demasía en su rostro cuadrado, y unos labios carnosos que comenzaban a perderse en la barba que, se notaba, no había querido rasurarse. Incluso el gesto de pasarse la mano por esta, pensativo, era el mismo que su esposo solía hacer.

—Peter contrató a un hombre para que lo ayude con las tareas del rancho, y yo le voy a alquilar uno de los cuartos de invitados —aprovechó para comentarle mientras se ubicaba en la silla y, así, dejar de lado los pensamientos que últimamente se presentaban con demasiada frecuencia en su mente.

Brendan levantó la vista de su taza y la enfocó en los ojos marrones de su madre.

—¿Por qué? —indagó su hijo.

—Porque él ya no puede hacerlas solo —le explicó, aunque sabía que no era necesario, pues de ella dependía todo el rancho y lo que hiciera con este.

—Creí que papá había dejado todo en orden antes de... marcharse.

Fiona inhaló profundo y soltó el aire con lentitud. Quizás su hijo no la entendería, pero tenía la necesidad de serle útil a alguien más en la casa, como si eso fuera a devolverle la vida de antaño.

—Y lo hizo, Brendan, pero sabes que hay tareas que yo ya no puedo hacer, mucho menos Peter.

—Están Alan y Cooper. Y ahora estoy yo.

—¿Tú? ¿Hasta cuándo, Brendan? Siempre supimos que el campo no era lo tuyo, hijo, por eso no te obligamos a nada más que a seguir tus sueños, a hacer lo que quisieras. Y lo lograste. Nashville te quedó chico para ser el analista de sistemas en el que te convertiste y no nos opusimos a que te fueras a la gran manzana. Hoy tan solo me visitas, al igual que lo hace Claire con los pequeños, pero nada más.

—No me gusta, mamá, ¿vas a permitir que cualquiera entre en nuestra casa?

—Cariño —estiró la mano y rozó la mejilla de su hijo—, sabes que Peter y tu padre fueron grandes amigos, y él le prometió cuidarme. No va a dejarme sola, te lo aseguro.

—Está bien, lo acepto. Pero no me iré hasta estar yo también seguro de que ese hombre es de confianza.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Abraham descendió del autobús y observó el trayecto que aún le faltaba por recorrer para llegar al rancho de los Anderson. Esperaba poder establecerse allí por un buen tiempo, ya que estaba harto de ir de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad sin encontrar su lugar en el mundo. En sus cincuenta y ocho años de vida, casi que había transitado su país natal de este a oeste y de norte a sur.

Desde muy temprana edad, la música lo había atraído y, a los dieciocho años, cuando se sintió con la suerte y la libertad para hacer lo que le viniera en gana, dejó a su padre, su único familiar y el que tan solo estuvo a su lado por cumplir la promesa que le había hecho a su madre en su lecho de muerte. Con un bolso a cuestas y la guitarra que se había comprado con mucho esfuerzo, quiso trasladarse a la cuna del country, pero un inesperado encuentro con un hombre, que lo oyó tocar mientras aguardaba a que llegara su tren para ir a Tennessee, lo llevó por otro camino. Así, Abraham Foster se convirtió en un integrante más de la banda Outlaws in love, la que solía tocar en distintos bares y clubes a lo largo y ancho del país. Sus días como músico le dieron cierta fama, no así dinero, por lo que terminó trabajando de lo que su padre, a regañadientes, le había enseñado: el oficio de ser ranchero.

Su tesón y fuerza le valieron para llegar a ser capataz en más de un establecimiento, pero siempre era lo mismo: terminaba saltando de rancho en rancho, ya fuera porque el lugar no le atraía, porque los enredos con las mujeres traspasaban lo racional o porque, simplemente, se cansaba y decidía cambiar de aires.

Parado ante la tranquera abierta y bajo la madera tallada con el nombre «Morning Star», esperaba que ese fuera su último destino. Acomodó la correa de la funda de la guitarra tras su espalda y afianzó el agarre de su bolso para terminar de adentrarse en el que sería su nuevo hogar. La vista, sin lugar a dudas, ya lo había atraído, y no sabía si era el aroma a flores silvestres, el estar en la cuna de la música country que tanto amaba y que nunca había dejado de tocar o la familiaridad que sintió ni bien divisó el rancho, pero todo su cuerpo vibró en ese instante y a él le valió como una positiva señal de bienvenida.

—Buen día —saludó a la persona que estaba de espalda, arrodillada entre la maleza de lo que era una huerta. Intuyó que se trataba de una mujer porque su contextura física era más bien pequeña, pero no podía asegurarlo. Además, el sombrero de ala ancha que llevaba le cubría la cabeza por completo y no dejaba ver el cabello.

Fiona se sobresaltó al escuchar el saludo; no se había dado cuenta de la sombra que ocultaba la propia, pues estaba tan concentrada en quitar la hierba entre las verduras que no prestó atención a nada más. «Mal hábito», le había dicho Richard innumerable cantidad de veces. Giró sobre sí misma, sin levantarse, y se topó con unos ojos tan negros como una noche sin luna. Su instinto la puso en alerta, pero al notar el bolso en su mano, se dio cuenta de que, seguramente, era el nuevo ayudante de Peter y su inquilino.

—Buen día —respondió, se puso de pie mientras se quitaba los guantes de jardinería y le tendió una mano.

—Abraham Foster —se presentó—. El señor Green me contrató, y supongo que usted es la señora Anderson. —Juntar su palma con la de la mujer le produjo una extraña sensación, pero lo atribuyó al cansancio que sentía por el largo viaje que había hecho.

—Así es. Llega usted antes de lo previsto —le dijo, no supo él si a modo de reproche o como un comentario al pasar.

—Espero que eso no sea un problema.

—Para nada. Sígame, por favor. —Fiona dejó atrás el huerto y se

encaminó hasta el granero, donde Peter estaba haciendo unos trabajos. El silencio los rodeó al instante y, como pocas veces le había pasado, se sintió incómoda. El señor Foster era más alto que ella, tenía ese porte de vaquero que tanto le había atraído también de su marido y una mirada penetrante pero cálida a la vez.

Empujó la puerta y le extrañó que el hombre la sostuviera tras ella para darle paso; esa caballerosidad la abrumó en cierta medida, pues no estaba acostumbrada a ese tipo de gestos. No era que Richard no los hubiera tenido, pero con el tiempo, había perdido algunos de ellos.

—Pete —llamó al capataz—, el señor Foster ya está aquí.

Peter Green, un hombre entrado en años, y de unos dieciocho más que ella, al igual que lo había sido Richard, dejó la sierra con la que estaba cortando unas maderas y se sacudió la ropa antes de acercarse a ellos.

—Bienvenido —dijo, y le tendió la mano—. No lo esperábamos hasta entrada la tarde.

Abraham le dio un apretón e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Sí, ya me lo hizo notar la señora Anderson.

—Fiona, por favor. Aquí todos me llaman por mi nombre —acotó ella de forma automática. Él la observó y le sonrió, y ella no pudo menos que sonrojarse como una adolescente y preguntarse cuál era el motivo por el que lo había hecho. Ya no era una jovencita; había tenido un único amor y no buscaba nada más en su vida que disfrutar de sus hijos, de sus nietos y del trabajo y la paz que le brindaba el rancho. Dispuesta a dejar solos a los hombres para que charlaran, giró para retirarse, sin embargo, Peter no se lo permitió.

—Quizás el señor Foster quiera descansar antes de dar inicio con sus tareas, Fiona; imagino que el viaje ha sido largo.

—Con dejar mis pertenencias para no cargar con ellas bastará. Aunque refrescarme un poco y beber algo también sería de ayuda.

—Por aquí, por favor, señor Foster —le indicó ella.

—Abraham. Es justo que también me llame por mi nombre.

Fiona asintió con la cabeza, le dio la espalda y se encaminó hacia la puerta. Abraham la siguió y repitió la misma acción de sostenerla y cerrar tras él. Y Peter los observó con una sonrisa pícaro en el rostro, aunque ninguno pudo verla.

—¿Le gusta la música? —No supo el por qué, pero la necesidad de

entablar una conversación con él fue más fuerte que permitir que el silencio los rodeara una vez más—. Lo digo por la guitarra que carga.

—Desde que tengo memoria. Fui parte de una banda en la adolescencia y anduve de gira con ella por un par de años.

—¿Y qué lo hizo dejarla? —le preguntó.

—La verdad —se pasó la mano por la barbilla, donde ya se notaba una incipiente barba, para después llevarla hasta el ala de su sombrero y quitarlo en cuanto se detuvieron en la entrada de la casa—, un poco por no tener libertad y otro tanto por falta de dinero. La fama no siempre te da de comer.

Fiona contuvo el aliento cuando sus cabellos azabaches quedaron libres de la prisión que los sostenía y ondearon con la suave brisa de la mañana. ¿Qué le sucedía? En su vida, los hombres habían pasado por su lado como hojas secas de los árboles que se desprenden al llegar el otoño, y jamás le había prestado atención a ninguno, salvo a Richard, quien había sido el único al que amó, con el único con el que había intimado. ¿Acaso en ese momento, en el que él ya no estaba con ella, se daba cuenta de que alguien más podría hacerla sentir deseada? Porque tenía que ser sincera, Abraham Foster, de alguna manera, había logrado que Fiona percibiera un cosquilleo en el estómago que nada tenía que ver con hambre o con dolor. No, esa mera sensación se debía a un anhelo que tan solo con Richard había sentido.

Hizo una inhalación en cuatro tiempos, retuvo el aire y lo soltó de la misma forma para intentar calmar lo que su corazón y su mente especulaban, subió los escalones del porche y abrió la puerta de la casa. Una vez más, el hombre a su espalda la sostuvo, y ella ingresó tan rápido como sus pies se lo permitieron.

Abraham sonrió ante el nerviosismo que notó en la mujer. Tenía cierta experiencia al respecto y le resultó satisfactorio saber que, pese a los años, aún tenía ese impacto sobre ellas. Fiona le parecía una fémica exquisita, delicada en sus formas pese a vivir en un rancho con sus costumbres y rudezas, con la piel bronceada por el sol, unos ojos marrones con destellos ámbar y unos labios carnosos que hubiera deseado probar en el mismo instante en que los vio moverse cuando le hablaron. Esperaba, asimismo, que el cabello escondido bajo el sombrero fuera largo y brillante, algo que amaba de las mujeres. La observó andar con naturalidad por la estancia, la que llamó su atención porque no esperaba esa mezcla rústica de sofisticación y calidez. Los muebles, en su mayoría de madera, tenían esos tallados que solo se podían

obtener con un buen trabajo hecho a mano, y las cortinas frente a las ventanas, como los cojines y cubresillones, sin duda habían sido creadas por manos femeninas.

—Esta es la sala de estar —la escuchó decir.

Dirigió la vista hasta donde ella se encontraba, hacia la derecha, para verla quitarse el sombrero y observar cómo una cascada rubia caía sobre su espalda. Sonrió complacido.

—La cocina está al fondo —continuó ella sin ser consciente de lo que había generado en él—, tras las puertas vaivén, y su habitación está al fondo de aquel pasillo —le señaló—. Prepararé limonada, ¿le viene bien?

—Me parece perfecto —respondió, y se alejó de la mujer antes de cometer una locura que pudiera costarle el trabajo que aún no había empezado a hacer.

—Te dije que no me gustaba, mamá.

Brendan entró como una tromba a la cocina y se sentó a la mesa; el gesto de fastidio en su rostro se notaba a la legua, aunque Fiona no estaba segura de si se debía al nuevo inquilino o a que aún no había podido solucionar el tema por el cual se encontraba todavía en el rancho.

—¿Y cuál es, precisamente, la razón? Porque creo que Abraham es de gran ayuda para Pete, Alan y Cooper, por si no lo notaste. Los tres están más que agradecidos.

—Y veo que tú también. No hace una semana que está aquí y lo llamas por su nombre de pila. ¡Cuanta confianza!

Fiona lo vio apoyar la espalda en la silla, cruzarse de brazos y estirar los pies bajo la mesa. Esa actitud de suficiencia, más que enojarla, le causó gracia.

—No veo el motivo por el cual no pueda hacerlo. Así fue siempre y así seguirá siendo. Ahora, dime en verdad qué es lo que te molesta. —Colocó una taza de café delante de Brendan y se sentó frente a él con otra en sus manos—. Y no me vengas con mentiras, que te conozco.

Su hijo bebió unos sorbos, la miró por encima del borde y soltó un suspiro.

—No lo entenderías —dijo con cierta nostalgia en la voz.

—Al menos puedes intentarlo.

—No me gusta... —Brendan cerró los ojos por un instante y volvió a beber—, no me gusta cómo te mira el señor Foster, mucho menos que Pete lo haya notado y que solo sonría en complicidad. ¿Qué se traen los dos? ¿Para eso lo contrató? ¿Acaso cree que podría conquistarte? ¿Con qué derecho? No. No lo voy a consentir. Pete me va a oír. Y el tal Abraham también.

Fiona no supo si reír o alterarse con la perorata de su hijo. Era cierto que había notado ella también la forma en que Abraham la observaba, la calidez de su mirada, la facilidad con la que entablaban conversaciones, los gestos caballerosos que él tenía hacia ella, pero todo eso lo atribuía a que él era un buen hombre, nada más. La realidad de su vida no le permitía ver más allá de dos personas con unas cuantas primaveras encima que se llevaban bien; no estaba en edad, o eso suponía ella, para volver a enamorarse. Además, no quería hacerse falsas ilusiones, aunque el cosquilleo en su estómago, en su cuerpo, ya había comenzado a ser mayor que una leve sensación. Tampoco creía que Abraham anduviera por ese camino.

—Cariño —le dijo—, tú dedícate a encontrarle solución al motivo por el cual llegaste antes de tiempo al rancho.

—¡Claro! Como Pete, quieres que me vaya para dejarle el camino libre al hombre. Mamá, ¿es que no lo ves? —Elevó las manos y se las pasó por el cabello—. Abraham solo quiere llevarte a la cama —soltó, pero de inmediato, la miró directo a los ojos—. Un momento, tú... ¡Santo cielo! ¡No lo puedo creer!

—¿Qué es lo que no cree mi hermanito? —Ambos se asombraron de escuchar la voz de Claire y se levantaron de sus asientos para ir a su encuentro.

—¡Claire, hija! ¡Qué sorpresa! No te esperaba hasta dentro de un par de horas. ¿Dónde están los niños? —indagó, estirando el cuello para ver detrás de ella, mientras sentía que había sido salvada por la campana.

—Hola, mamá. —Le dio un abrazo y un beso en la mejilla—. Es que William decidió no trabajar hoy y que saliéramos antes, así los niños aprovechan la tarde para corretear por el rancho. Están dormidos aún, en el automóvil, cada uno en su sillita. No quise despertarlos, se los ve tan lindos así... —Le sonrió con complicidad a su madre, pues ella sabía que ese par de nietos que tenía podían ser unos diablillos cuando se lo proponían—. Hola,

Brendan —saludó a su hermano.

—Hola —le respondió, escueto.

—Vaya, ¡qué recibimiento por tu parte! —se burló—. Por cierto, el que estés aquí antes que yo me da que pensar... —Se llevó una mano a la barbilla para acompañar lo dicho.

—Cállate, ¿quieres? No es de tu incumbencia. Y, por cierto, mejor que así haya sido, pues a Pete se le ocurrió contratar a un hombre y mamá no tuvo mejor idea que alojarlo en nuestra casa.

—Te recuerdo, hermanito —le dijo al tiempo que se acercaba y le pasaba un brazo por el hombro—, que yo tengo mi propio hogar junto a mi marido y mis hijos, y que tú te instalaste en Nueva York hace ya unos cuantos años. Ergo —lo palmeó—, mamá es libre de hacer lo que quiera con nuestra casa —enfaticó ella también—. Con que tenga lugar donde dormir cuando venga de visita, para mí es suficiente, ¿no opinas lo mismo?

—¡Argh! —Se soltó del agarre—. Tú tampoco entiendes —exclamó, y las dejó solas.

—¿Qué bicho le picó?

—Mal de amores, supongo —lo excusó Fiona para no contarle a su hija la verdadera razón, pues tenía que reconocer que hablar de sus sentimientos nunca había sido su fuerte.

Fiona se quitó la camisa, se ató el pelo en un rodete, al que le puso unas cuantas horquillas para que no se le deshiciera, y volvió a colocarse el sombrero. El calor de ese día de primavera la estaba sofocando y aún tenía que pasar por el huerto para buscar algunas verduras para la cena. Se concentró en volver a quitar las malezas, que no hacían más que invadir cualquier recoveco libre entre las hortalizas, y en cortar aquellas que usaría: un par de tomates, unas zanahorias, algunas papas y una buena calabaza. Dispuso todo en el cesto para tal fin, se quitó los guantes y se refregó la frente con el dorso de la mano para limpiarse el sudor. Se levantó para regresar a la casa y, al girar, casi cae de culo sobre la huerta si no hubiera sido por el brazo que rodeó su cintura y la mantuvo en pie.

—Yo... lo siento —dijo Abraham cerca de su rostro—, no quise asustarte,

solo invitarte con una limonada. El sol hoy está fuerte e imagino que tendrás sed. —Hizo ademán con la mano libre para indicarle el porche, donde él mismo había colocado un par de vasos y una jarra, sin dejar de observarla. El tono rojizo en las mejillas de la mujer, sumado a unas gotas de sudor que se deslizaban por estas, lo hizo llevar hasta allí la palma para secarlas con el dedo pulgar.

Fiona retuvo la respiración más de lo que ya lo estaba haciendo cuando sintió el tacto del hombre en el rostro, y no pudo evitar enfocar su vista en los oscuros ojos de él y sentir que se perdía en un abismo sin fin y en el cual quería caer. Sin ser del todo consciente del anhelo que su cuerpo sentía, y de una forma que más parecía una súplica que una afirmación a su previa invitación, fue acortando la distancia que la separaba de su boca, como si un beso fuera lo que necesitara para saciar su sed. Y justo cuando sus labios iban a perderse en el deleite de tan ansiado oasis, la voz del pequeño Jack interrumpió el momento.

—Abuela... abuelita...

Sus miradas, conectadas como estaban, dijeron más que las palabras, no obstante, de alguna forma, Fiona supo que el momento había pasado, pues Abraham la liberó del agarre y se separó de ella.

—Ve, yo me encargo de llevar la cesta —le dijo.

Un tanto desilusionada, aunque sintiéndose culpable también por lo que había estado a punto de hacer, se alejó de él y fue al encuentro del niño.

Fiona empujó la puerta con la espalda y salió de la casa con una bandeja en la mano, la que depositó en la mesa del porche. Las risas de los pequeños eran como música para sus oídos. Levantó la vista y los observó jugar junto a Abraham. Un sentimiento que la entristeció de alguna manera la traspasó al pensar que Richard había tenido muy poco tiempo para disfrutar de sus nietos. La vida había sido dura para él, que luchó hasta lo indecible para que ese lugar en el mundo fuera de ellos. Conseguir ese pedazo de tierra le había costado todos sus ahorros, y que diera sus frutos, hasta lo que no tenía. Pero jamás había bajado los brazos y ella, a su lado, había peleado junto a él. Dieciocho años de diferencia, por aquel entonces, cuando lo conoció, no

habían sido problema alguno. Al principio, a muchos les pareció extraño que ambos se quisieran, pero con el tiempo demostraron que su amor era más fuerte que todo.

Habían sido una pareja unida, feliz. Y la dicha les dio dos maravillosos hijos. Pero cuando Brendan decidió dejar Tennessee, pese a no oponerse, Fiona supo que algo en su esposo se había quebrado. Era consciente de que tenía la esperanza de que se quedara, pero cortarle las alas hubiera sido peor. Y Richard lo comprendía, pues lo había vivido en carne propia al ver cómo su familia se había separado cuando su hermano mayor decidió romper todos los lazos y alejarse para no volver nunca más. En menos de un año, las discusiones de sus padres hicieron que él también se alejara y que se instalara allí, en Tennessee, donde siempre creyó que estaría su lugar. Y no se había equivocado.

Conocerlo, para Fiona, había sido lo más maravilloso que le había pasado. Ella tan solo era una jovencita que atendía uno de los grandes almacenes en el centro del pueblo, y ver a ese vaquero de cuerpo fornido, aguerrido y sin miedo a enfrentarse a lo que fuera para cumplir sus metas la cautivaron de tal forma que pronto sintió el deseo por saber más de él. La atracción fue mutua y así, en menos de un año, ambos dieron el sí frente a una concurrida audiencia.

Habían tenido buenos y malos momentos a lo largo de los treinta años que estuvieron casados, sin embargo, Fiona estaba segura de que la partida de su hijo del hogar había marcado un antes y un después en su esposo. Y eso, por lamentable que fuera, lo había afectado emocionalmente. Al tiempo, cuando William pidió la mano de su hija, un nuevo vacío ocupó el corazón de Richard, vacío que los dos pilluelos que llegaron quince meses más tarde no pudieron suplir en su totalidad. Y los arduos trabajos que había realizado desde su juventud se evidenciaron en su cuerpo de golpe, como si se hubiera dado por vencido.

Una cálida noche de verano, mientras juntos observaban el atardecer en ese mismo porche donde Fiona se encontraba en ese momento, Richard le agradeció todo lo que ella le había dado, todo lo que había luchado junto a él. Y le pidió que, si se le daba la posibilidad de volver a amar, que así lo hiciera, que tendría su bendición. Fiona había negado con la cabeza, con un nudo en la garganta y tratando de que las lágrimas no salieran de sus ojos, pero había sido inevitable. Y Richard, su Richard, como pocas veces lo había hecho en los últimos años, la acunó entre sus brazos, la besó con todo el amor

que sentía y se quedó allí, abrazada a ella y en silencio, mientras los rayos de sol se ocultaban en el horizonte y la luz de la luna llena se imponía con su presencia. Esa había sido su despedida, pues dos días después, mientras dormía, se fue.

Recordar aquello no hizo más que traerle momentos que había compartido con su esposo, pero, también, aquellos más recientes junto a Abraham. Quizás, desde donde estuviera, Richard había sido quien lo enviara para que no estuviera sola, para que no sintiera el vacío que él mismo había sentido con la partida de sus hijos para cumplir con lo que habían anhelado.

Se apoyó en la barandilla y se perdió en la imagen de sus nietos jugando con el hombre que, poco a poco y sin quererlo, había ido entrando en su corazón. Pero lo cierto era que temía enamorarse. Un único amor, eso había tenido ella en su vida, y que otro pudiera hacer a un lado lo que sentía por Richard la asustaba. Mucho. Porque la verdad era que nunca podría dejar de amarlo.

—Parece un niño más —escuchó decir a Claire—, pero debo reconocer que, pese al poco tiempo que llevamos aquí, logró conquistar a los pequeños. Y algo me dice que no solo a ellos. —Imitó la posición de su madre y continuó —: Ya noté qué es lo que a Brendan no le hace gracia.

De refilón, Fiona observó a su hija y curvó los labios en una media sonrisa cuando Claire la miró y le sonrió con complicidad.

—Espero que mi hermanito no haya hecho de las suyas, que lo conozco —acotó.

Fiona dejó escapar una mal disimulada risa. Le resultaba cómico que, siendo Claire unos años más chica que Brendan, lo llamara como si ella realmente fuera la mayor de los dos. Aunque, si tenía que ser sincera consigo misma, desde temprana edad supo que su hija había adquirido una madurez que pocas mujeres lograban tener en la adolescencia. Era decidida, sabía lo que quería y por ello luchaba sin temor a lo que fuera que encontrara en su camino. Era valiente, tanto o más que su padre.

—Ya sabes cómo es. Supongo que habrá en Nueva York alguna mujer que lo está volviendo loco, pero es tan terco para aceptarlo que prefiere tomar distancia.

—No lo digo por eso, mamá. —Claire se puso de lado, cruzó los brazos sobre el pecho y la miró inquisitivamente—. Me refiero a él. —Meneó la cabeza en dirección a Abraham.

—Él —repitió Fiona como si nada, intentando que los nervios, que se habían apoderado de ella cuando Claire hizo referencia al hombre, no se notaran en su cuerpo—. ¿Qué hay con él? El señor Foster solo hace su trabajo.

Claire se echó a reír.

—¡Ay, mamá! —Se volvió hacia el frente, con los brazos sobre la barandilla y las manos unidas—. ¿El señor Foster? ¿De verdad? —Volvió a carcajearse.

—No le veo la gracia, Claire. —Le dio la espalda y se centró en servirse un poco de limonada, pero no bebió; temía agarrar el vaso y que se escapara de sus manos cuando Claire le dijera lo mismo que Brendan le había expuesto.

—Pues yo sí, mamá, ya que es la primera vez que te escucho llamarlo por su apellido.

—No digas tonterías, Claire —trató de excusarse, pero no tenía justificación alguna para validar sus palabras. Tomó el vaso finalmente y bebió unos sorbos—. ¿Quieres limonada? —le ofreció mientras volvía a girar.

—Quiero que seas feliz.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Fiona y no pudo evitar cerrar los ojos para reprimir la nostalgia que se había apoderado de ella una vez más. ¿Acaso todos creían que no lo era? Sí, sentía soledad cada tanto, pero ¿quién no lo haría estando en su lugar, viuda, con un rancho que mantener y con dos hijos que ya se habían marchado del hogar para formar el propio? ¿A quién tenía que culpar por que Richard la hubiera dejado antes de lo que esperaba? A nadie. Así era la vida. Suspiró con melancolía en el preciso instante en que los brazos de Claire la rodeaban, se abrazó a ella y se reconfortó en la calidez que estos le brindaban.

—Sé que extrañas a papá, todos lo hacemos. Pero tienes una nueva oportunidad de amar, mamá, no le des la espalda.

—No creo que pueda, hija —le dijo, aunque sabía que estaba mintiendo.

—Yo sé que sí. Los he visto. —La miró a los ojos y le hizo un guiño—. Ya lo conquistaste. Ahora deja que él lo haga contigo.

Tras un merecido descanso, Claire, William y los pequeños regresaban a su hogar. A media tarde de un primaveral domingo, se habían despedido

prometiéndolo volver y quedarse más tiempo la próxima vez. Brendan, por su parte, los saludó perdido en sus cavilaciones, igual de taciturno que desde su llegada. Claire había intentado sonsacarle algo. Incluso Pete, con quien la relación era más amigable, procuró hablar con él. Pero nada. Brendan estaba más silencioso que el rancho en ese atardecer que empezaba a cubrir de naranjas los alrededores y en el que el cantar de los grillos iniciaba una lenta melodía. Se había encerrado en las caballerizas tras la partida de su hermana, seguramente, para rumiar su malhumor junto a Azabache, el purasangre que Richard le había regalado al cumplir los dieciocho años.

Fiona tenía la necesidad de ayudarlo, pero no sabía cómo hacerlo. Mientras le preparaba unos sándwiches como cena, los que esperaba que funcionaran como una ofrenda para que por fin le contara lo que le ocurría, el rasgar de una guitarra llegó a sus oídos. Esas notas ya las había escuchado en varias oportunidades —tenía conciencia de que Abraham solía sentarse en el porche, instrumento en mano, y tocar bellas canciones—, pero en todas se había negado a asomarse y acompañarlo.

Envolvió el último emparedado, lo ubicó junto al resto, agarró una servilleta, un vaso y una jarra con agua, y puso todo sobre la bandeja para cumplir con su misión. Decidió salir por la puerta de la cocina, para seguir evadiendo lo que su corazón le decía, y se encaminó al establo mientras la sinfonía se iba perdiendo cual murmullo de fondo. Al entrar, la tenue luz que perfilaba una lámpara de gas le indicó el lugar donde se encontraba su hijo. Se acercó con sigilo y depositó lo que llevaba en sus manos sobre un cubo de heno.

Brendan la miró de soslayo y continuó con lo que estaba haciendo: peinar las crines de Azabache. El gesto de indiferencia no pasó desapercibido para Fiona, que acortó la distancia y se puso a su lado.

—Sé que no soy como tu padre, Brendan, sé que muy pocas veces confiaste en mí para hablar de lo que aquí sientes. —Tocó su pecho, justo a la altura de su corazón—. Intuyo que eso es lo que te lleva a tener una actitud hostil con todos, incluso como para demostrarla ante los pequeños.

Fiona lo vio detener el movimiento de la mano y encogerse de hombros.

—No fue mi intención. Yo... lo siento.

—Lo sé, hijo, y no es conmigo con quien tienes que disculparte, sino con tu hermana y su familia.

—Lo haré.

—Sé que así será, Brendan. —Le acarició el brazo en un gesto tierno y maternal—. Pero con quien debes sincerarte, en primer lugar, es contigo, porque esta actitud solo te llevará por el camino de la desolación. Y creo no equivocarme si digo que en Nueva York dejaste a una mujer por la que has perdido el corazón y que lo que te retiene aquí es el miedo a reconocer que así es.

Brendan asintió apenas con la cabeza, dándole a entender que tenía razón. No obstante, mantuvo el silencio, y Fiona, sabiendo que su hijo necesitaba estar en soledad otra vez para aclarar sus sentimientos, lo besó en la mejilla y giró para retirarse. Pero antes de traspasar la puerta, lo escuchó decir un «gracias» que la reconfortó sobremanera.

De regreso a la casa, caviló en que ella también debía aceptar los cambios que se habían ido produciendo en su vida; el principal, lo que Abraham le hacía sentir. Con los brazos cruzados sobre el pecho, rodeó la construcción y apareció frente al porche, donde el hombre estaba sentado en uno de los sillones de mimbre, con la guitarra entre sus manos y el sombrero de vaquero aún cubriéndole la cabeza. Seguía el ritmo de la melodía con el pie, y Fiona no se había percatado de su tenue pero ronca voz, que entonaba la letra de la canción *Only you can love me this way*, hasta que no subió los escalones y estuvo a corta distancia de él. Escucharlo cantar fue como descubrir un paraíso, como sentir una caricia en su piel que lograba erizar su cuerpo con un solo toque.

Inconscientemente, apoyó el trasero en la barandilla a su espalda y cerró los ojos para deleitarse con la sinfonía que emanaba de él. Cada nota eran como cálidos destellos que la rodeaban para brindarle el calor que se había perdido con la puesta de sol. Pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocada, pues el roce sobre su tez no era sino un dedo trémulo de Abraham que, osado, delineaba el contorno desde su cuello hasta llegar a su mejilla. Y junto a este, el aliento seductor y cadencioso que le acariciaba el rostro dada la cercanía de su boca a la de ella mientras entonaba la melodía que no había dejado de cantar.

—Nunca me pasó algo así con una mujer, Fiona —susurró sobre sus labios.

—¿Algo así? —preguntó, dubitativa, aún con los brazos sobre su pecho, pero con la vista fija en los ojos de él y con el corazón acelerado; sentía la palma del hombre sobre su mejilla, la calidez de su tacto y la distancia cada

vez más estrecha entre sus cuerpos.

—Sí, algo así. —Le sonrió y le rodeó el talle con la otra mano—. Adoro cómo te mueves por el rancho, la forma que tienes de tratar a todos. Tu calma, tu tranquilidad, tu sinceridad... —La acercó más hacia sí y continuó con sus palabras junto a su oído—. Tu piel satinada, tu largo cabello —le desarmó la trenza sobre su espalda y enredó algunas hebras entre sus dedos—, tus curvas, tu mirada, la sensualidad que, estoy seguro, no sabes que emanas... —Abraham pudo sentirla estremecerse, pero no por ello Fiona se alejó, lo que le dio a entender que no le era indiferente. Volvió la vista hacia esos ojos marrones que lo observaban con asombro, pero, también, con el deseo reflejado en sus iris, y en un acto por alargar unos segundos más la agonía que era tenerla tan cerca y no beber de sus labios, los delineó con el pulgar antes de bajar la cabeza y fundirse en ellos.

Obnubilada por la cadencia en el tono de voz utilizado por Abraham, por sus manos en su cuerpo, por las emociones que él le hacía sentir y que Fiona había creído olvidadas, se permitió disfrutar del momento sin pensar en nada. Apartó los miedos, los temores que, cual fantasmas, la asustaban; vació su mente de pensamientos que durante toda su vida habían anidado en su interior, de vacilaciones que, en alguna oportunidad, la habían hecho dudar de sí misma, de lo que podía dar, de lo que podía hacer sentir en su compañero.

Se dejó llevar por el mimo sobre su boca y, con un valor que pocas veces había tenido, fue ella la que invadió el interior de la de él con un frenesí que la sorprendió, a la vez que llevaba las manos por detrás de su nuca y lo acercaba más a sí, como si tuviera pavor a que él se arrepintiera y la dejara con ganas de más.

—No pienso detenerme, Fiona —murmuró él con la voz ronca cuando ella se separó apenas para tomar un respiro—, a menos que así lo quieras.

La profundidad en los iris de Abraham la catapultó al abismo de su negrura, a ese lugar en el que ansiaba perderse desde que lo había mirado a los ojos. Y así lo hizo. Volvió a besarlo en un consentimiento mutuo, para decirle que ella, pese a todo, tampoco iba a frenar esa vorágine de sentimientos y emociones que la envolvían.

Las últimas luces del atardecer se perdieron en el horizonte y la noche, poco a poco, fue cubriendo todo con su oscuridad. En ese instante, el farol del porche se encendió y Fiona se sobresaltó al pensar que alguien los había descubierto. Pronto recordó que este lo hacía de forma automática y rio por

haberlo olvidado. Abraham consumió su risa en su boca y, nuevamente, ella se vio arrastrada por su pasión.

—Será mejor que entremos —dijo Abraham al cabo de unos minutos, cuando notó que no iba a poder contenerse más besando tan solo sus labios, su cuello o el lóbulo de su oreja. Él quería desearla más de lo que ya lo hacía mientras le quitara la ropa con parsimonia, recorriera cada parte de su cuerpo y grabara en sus yemas la tersura de su piel. Y ese no era el lugar para hacerlo, al menos no mientras estuvieran tan expuestos a ser espiados, especialmente, por Brendan, con quien la relación no había dado frutos por el momento.

Fiona, aunque no lo demostró, se sintió decepcionada, pues su mente ya se había imaginado una escena romántica a la luz de la luna, como aquellas que alguna vez leyó en libros del género. Asintió en silencio, dejó caer los brazos al costado de su cuerpo e intentó hacerse a un lado para emprender el camino hacia la puerta. No obstante, él no se lo permitió del todo, pues no alejó la mano de su baja espalda, donde la había dejado, y giró para ponerse a la par y, así, entrar tras ella. Ese contacto le dio esperanzas a la vez que cierto temor; ella ya no era una jovencita de piel tersa, cuerpo curvilíneo y ágil. Los años de trabajo en el rancho le habían vuelto seca la piel, y sus dos hijos, que sus caderas estuvieran más anchas que antaño, que sus pechos no fueran tan turgentes y que en su vientre aún pudieran notarse algunas estrías producidas por el embarazo.

Quizás, con Richard y el paso del tiempo, se había acostumbrado a que él la viera de ese modo después de más de treinta años juntos, pero Abraham era otro cantar. Estaba segura de que él estaba acostumbrado a que en su cama siempre hubieran bellas mujeres, cuando no alguna jovencita, que pudieran satisfacerlo sin objeciones. De solo pensarlo, sintió que sus mejillas se coloreaban, pues si bien, al principio, con Richard habían tenido algunos encuentros que bien podía llamarlos alocados, el sexo entre ellos había pasado a ser una rutina más en sus vidas, que solían practicar solo en la habitación.

Una vez en el interior de la casa, y con una tenue luz que les daba cierta privacidad, Fiona volvió a sentir que Abraham se acercaba a ella, le rodeaba la cintura y retomaba los besos sobre su cuello, los que creyó que habían quedado olvidados en el porche. Una placentera sensación la envolvió y le hizo temblar las piernas, las que, pese a ello, respondían a los pasos que él daba, y que la obligaban a ella a hacer lo mismo, mientras la guiaba hacia la

habitación donde se alojaba. Un sentimiento de profunda gratitud se anidó en su pecho, pues el hombre que tenía a su espalda respetaba sus sentimientos al llevarla hasta ese cuarto, el que ella sabía que contaba con una cama de tan solo una plaza, y no al que ella había compartido con Richard.

La duda la invadió entonces. Si quería pasar la noche con Abraham y no salir de su cuarto como un polizón, pues era consciente de que los dos no podrían dormir juntos, no tenía más opción que dar por finalizados los cinco años de luto por su marido y permitir que otro hombre ocupara su lugar en el lecho, aunque más no fuera por unas horas, o algunas noches. Detuvo los avances de él y se giró para verlo. La timidez se vislumbraba en su rostro con toda seguridad, pero así también estaba convencida de que era lo mejor. Sin decir nada, entrelazó la mano con la de Abraham y lo instó a que la siguiera.

—Fiona... —la nombró él al darse cuenta de sus intenciones—, no quisiera que... —El índice de ella sobre su boca lo acalló, y no necesitó que expresara palabra alguna, pues en sus ojos pudo ver el temor que era enfrentarse a que alguien más irrumpiera en un lugar que otro hombre había ocupado, como también un deseo que pocas veces había percibido en una mujer.

Atrapó entre sus dedos los de ella y, con delicadeza, le besó el dorso de la mano. Una caricia, el sutil aleteo de una mariposa, para dar inicio a la seducción que no tardaría en demostrarle. Con Fiona de espalda a la escalera, la hizo ascender sin que sus miradas se desconectarán. Un escalón y el roce de la palma desde la muñeca hasta el codo; uno más, su mano a través del omóplato para llegar a la nuca; el siguiente, sentir la suavidad de sus cabellos... Por cada peldaño que la hacía subir, también su propia temperatura corporal iba en aumento, no obstante, era consciente de que tenía unos cuantos años encima y de que las caricias y el juego previo a tener a Fiona donde y como la quería le valían más que el arrebató del joven que antaño había sido.

Jamás, en lo que llevaba de vida, Fiona había sentido tal intensidad al verse reflejada en los iris de un hombre, mucho menos, percibir que su piel ardía con las atenciones que Abraham le prodigaba. Estaba perdida en un erotismo que nunca antes había vivido, obnubilada por su sutileza, por la ternura con que la trataba. Abraham era un experto seductor, no dudaba de ello, y a punto estaba de experimentar lo buen amante que, seguramente, era.

Sintió la puerta a su espalda, pero también el abrigo en el que se vio encerrada, y del que no tenía ninguna intención de salir, cuando Abraham se

pegó más a ella. Los labios masculinos dibujaron un camino de fuego en su cuello, que concluyó en su boca, la que, gustosa, lo recibió sedienta. Sus lenguas se perdieron en una danza armoniosa, en un baile donde ambos eran partícipes. Él no la invadía, degustaba cada centímetro de su interior de la misma forma en que ella lo hacía: despacio y con el anhelo de saber que tendrían toda la noche para desearse, para entregarse el uno al otro. Porque decir amarse era una palabra que aún no estaba preparada para ahondar otra vez.

Abraham se deleitó en su interior y no pudo evitar que a su mente le llegara el recuerdo del aroma de la vainilla mezclada con el café. Aquel sabor tenía algo especial, lo supo desde el mismo instante en que lo probó, cuando vagaba con la banda, en uno de los tantos clubes donde tocó. Y jamás, desde que se había separado de ellos, lo había vuelto a sentir como lo estaba haciendo en ese momento mientras besaba a Fiona.

La apretó contra la hoja de madera, rodeó más su talle y abrió para darles entrada en esa habitación que pronto conocería a otro hombre, porque él estaba dispuesto a que no fuera tan solo una noche la que pasara con ella, sino el resto de su vida. Después de años de andar sin rumbo fijo, por fin había encontrado su lugar en el mundo. Y ese no era otro que junto a Fiona.

Cerró dándole un puntapié a la puerta y se separó apenas de la mujer entre sus brazos tan solo para asegurarse de que ella estaba tan perdida como él por el deseo y la pasión que desbordaban por cada poro de su piel. Al constatar que así era, llevó las manos al interior de su camisa abierta y las deslizó desde los hombros para acompañar el descenso de la prenda con ellas. Su tez satinada lo atrajo cual imán y volvió a trazar un sendero de besos a la vez que las palmas se pegaban a la espalda de la mujer, pero no sobre la musculosa que llevaba, sino por debajo. La calidez y suavidad de su piel lo enloquecieron, no obstante, más lo hicieron las trémulas caricias que Fiona imitó para deshacerse de la ropa que él vestía.

Abraham se dejó hacer y pronto su torso quedó al descubierto. Un escalofrío se apoderó de su columna vertebral cuando los dedos de la hermosa mujer frente a él se apoyaron en su tórax. Se sintió como un animal siendo marcado, pues el fuego que dejaban sus yemas sobre él parecía el mismo hierro candente impregnándose en el cuero, aunque había una gran diferencia: recibía ese ardor con anhelo, con la satisfacción de saber que por ella se dejaría quemar una y mil veces.

Disfrutó de esas caricias por un breve lapso, pues quería que fuera Fiona la que más placer sintiera. La fortaleza que había visto en ella no era más que un muro para cubrir su interior, el que, poco a poco, fue descubriendo en sus gestos, en su actuar, en su forma de tratarlo. Ya había derribado una barrera; restaban un par más por hacer caer y estaba seguro de que lograría su cometido.

Buscó su boca y se fundió en un beso abrasador al tiempo que la rodeaba por la cintura y, con cuidado, la hacía ir hacia atrás. El borde de la cama detuvo su avance y, lentamente, la hizo tender sobre el lecho. Perfiló sus costados con las palmas y llegó al botón del jean gastado que tan bien se amoldaba a sus muslos. Jugueteeó alrededor del ombligo descubierto y, cual ratón escurridizo, metió las manos bajo la camiseta y fue en busca de los pechos de la mujer. Los senos de Fiona lo recibieron erguidos bajo el encaje, los masajeó apenas, constatando que tenían la medida justa para sus palmas, y deshizo el camino para encajar el borde de la prenda entre el pulgar y los dedos de tal forma de iniciar de nuevo el avance, pero, esa vez, para quitársela. La quería libre de obstáculos que le impidieran tener una visión completa y al desnudo de ella, pero sabía que debía ir con calma, por lo que aguardó para quitarle el sostén y se dispuso a continuar descendiendo hasta dar con el cierre del pantalón. La cremallera emitió un tenue murmullo cuando sus yemas se internaron a cada lado y acariciaron por debajo de la cintura.

El gemido que surgió de boca de Fiona lo incitó a no detenerse, a ahondar más profundo. Y así lo hizo, el índice delineó el borde de la braga de izquierda a derecha y viceversa. Podía sentir la respiración agitada de la mujer y el subir y bajar de ese abdomen surcado por unas leves cicatrices producto de los embarazos que había tenido. Acercó los labios y besó cada estría allí marcada. Su vientre había sido refugio para el milagro de la vida, y eso merecía que él le dedicara una atención especial.

Fiona sintió cada lamida, cada beso que él dejaba sobre su abdomen como si lo estuviera venerando, y no pudo evitar que unas lágrimas traicioneras salieran de sus ojos, pues jamás imaginó que tales líneas pudieran ser adoradas de esa manera. Era consciente de ellas y de lo que habían significado, pero ocultarlas se había convertido en una parte más de su rutina, no porque le molestaran, sino por el simple hecho de madurar al ser madre y dejar atrás a la adolescente que había sido.

Jadeó al notar que los besos de Abraham ascendían y que pronto uno de

sus pezones se vio encerrado nuevamente en su mano mientras que el otro era liberado del encaje para ser preso por esos labios que deseaba saborear otra vez. Enredó los dedos en el oscuro cabello y, osada, lo apretó contra sí para intensificar cada sensación sobre su cuerpo. Él la estaba enloqueciendo, la estaba llevando, poco a poco, hasta donde sabía que quería ir: a la cima más alta para caer juntos en el más exquisito de los placeres.

Tiró de él, lo miró a los ojos por tan solo un segundo y unió sus bocas para calmar su sed. Cuando percibió que el aire ya no le llegaba a los pulmones, se separó, conectó la mirada de nuevo y, en un acuerdo tácito, se quitaron las botas y el pantalón. Y se hubieran quedado en ropa interior mientras seguían el juego de seducción previo, pero Fiona no lo permitió; era tal la humedad en su centro de placer y la erección que pudo ver en él que se atrevió a despojarlo del calzón sin pudor alguno. Abraham respondió en consecuencia con las bragas y el sostén, y así, desnudos los dos, regresaron al abrigo del lecho — ella de espaldas, él quemándola con la mirada— y reemprendieron las caricias, los besos y el marcarse cuerpo a cuerpo.

Cada atención, cada mimo que se daban eran como notas musicales en un pentagrama, una sinfonía que tocaban manos con manos, piel con piel, boca con boca en una armonía entonada por gemidos y jadeos que no podían contener. Una vorágine melódica que los transportó a un solo instrumental donde ellos eran orquesta y espectadores al mismo tiempo.

Fiona no sabía cuánto había anhelado el tener a un hombre en su interior hasta que sintió la erección de Abraham subyugando en su entrada. Lento, cadencioso, precavido; iba a enloquecer si seguía así, por lo que se atrevió a levantar las caderas. La reacción fue inmediata: el glande se deslizó en su cavidad y ella le dio la bienvenida pasando los pies por detrás de sus rodillas.

Abraham comenzó a moverse de forma pausada, entrando y saliendo de ella a un ritmo medio, sin dejar de besarla, de mimarla, de acariciarla, pues él no quería una noche más de sexo en su vida, no. Él quería hacer el amor con Fiona, y lo haría tantas veces como esa mujer se lo permitiera.

Aumentó las embestidas, le lamió el cuello, el lóbulo de la oreja y volvió a atacar su boca en un beso que los catapultó al borde del abismo por el que ambos se dejarían lanzar a la brevedad. Sintió las uñas clavarse en su espalda, la respiración agitada de los dos y el mismo instante en que ella estallaba en un orgasmo al que él siguió tan solo un segundo después.

Satisfecho y feliz como nunca antes se había sentido, miró a Fiona para

grabar en sus retinas la imagen más bella que ella pudiera darle: los labios hinchados, las mejillas sonrojadas y el cabello revuelto sobre la almohada mientras sus ojos brillaban aún por el deseo y la pasión compartida. Le sonrió, le besó la punta de la nariz y se acomodó a su lado.

Aún con las emociones a flor de piel, Fiona se removió en la cama y, con cierto pudor, se levantó del lecho y fue directa al baño que, para su suerte, no estaba más que a unos pasos y en la misma habitación. Cerró la puerta tras ella, pegó la espalda a la hoja y, con lentitud, se dejó caer hasta que sintió el frío del piso de madera en su trasero. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y tuvo que taparse la boca para evitar que Abraham la escuchara sollozar. Todo su interior se debatía entre la felicidad que la embargaba por lo que acababa de vivir y la sensación de sentir que le había sido infiel a Richard. Y aunque a su mente le llegaron las palabras que le había dicho Claire, aceptar que otro hombre pudiera hacerla vibrar como lo había hecho Abraham no era tan fácil como parecía.

Se puso de pie y se acercó al lavabo; la imagen que se reflejó en el espejo la sorprendió sobremanera: hacía tiempo que no observaba en ella tal luminosidad en sus ojos, o las mejillas coloreadas por la pasión desatada, o el cabello desordenado y no precisamente por el viento. Abrió el grifo, dejó correr el agua por unos segundos, metió las manos bajo el chorro y se refrescó el rostro mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios y la calma, poco a poco, volvía a su cuerpo.

Abandonó el cubículo cubierta con una bata y observó al hombre en su cama, con las manos debajo de la cabeza, los ojos cerrados y la sábana cubriéndolo hasta la cintura. Fiona le agradeció en silencio, pues aún habiendo visto a Richard desnudo y el haber criado a un hijo varón, jamás se había acostumbrado a la libertad de andar sin ropa incluso en la soledad de su habitación. Creyendo que estaba dormido, buscó el camisón y las bragas, se vistió en silencio y se acostó como lo hacía todas las noches: de lado y con la vista hacia la ventana.

—Hubiera preferido que siguieras sin nada puesto —escuchó, de repente, la melodiosa voz de Abraham a su espalda, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando sintió que se movía y que le pasaba los dedos por el cuello para retirarle el cabello y besarla—. No puedo llevarte hasta la cima de nuevo en una misma noche, Fiona, ya no soy el joven de antaño, pero eso no quita que pueda pegarme a ti y que durmamos abrazados, sintiendo el perfume

y la calidez de tu piel, tu suavidad, tus curvas unidas a mi cuerpo.

Fiona apretó los ojos para contener las lágrimas, malditas gotas cristalinas que volvían a hacer notar su presencia, pues lo que menos imaginó fue aquello que él le estaba pidiendo. Sabía que hacía mal comparando a Abraham con Richard, pero no podía evitarlo, había compartido muchos años de su vida con un solo hombre, amén de que había sido el único también, y, con el tiempo, después de hacer el amor con Richard, él tan solo la besaba al finalizar, se aseaba y volvía al lecho para continuar con su lectura o, simplemente, para ponerse de costado y dormir plácido.

Si Fiona recordaba algunas noches en las que habían dormido acurrucados, uno al abrigo del otro, solo había sido en los primeros años de casados. Y la rutina, el trabajo, el rancho, los niños hicieron que lo fueran perdiendo con el tiempo. No se arrepentía; junto a Richard había vivido unos años maravillosos, pero era cierto que, en el amor, tenía que reconocer que nunca había sido tan valiente como aparentaba.

Tímida, giró y se encontró con los ojos de Abraham que la observaban con adoración. Y no emitió palabra alguna, tan solo le sonrió, consintió que él la apretara contra sí y se dejó llevar por el calor del cuerpo masculino unido a la danza de sus bocas besándose.

Como cada mañana, Fiona despertó al alba, sin embargo, esa vez, no lo hizo sola en el lecho, sino que a su lado, aunque casi tenía que decir pegado a ella, Abraham aún seguía dormido. Suspiró, cerró los ojos por un instante y no pudo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción. Parecía irracional que un hombre estuviera en su cama, pero así era y, la verdad, no se arrepentía en absoluto, aunque quitarse la culpa, aún sabiendo que no había hecho nada malo, le llevaría un tiempo.

Retiró la mano que descansaba en su vientre y, tratando de pasar desapercibida, se levantó y fue hasta la ventana. Amaba abrirla y que la brisa matinal la despejara a la vez que se deleitaba con los colores que brindaba el amanecer. Podían ser anaranjados, rosados o incluso grises los días en que las nubes no dejaban pasar la calidez del sol, pero no importaba, por nada cambiaría la vista de los campos del rancho que parecían perderse a lo lejos.

Inspiró profundo para llenar sus pulmones del aire fresco de la mañana y lo soltó con lentitud mientras despejaba su mente. Difícilmente lo logró, pues los brazos que la rodearon y el mentón del hombre a su espalda sobre su hombro le hicieron sentir que las mariposas en su estómago despertaban al igual que ese día que recién comenzaba.

—Eres madrugadora —susurró Abraham en su oído.

—Una costumbre adquirida desde hace mucho tiempo —respondió, y se animó a colocar las manos sobre las de él mientras el cantar de los pájaros los envolvía y los primeros rayos de sol se asomaban.

Fiona se dejó llevar por la calma del momento, por la calidez del cuerpo de Abraham, por las caricias que, de forma inconsciente, le hacía con la yema sobre su pulgar. Estaba inmersa en ese mar de emociones y sensaciones cuando la puerta se abrió de repente y Brendan apareció tras esta.

—Mamá... —la nombró, pero al ver que no estaba sola, se silenció. Su gesto, que parecía haber mudado de la alegría al enfado, no pasó desapercibido ni para su madre ni para Abraham, sin embargo, no les permitió que dijeran nada y, tan efusivo como había entrado, cerró dando un portazo.

Fiona pudo oír los pasos apresurados de su hijo bajar las escaleras e, incluso, el golpe que había dado al salir de la casa. No sabía si ir tras él y explicarle algo que ella estaba empezando a entender apenas, si dejarlo que rumiara solo los hechos o intentar hacer como si nada hubiera pasado, preparar el desayuno y comenzar su día como cualquier otro. Optó por hacer eso último, se deshizo de los brazos que la rodeaban y, casi como una autómatas, comenzó a vestirse.

—Fiona —la llamó Abraham, pero ella negó con la cabeza y bajó la vista para que no viera cuánto la afectaba la situación.

Abraham se le acercó, se agachó para estar a su altura, puesto que se había sentado en el borde de la cama para ponerse las botas, y la tomó de las manos.

—En cierta forma, Brendan intuyó que tú... que yo... —dijo ella, y se tapó el rostro de la vergüenza.

—¿Que tendríamos una amena conversación toda la noche, ambos sentados en el porche, como dos ancianos? —se atrevió él a bromear. Fiona lo miró y no pudo evitar sonreír—. Imagino que no debe de ser nada fácil para él ver a su madre con otro hombre, pero va a tener que acostumbrarse, cariño, porque a menos que tú me echas, no me iré a ninguna parte. —La besó en los labios y se puso de pie—. Ve preparando el café, que yo me ocupo de buscar los

huevos. —Y, sin más, desapareció tras la puerta del baño.

Asombrada por sus palabras, Fiona tan solo atinó a posar sus manos sobre el pecho para tratar de aquietar su corazón, el que se había acelerado por lo que Abraham acababa de decirle.

Se terminó de vestir, se trenzó el cabello y dejó la habitación mareada por los sentimientos que la embargaban. Deseó hallar a Brendan en la cocina como el mismo día en que la sorprendió con su presencia, pero solo vio la mesa vacía. Sabía que su hijo necesitaba rumiar los hechos a solas, así que no le quedó otra opción más que darle el espacio para que así lo hiciera; quizás, con el correr de las horas, se animara a buscarlo para intentar hablar con él y que le contara lo que intuía que había querido ir a decirle para entrar a su habitación como lo había hecho.

Y el día transcurrió sin más, con los quehaceres diarios del rancho y con la notoria alegría de Peter al comprobar que Abraham, aunque disimuladamente, le robaba un beso a Fiona cada vez que podía. De Brendan no supieron nada hasta entrada la noche, cuando Fiona estaba lavando los trastos mientras Abraham los secaba y los ponía cada uno en su sitio.

Fiona observó a su hijo antes de entablar una conversación con él. Al igual que lo había hecho Richard innumerable cantidad de veces, Brendan tomó una ramita de la hierba de las macetas apostadas en el porche y se la llevó a la boca para mordisquearla, con la vista perdida en el horizonte, los brazos sobre la barandilla y una pierna cruzada por delante de la otra. Quería salir y hablarle, pero estaba segura de que no le prestaría atención, de que sus palabras sonarían tan huecas como un tronco comido por las termitas.

—Yo lo intentaré —le dijo Abraham a su espalda, como si hubiera escuchado sus pensamientos, y ella asintió en silencio.

Fiona lo vio abrir la puerta con seguridad, con la confianza de quien tiene años de experiencia, y colocarse al lado de su hijo. Podía quedarse allí y oírlos, pero sabía que ambos debían hablar de hombre a hombre, como tantas veces lo había hecho Brendan con su padre, por lo que dio media vuelta y se retiró a su habitación.

Abraham se apostó sobre la baranda, entrelazó los dedos de las manos y observó la negrura de la noche. Los grillos emitían un arrullo que cortaba el silencio entre él y Brendan, que había demostrado indiferencia con su presencia.

—Dicen que es difícil que los hombres reconozcan sus sentimientos —

comenzó diciendo—, no obstante, yo difiero. Nunca, en lo que llevo de vida, escondí lo que siento, y estoy seguro de que te has dado cuenta de ello. Guardarlos dentro, a la larga, termina por corroernos cual hierro expuesto a las lluvias, al viento y al sol.

—Mi padre decía algo parecido —aunque hosco, Brendan le respondió.

—¿Y eso te molesta?, ¿que me parezca, en cierta forma, a él?

—Tú no eres como él —soltó, y Abraham no supo si lo había hecho con rencor o, sencillamente, enojado.

—¿Entonces?

Oyó a Brendan soltar aire y, de refilón, notó que se quitaba el palillo de la boca para hacerlo girar entre sus dedos.

—Supongo que me acostumbré a sus charlas, a que siempre tuviera las palabras justas que me ayudaran a salir adelante. Hoy las necesito más que nunca.

Abraham pudo notar nostalgia en su voz.

—Mi intención no es ocupar el lugar de nadie —dijo—, tampoco llenar el vacío que dejó tu padre, Brendan. Sé que no es fácil ver a tu madre con otro hombre que no sea él, sin embargo, si ella me acepta, tendrás que acostumbrarte a que yo esté en su vida, pues nada podrá impedirme que me quede a su lado.

—¿La amas?

—Como jamás creí que podría hacerlo. —Se mantuvo en silencio por unos segundos, reafirmando en su interior aquello por lo que estaba completamente seguro—. Pero presumo que no es eso lo que te inquieta, ¿cierto?

Brendan lo miró de costado, negó con la cabeza, volvió a mordisquear la ramita y se quedó pensativo.

—No dejé Nueva York tan solo por venir a visitar a mi madre. Más bien escapé porque me asustó la propuesta de Megan, la mujer con la que llevo saliendo hace unos meses, de ir a vivir juntos.

—¿La amas? —le preguntó como él lo había hecho antes.

—Como jamás creí que podría hacerlo —repitió su respuesta.

—No creo que Megan haya quedado muy contenta con tu huida, por lo que asumir las consecuencias de tus actos es el primer paso que debes dar. —Lo vio encogerse de hombros—. No soy quien para dar consejos, puesto que nunca me establecí en ningún sitio, mucho menos para decirte lo que deberías hacer. No obstante, considero que seguir evadiéndote no es la mejor de las

opciones.

—Lo sé —reconoció Brendan, que tiró el palillo y se apartó de la baranda con la intención de entrar en la casa. Sin embargo, antes de hacerlo, le agradeció al hombre que se mantenía en la misma posición en la que había estado él y que le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Fiona se perdió en los colores anaranjados y violáceos que le brindaba el atardecer de esa tarde primaveral. Sentada al pie de la escalerilla del porche, rememoró los acontecimientos de los días pasados: Brendan contándole su temor a irse a vivir junto a la mujer a la que amaba, su partida al dejarlo en el aeropuerto después y el sentir los brazos de Abraham, los que la rodearon en ese mismo instante también, cuando lo vio alejarse para tomar su vuelo. En menos de un mes, su vida había dado un giro que jamás hubiera imaginado.

Se dejó cobijar por la calidez que le brindaba Abraham y apoyó la cabeza en su hombro al tiempo que inhalaba profundo para captar el perfume del hombre al que ya había comenzado a acostumbrarse.

Abraham la encerró con sus brazos y, como amaba hacer, le desarmó la trenza y enredó los dedos entre los cabellos. Con parsimonia, la fue acariciando mientras acercaba más y más la boca al cuello de la mujer. Un beso tras otro fue el camino que dejó hasta llegar a los labios de Fiona para fundirse con ellos. El arrullo de los grillos, las estrellas que comenzaban a hacerse presentes en el cielo y la suave brisa los envolvieron como la misma melodía que sonaba en su cabeza y que quería susurrarle en la intimidad. Sin darle tiempo a nada, la tomó por debajo de las rodillas y de los hombros y la levantó con una agilidad que lo sorprendió hasta a él mismo.

En la habitación, tras deshacerse de la ropa, dedicándose más caricias y besos, Abraham entró en ella y, mientras le cantaba bajito y al oído, la hizo vibrar como la primera vez. Fiona no pudo evitar que las lágrimas surcaran sus mejillas, pues cada palabra que él entonaba se asemejaba a la vida de ambos antes y después de encontrarse. No obstante, lo que más le llegó al alma fue saber y sentir que solo ella era la mujer que podía amar a Abraham de esa manera.

Entre dos amores: *Intro*

Victoria Aihar

*A todos los que aman sin medida, dándolo todo,
sin guardarse nada.*

2017

—Hola...

—¡Hola, Fran!, ¿cómo estás? —Casi no pudo disimular la alegría que le provocaba escucharlo.

—No me preguntes nada, estoy viajando para allá, ¿podemos escaparnos a un lugar tranquilo?

—¿Qué pasa?

—Ahora no, por favor, después hablamos. ¿Podemos irnos a algún lado donde nada ni nadie nos encuentre?

Sabrina le había prometido que siempre estaría cuando él la necesitara. No era normal que pasara tantos días sin responder un solo mensaje o email, así que, cuando recibió esa llamada, enseguida supo que algo estaba mal.

—¡Claro! —respondió pasando el celular de una oreja a la otra—. Gabriel está de viaje, podemos ir a la costa o al campo.

—Campo... Llego mañana —aseguró raudamente—. ¡Gracias, Sabri!

—Pasame luego el horario, ¿ok?, así te espero en el aeropuerto y seguimos camino. —Sabrina hizo una pausa, escuchó un suspiro de fondo y agregó—: Fran... va a estar todo bien, lo sabés, ¿no?

—No, no lo sé, por eso necesito alejarme de acá y verte. Te extraño mucho.

—Yo también te extraño, me preocupaste estos días...

Ella sabía que eso sonaba a reproche y, a pesar de que hacía ya un tiempo se había propuesto no hacerlo o preocuparse demasiado por lo que sucedía en esa otra parte del mundo, muchas veces fracasaba estrepitosamente.

—Perdón, no fue mi intención —dijo casi murmurando—. Te quiero, Sabri. Nos vemos mañana, ¿sí?

—Ok, que tengas buen viaje... Te quiero —terminó diciendo a un volumen apenas audible.

Sabrina era una mujer casada, escultora y docente, miembro de varios talleres y, en alguno de ellos, impartía clases virtuales y presenciales. Le pagaban muy bien, sobre todo cuando debía viajar; así que podía decirse que vivía de la docencia y no de su arte.

2014

—¡Sabri! ¡Tengo mi primera exposición y quiero que vos estés ahí! —dijo Celeste ni bien apareció la imagen de Sabrina en la pantalla de su computadora.

—¡Qué felicidad, Cele! ¡No sabés cuánto me alegro! Yo sabía que te iban a dar el espacio en esa galería, esa colección es genial y me siento muy orgullosa de vos y de tu trabajo.

—Sé que te alegrás, y esto no hubiera sido posible sin tu tutoría, así que te necesito para que hagas la presentación.

—No creo, Cele..., han sido meses agotadores por tantos viajes, estoy pensando en tomarme un tiempo y volver el año que viene con la energía renovada, hace mucho que no me voy de vacaciones.

—¡Te voy a buscar, Sabrina Cáceres! Además, pueden ser vacaciones, solo será la noche del veinticuatro de mayo, el resto es descanso, lo prometo.

—Dejame evaluarlo, ¿sí? Pasame luego toda la info por mail así la tengo y me organizo, en esa fecha Gabriel todavía estará de viaje, así que no será posible verlo como vacaciones, al menos no en pareja.

—Pensalo... también te va a venir bien, ¿cómo están?

—Estamos bien, Gaby viaja mucho, yo también, lo normal.

—No lo pienses mucho, nena, ¡venite! —Hizo una pausa y continuó—: Sin excusas.

La escultora era de esas mujeres poco impulsivas, incluso, a primera vista era clásica y moralista, aunque estaba muy lejos de serlo, en esencia era un espíritu libre y curioso. Le costaba mucho decir que no, así que tenía la reputación de ser la reina de las excusas.

«Ya pensaré qué decirle llegado el día», se dijo.

Ya lo había decidido, no iría, no porque Celeste no lo mereciera, sino porque realmente odiaba esos eventos y más si ella era la que tenía que, de alguna manera, presentar a la artista; amaba la docencia, no las relaciones públicas. Una de las causas por las que dejó de exponer había sido esa, lo definía como una incapacidad.

Sabrina quedó inerte en el cómodo sillón de su living; ya empezaba a refrescar, así que se estiró para cubrirse con la manta que le había tejido, en crochet, su abuela hacía ya tantos años.

Recordó, como siempre, las manos que le enseñaron a trabajar la arcilla, a usar el cincel y el mazo o el raspador para el bronce. Esas manos fuertes que podían dar duros golpes a una piedra tanto como dulces caricias a una delicada masa para hornear galletas.

Con una sonrisa en su rostro, fue a servirse una copa de vino para retomar una serie que había logrado engancharla y sacarla del taller, fue ahí cuando escuchó la notificación de un inbox de Facebook en su celular. Miró el reloj, eran las once de la noche, se sentó con las piernas cruzadas sobre el otomano y leyó el mensaje.

Franco: ¿En qué andás?

Sabrina sonrió.

Sabrina: Por servirme una copa de vino, ¿vos?

Franco: Por terminar la botella.

Sabrina: ¡Ya lo creo!

Franco: ¿Venís a la expo de Celeste?

Sabrina: No creo... Bah, en realidad no.

Franco: Claro, “la reina de las excusas”. Yo voy y ¡quiero conocerte en persona de una buena vez!

Sabrina: No sé, Franco. Ya te dije que este tipo de eventos me dan pánico escénico. Dame un momento que voy por mi copa.

Franco: Ok.

Franco era colega de Sabrina, lo suyo era la teoría y se sabía bueno en eso, pero muy pocas veces se sentía en confianza como para mostrar sus obras a alguien. Sin embargo, con ella se sentía diferente, le inspiraba tranquilidad y, por qué no decirlo, una curiosidad que lo abrumaba. Admiraba el trabajo de la escultora, también su sencilla forma de ser y lo cautivó su frescura.

Un año antes, Franco estaba pasando por un momento muy depresivo y Sabrina le había enviado un mensaje con una pregunta que lo hizo reflexionar acerca de su vida.

«¿Sos feliz, Franco?».

Ella no sabía qué la había motivado a escribirle, no lo conocía, había hablado pocas veces con él, pero algo la impulsó a preguntarle eso, aun cuando siempre se vanaglorió en ser alguien racional y hasta calculadora.

Cuando Franco leyó ese mensaje, su primer impulso fue increparla por tamaña desfachatez. «¿Quién es ella para hacerme ese tipo de preguntas? ¿Cuándo le he dado esa confianza?», pensó. Cerró su computadora, le clavó el visto y se fue a dormir.

Los días pasaron y Sabrina había asumido que ya no le respondería, tampoco se había puesto a pensar en lo poco ubicada que había estado, después de todo, él parecía ser una persona de mente abierta. «¡Obviamente no lo es! ¡No fue para tanto!», se dijo y olvidó el asunto, pero Franco no, esa pregunta lo atormentó día y noche durante varias semanas. ¿Por qué se había molestado tanto? Él era así de descarado y, de alguna manera que no podía explicar, entendió el motivo de su enojo.

Ella lo había visto más allá, había descubierto su secreto, sabía qué sentía y cómo sentía; se consideró desnudo y vulnerable ante ella, así que abrió su computadora y le respondió.

«NO».

Ella no pudo disimular la sonrisa en su rostro cuando vio de quién se trataba la notificación del mensaje. En ese momento, estaba en una reunión de

amigos y no quiso responder, aunque sus dedos le picaban por hacerlo.

Luego de eso, sus charlas se hicieron más profundas e íntimas. Pensaban y sentían casi de la misma forma, era como haber encontrado a su otro yo en otro lado. También peleaban, puesto que era como estar frente a un espejo.

Viajó, finalmente, a la exposición de Celeste, quien la pasó a buscar por el lugar pactado para llegar juntas al evento y poder conversar en el camino.

Eran amigas y colegas desde hacía muchos años, Sabrina había sido su docente y, a partir de ahí, se había generado una linda amistad, aun cuando las separaban demasiados kilómetros.

Llegaron a la galería y todo estaba perfectamente dispuesto, los invitados iban llegando y ambas amigas estaban muy ansiosas. Celeste comenzó a saludar y conversar con los asistentes, Sabrina se ubicó estratégicamente en un rincón solitario y escondido, mirando hacia la puerta; quería verlo llegar.

Cuando la sala estuvo colmada, la protagonista de esa noche buscó incansablemente a su amiga, pues ya era la hora de comenzar la parte formal de la velada. Allí la encontró, taciturna y arrinconada.

—¡Sabri! ¡Te estoy buscando hace rato!

—Perdón... estoy muy bichito, me siento ahogada en estos eventos. Dame cinco minutos y voy para ahí.

La realidad era que, además de sentirse ahogada, esperaba ver a Franco y él no parecía que fuera a honrarlos con su presencia.

Tomó un sorbo de agua, respiró hondo y se dirigió al pequeño estrado que se había dispuesto para la ocasión, donde aguardaba Celeste.

—¡Amigos! ¡Quiero agradecer a cada uno de ustedes por acompañarme este día tan especial y ansiado por mí! Tengo el honor de que también me acompañe alguien muy querida y que pocas veces podemos contar con su ilustre presencia. ¡Con ustedes... la escultora uruguaya, Sabrina Cáceres!

Extrañamente se sintió cómoda, la presentación fue todo un éxito, el trabajo era brillante y su técnica era perfecta, por lo que se sentía muy orgullosa de su amiga, antes alumna.

Estaba abstraída, observaba una de sus obras favoritas, cuando alguien le extendió una copa.

—Finalmente...

Tomó la copa, se contemplaron, sonrieron y así se dijeron todo. La química era evidente y, en ese momento, se hizo tangible.

Hablaron y rieron como si se hubieran visto el día anterior, nada hacía parecer que era la primera vez que estaban *face to face*. Terminaron la noche, ya muy entrada la madrugada, sentados en una cafetería del centro de la ciudad, hablando sobre la inmortalidad del cangrejo.

Él la acompañó hasta el departamento que tenía en Buenos Aires para cuando debía viajar a dictar talleres; caminaron juntos, se acercaba el momento de la despedida y ninguno de los dos quería que esa noche acabara. Sabrina abrió la puerta del edificio y Franco, sin mediar palabra, la besó.

—Abrazame... —pidió ella, y él le abrazó el alma.

Aquel beso y aquel abrazo en el *lobby* del departamento cambió sus vidas, para siempre.

2017

Franco llegó al departamento en el que vivía desde hacía más de un año con Florencia. Se habían mudado a Costa Rica como parte de la promoción laboral de ella. Luego de mucho conversarlo, finalmente lo hicieron, suponiendo, además, que eso mejoraría la relación.

Ella estaba sentada en una banqueta de la isla de la cocina con su computadora, donde acostumbraba a estar cuando se encontraba allí. Levantó la vista de la pantalla y sus miradas se cruzaron. En la de ella había tristeza. En la de él: culpa y hastío. Ninguno dijo nada, ninguno sabía ya qué decir.

Siguió a su habitación, armó un pequeño bolso, guardó su computadora en la mochila, se sentó a los pies de la cama y miró a su alrededor. Pensó en Sabrina y en la mujer que acababa de ver en la cocina, se sentía miserable y volvía a su cabeza aquella pregunta que había iniciado todo hacía ya algunos años:

«¿Sos feliz, Franco?».

No, no lo era desde hacía cinco años y no lo estaba siendo en ese momento. Odiaba sentirse así, por eso había tomado esa decisión. Sacó su chaqueta de cuero del vestidor y salió de la habitación.

Florencia estaba de espaldas, había comenzado a preparar la cena, su cabeza era un torbellino, él no hablaba con ella y ella no sabía cómo acercarse a él. Franco dejó sus cosas de costado a la puerta y se arrimó para despedirse, sabía lo que sucedería: llanto, promesas, victimización, más llanto, reproches, enojo, rompería algo de la vajilla y finalmente lo insultaría; sabía cómo y en

qué orden se daría todo, sabía qué diría y hasta con qué tono y ritmo lo haría.

Y así fue, casi milimétricamente, como un libreto que ya sabía de memoria. No dijo nada, ¿para qué? Tomó sus cosas y se fue, ya no era el tiempo de las palabras.

Sabrina amaneció, como todas las mañanas en las que Gabriel estaba de viaje, con su voz en el teléfono.

—¡Buen día, Gaby!

—Buen día, princesa. ¿Cómo dormiste?

—Bien, ¿vos?

—Bien, planificando el día...

—¿Muy complicado? ¿Está Ornella?

—Un verdadero infierno de reuniones y negociaciones, pero no te voy a aburrir con eso... Orne llega mañana. ¿El tuyo cómo se prepara?

—Me voy para el campo en un rato... solo tengo que decirle a mi cuerpo que se levante de la cama —dijo, desperezándose, al tiempo que escuchaba un resoplido de fondo.

—Tené cuidado, ¡por favor!

—¡Ay, Gaby! Nací arriba de un caballo, arreando ganado y esquilando ovejas... Te recuerdo que yo te enseñé a disparar un arma y a carnear un animal. No me hagas sentir una inútil solo porque ahora vivo en tu castillo de cristal, ¡te lo pido por favor!

—Nuestro castillo, en todo caso —aclaró, enfatizando el «nuestro»—, y lo sé, pero me conocés y me da miedo que estés sola.

—Por eso mismo... y quedate tranquilo que no voy a estar sola.

—Sabri..., voy a estar llegando a mediados de la semana que viene, ¿creés que podemos irnos a la costa y conversar?

—Sí, claro... —Sabrina no preguntó de qué, ya lo intuía—. Nos hablamos más tarde o mañana, ¿sí?

—Claro, cuidate. Besos.

—Besos.

Gabriel conoció a Sabrina quince años atrás y fue lo que habitualmente llaman «amor a primera vista», en una de sus últimas exposiciones. Él escudriñaba una de sus obras, ceñudo, algo lo tenía molesto y ella, curiosa como siempre, tenía que saber qué era.

—Un horror, ¿verdad? —declaró ella.

Él la miró de soslayo, tenía una copa de vino tinto en su mano, dio un pequeño sorbo y respondió:

—Yo lo encuentro exquisito... si es que te referías al vino.

—El vino está exquisito, pero me refería a esta pieza —dijo ladeando la cabeza de un lado al otro—. ¿Qué habrá querido hacer el artista?

—A decir verdad, estoy entre fascinado y horrorizado.

—Ajá... Yo estoy decididamente horrorizada, ese trinchador saliendo de... allí... —Hizo un gesto actuado de consternación y lo miró para ver su reacción.

—Interesante...

Discutieron por casi una hora acerca de los diferentes ángulos y aspectos de aquella obra hasta que, sin darse cuenta, alguien se acercó a ellos.

—Disculpen la interrupción, Sabri, hay un interiorista que quiere hablar con vos por dos piezas. Gabriel, te la robo un momento.

—¿Sabrina? ¿Sabrina Cáceres?

—Ajá... —Se sonrió a sabiendas de la picardía que acababa de hacer.

El rostro de Gabriel se transformaba de asombro a admiración, segundo a segundo. No pudo más que reírse por la osadía de la joven.

—Espero volver a tener la oportunidad de una charla tan amena e ilustrativa.

La curadora de la galería de arte tironeó de ella y se alejó, pero ninguno de los dos pudo despegar la mirada del otro el resto de la noche, adonde iba uno, lo seguía el otro; miradas directas e indirectas jugando al gato y el ratón.

Encendió un cigarrillo y tras una calada escuchó la voz de Gabriel que hacía lo mismo en la oscuridad de la salida trasera del depósito.

—¿Buscando algo de paz?

Ella se sobresaltó, había pensado que se habría ido y eso la había defraudado un poco, pero allí estaba.

—Así es... es abrumador, detesto estos eventos.

—¿Es por eso que no te presentaste como la artista? ¿Te divertiste un rato a mi costa?

—Es de la única manera en la que puedo tener un respiro y no pasarla tan

mal, encontrar algún incauto que no me reconozca y así poder relajarme un rato —rio—. Generalmente la diversión termina como hoy, lamentablemente.

—Al igual que con tu obra, no sé si estar horrorizado o fascinado, creo que también la segunda.

—¿Quién es Gabriel?

—Mmm... No me parece que la oscura salida trasera de una galería de arte sea el lugar adecuado para esta conversación.

—Obviamente Gabriel es un hombre clásico y galante.

—Depende... —dijo con voz seductora— mañana en la cena podrás descubrirlo.

—Mañana tengo una cena pautada con alguien del gobierno, un tedio total...

—¿Quién es el gato y quién el ratón? —preguntó victorioso, aplastando la colilla de su cigarrillo—. Mañana. —Le besó la mejilla y entró al salón para despedirse de la curadora y marcharse. Su chofer ya lo esperaba en la puerta.

Sabrina quedó estupefacta, recién acababa de caérsele la última ficha.

2017

Tras darse una ducha, Sabrina tomó la camioneta y condujo al aeropuerto; el aterrizaje había sido puntual por lo que, pocos minutos después, Franco atravesaba la puerta de arribos.

Lo vio de lejos y lo notó demacrado, hizo un esfuerzo sobrehumano por no correr a su encuentro, para abrazarlo y besarlo. Para ella era claro que ese no era un fin de semana romántico, sino que, más bien, le estaba tirando un salvavidas por la borda. Incluso, por un momento, se le pasó por la cabeza que fuera la hora del adiós definitivo, pero cuando él la vio y le sonrió, se dio cuenta de cómo se le iluminó el rostro a aquel hombre que, soltando el pequeño carro con su escueto equipaje, la abrazó tan fuerte que ella creyó que la desarmaría.

—Te extrañaba tanto —le dijo y la besó primero en la frente inhalando fuertemente su aroma, y luego profunda y apasionadamente en los labios.

No era el mejor lugar, cualquiera podría verlos, pero su aliento y su sabor hicieron que se le aflojaran las piernas, si la o lo soltaba, se caería. Él lo supo y no la dejaría caer.

Tras unos minutos que supieron a poco, deshicieron el abrazo y se

encaminaron hacia la salida.

—¿Cómo estuvo el vuelo?

—Bien, supongo. Tomé una pastilla para dormir, hacía muchos días que no dormía. Estoy muy cansado.

Sabrina abrió la puerta del maletero, él guardó allí su equipaje y cada uno se sentó en una butaca ajustándose el cinturón de seguridad para emprender el camino hacia la casa de campo.

—Llamar Carmelo —dijo tras salir del aeropuerto, accionando un botón en el volante.

—Aló.

—Hola, Carmelo, ¿cómo está?

—Bien, bien, ‘mija. Dichosas las orejas que la oyen —Sabrina rio, sabía que le diría eso.

—Estoy yendo para allá, Carmelo. ¿Puede prender las estufas, dejar leña apilada, perderle a Rosita que prepare los dormitorios y que deje algo para comer? Llegaremos después del mediodía.

—¡Claro, ‘mija! ¿Asadito p’al señor?

—No, Carmelo, el señor está de viaje, voy con amigos.

—Será un placer recibirlos.

—No se preocupe, vayan para la casa de la playa, pasen una semana allá, a Rosita le va a venir bien el aire de la costa.

—¡Gracias, gracias, ‘mija!

—Y... Carmelo... déjeme las llaves de la despensa. ¿Hay algo en el freezer?

—Sí, carneamos hace quince días, está enllenito y ya le digo a Rosita que le deje provisionada la alacena y la heladera.

—Gracias, disfruten, ahora le aviso a Enrique que van para allá.

—¡Gracias, ‘mija! No corra en esa camioneta que yo a uste’ la conozco.

—Tranquilo, buen viaje, dele un beso de mi parte a Rosita y a Juana. — Cortó la llamada desde el mismo botón del volante y volvió a presionarlo para llamar al casero—. Llamar Enrique.

—Sabrina, ¿cómo estás?

—¡Lola! ¡Qué lindo escucharte! ¿Cómo estás?

—Bien, bien, acá, visitando a los viejos.

—Genial, ¿cuánto tiempo te quedás?

—Solo el finde...

—¡Ah! ¡Qué pena! Avisá con tiempo la próxima y me escapo a verte. Escuchame, podrás avisales a tus viejos que van Carmelo, Rosita y Juana para allá a pasar unos días. Quiero que descansen, que no los dejen hacer nada, ¡por favor!

—Difícil, Sabri, vos sabés lo que son ese par cuando se juntan, pero la van a pasar bien.

—No tengo dudas, tengo que colgarte que estoy manejando. Te mando un beso y ¡volvé pronto!

—En un par de meses, prometo avisarte. ¡Besote!

Franco la miró, admiraba el don de gentes que tenía, el trato humano con los mayores y con el personal de servicio.

—¡Listo! Todo arreglado. —Puso sexta y aceleró en la ruta.

—Todos te adoran y puedo entenderlos.

—¿Querés recostar el asiento y dormir un poco?

—¿Por qué habría de querer hacerlo? —dijo poniéndose de costado para poder mirarla mejor.

—No sé, como no tenés ganas de hablar y estás cansado...

—No viajé nueve mil kilómetros para dormir en el auto, bolu, no quiero hablar de eso ahora, ya habrá tiempo, eso no quiere decir que no podamos hablar de otras cosas.

No sé para qué viajaste, en realidad, pensó.

—Ok, hacé algo... ocupate de la música y contame lo que tengas ganas de contarme —el chico sonrió y buscó algo que sabía que ella tendría, pues compartían los gustos musicales.

El viaje transcurrió con algunas charlas, cánticos y algunas risas seguidas de largos silencios con fondo musical.

—Te comparto datos, la contraseña es mi fecha de nacimiento —le dijo cuando vio que Franco sacó su celular.

—Gracias... es que...

—No tenés que explicarme nada —dijo sinceramente.

—Lo sé y esa es de las tantas cosas que amo y odio de vos... en partes iguales.

En partes iguales, repitió ella para sí. ¿Es que acaso no sabía él el alcance y profundidad que tenían en ella esas palabras?

Hicieron una parada para recargar combustible, comprar café para el camino y algunas botellas de vino, Sabrina no era amante del vino casero que

fabricaba Carmelo y estaba bastante segura de que Franco tampoco lo sería. Rosita conocía perfectamente sus gustos, así que la alacena estaría repleta de productos para cocinar a sus anchas, algo que disfrutaba muchísimo en ese lugar.

Cerca del mediodía llegaban a la casa bajo un diluvio que empapó a Franco al bajarse a abrir el portal de entrada del patio andaluz. Al abrir la puerta de la casa el calor del interior los abrazó y el aroma de una deliciosa comida les abrió el apetito.

Sabrina fue a buscar una toalla, se miró al espejo y ató su cabello en una cola de caballo alta.

—Si quieres darte una ducha caliente, en la tercera puerta a la izquierda hay una habitación con baño —sugirió entregándole la mullida toalla azul con aroma a lavanda y romero—. Voy a ver qué dejó Rosita para comer, ponete cómodo.

Franco estaba de pie en medio del living, el crepitar de la leña y su calor, sumado a la mojadura y el cansancio del viaje lo habían agotado. Dejó su mochila y bolso en el suelo, tomó la toalla y se secó el rostro y el cabello.

—Voy a...

—Tercera puerta —gritó desde la cocina.

—Gracias.

Levantó su equipaje y se dirigió por el pasillo hacia donde le había indicado, cerró la puerta tras de sí y apoyó su espalda en ella. La habitación era simple y rústica, algo con lo que raramente él se sentía cómodo. La sintió tan cercana y tan Sabrina que, por primera vez en muchos meses, se sintió en casa.

Colocó un leño en la estufa del dormitorio y frotó sus manos acercándolas al fuego, vio en el rincón un gran busto de madera que sabía que había sido tallado por su abuela. Verlo con sus propios ojos superaba la impresión que se llevó cuando por primera vez Sabrina le mostró fotos. Aquel caballo parecía vivo, la expresión de sus ojos, el detalle de las crines, era impactante.

Se sentó en la cama, era cómoda y deseó que no fuera en la que Sabrina y Gabriel hacían el amor, se negaba a imaginarla haciéndolo con otro hombre.

Recordó la última vez que habían estado juntos, lo intenso que había sido para ambos y lo mal que la había pasado a partir de ese momento.

Se recostó, abrazó la almohada y, con su perfume, no pudo evitar recordarla desnuda sobre él, montándolo. Recordar el bamboleo de sus pechos

pequeños, pero perfectos, entrecubiertos por las largas y ondeadas hebras cobrizas de su cabello, por entre las que asomaban sus pezones rojizos y excitados por el esmerado mimo de su boca.

Recordó sus gemidos y eso lo enardeció, recordó lo apretado de su sexo, su delicioso sabor y la perfecta sincronía de los movimientos de sus cuerpos, hacer el amor con ella era magia pura.

Se encontró agitado y excitado, con su sexo húmedo y erecto, necesitaba tocarse, pero no sería allí. Le gustaba hacerlo en la ducha, sentir el agua recorriendo su cuerpo, lo asimilaba al aura que ella proyectaba y con la que lo envolvía, mientras se masturbaba pensándola.

Se incorporó, se desnudó y fue a la ducha. La bañera con patas de bronce ubicada en medio de aquella habitación inmaculada llamó su atención.

«Quizás en la noche», pensó y giró el grifo que supuso abriría la gran roseta.

El baño le resultó delicioso, se colocó sus jeans y se recostó nuevamente en la cama.

—Fran... si estás listo, sirvo la comida —dijo a través de la puerta.

Él se sobresaltó, estaba lejos, muy lejos, recordándola, pero la dulzura de esa voz, era la misma que le acababa de decir en ese recuerdo, que era suya.

«Tuya, soy tuya, Franco».

Pestañeó fuerte, se tomó unos minutos para recomponerse y salió.

Sabrina encontró en el horno la comida, agregó un poco de leña a la antigua cocina de hierro fundido y aderezó la ensalada que Rosita le había dejado preparada en la heladera. Tendió la mesa en el living, puso algo de música que sabía que le gustaría a Franco, se sirvió una copa de vino y fue a llamar a Gabriel que estimaba que ya estaría cenando.

—¡Hola, Gaby!

—¡Hola, Sabri!, ¿cómo estás?

—Bien, acá en el campo, por almorzar... hermoso como siempre. ¿Vos en qué andás?

—En el lobby del hotel esperando que nos recojan para la cena. ¿Vos?

—Me serví una copa de vino, Carmelo prendió las estufas y Rosita dejó preparado algo rico para comer, así que voy a ir al taller más tarde o dormiré o leeré o tal vez prepare las galletas de mi abuela o, simplemente me quedaré mirando el fuego... todavía no lo sé.

—Igual que siempre, mi indecisa preferida. ¿Estás sola?

—No, estoy con Franco. Carmelo y Rosita están en la costa con Juana.

—Ah, me quedo más tranquilo entonces, ¡pasalo lindo!

—No es un encuentro pautado...

—¿Cómo? ¿Está todo bien?

—Sí, yo sí, él no lo está. No sé qué le pasa, todavía no hemos hablado, pero no voy a dejarlo solo.

—Lo entiendo... sí.

—Lo sé.

Sabrina se despidió, no sin antes decirle que disfrutara junto a Ornella.

Y era cierto, no había hipocresía allí. Para ella había sido toda una revelación el planteo de un matrimonio abierto que le había hecho Gabriel desde el inicio, ella sabía lo que él sentía por ella, pero también sabía que él necesitaba otras pieles, Ornella no era la primera relación de Gabriel, aunque sabía que esa era diferente a las demás, la amaba y eso, al principio, le había sido difícil de digerir, de eso ya habían pasado seis años.

Lo cierto es que, a pesar de lo que pudiera decir la gente, ellos eran honestos con sus necesidades; no había engaños, no había necesidad de mentiras, nadie se lastimaba.

2002

El chofer detuvo el coche en la puerta del loft de Sabrina, marcó su número, estaba ansioso; esperaba que estuviera lista, no había querido llamarla antes para no darle la chance de cancelar la cita.

—Hola.

—Gabriel Etchegaray.

—Lo sé, te tengo agendado.

—Estoy abajo.

—¿Subís o me esperás ahí? Estoy terminando de arreglarme.

La puntualidad no era una de las virtudes de Sabrina y no era porque no lo intentara, simplemente se las ingeniaba para siempre llegar tarde.

—¿Estás decente? —preguntó risueño.

—Nací decente... —coqueteó ella.

Gabriel bajó del vehículo, miró hacia arriba y la vio envuelta en una bata, segundos después escuchó la chicharra que le permitiría subir al paraíso.

Educado, galante, sensual, así era Gabriel; su mirada era transparente, todo en él gritaba libertad y eso la había seducido desde el primer instante en que lo atrapó mirando su obra.

Sabrina se quitó la bata rápidamente y se colocó el vestido, se perfumó y buscaba sus zapatos en el momento en que Gabriel golpeaba la puerta que ella había dejado entreabierta.

—¡Pasá!

—Permiso...

Ella se recostó de espaldas a la baranda del entresuelo mientras se calzaba sus zapatos rojos. Gabriel la vio tan sensual que tuvo que reprimir sus ganas de subir de dos en dos las escaleras y poseerla allí mismo.

Bajó rápidamente, retocó el labial, tomó su cartera y se acercó para saludarlo.

—Estás realmente hermosa.

—No se queda atrás, Director.

—Hoy soy solo Gabriel —le dijo y la besó en la comisura de sus labios sin titubeos.

La tomó de la mano y minutos después estaban dentro del coche rumbo al restaurante elegido.

Durante el corto trayecto conversaron sobre la pequeña broma de la noche anterior y él le explicó, por si no se hubiera dado cuenta, que tenía muy claro desde el inicio quién era ella.

—¿Esta se supone que es una reunión de trabajo?

—Podría decirte que sí, pero ¿para qué voy a mentirte? —dijo él bebiendo un sorbo de su vaso de whisky.

—Ajá... —murmuró la mujer que estaba sentada frente a él.

—Tu agente es como una carcelera; espero que no te haya molestado —ella lo miró y rio sonoramente—, pero siempre podemos hablar de negocios, claro.

—No hago negocios con un hombre que me interesa.

—Ni yo, entonces todo va a estar bien —dijo acariciando con su dedo índice el borde del vaso y mordiéndose el labio al tiempo que sonreía con sus ojos.

Gabriel se sintió halagado, él era algunos años mayor que Sabrina y si bien se sentía muy seguro de sí mismo, la confianza de aquella mujer lo desarmaba por completo.

En cambio ella no se sentía así, era más bien una postura, una máscara que usaba y de la que a veces abusaba. Sabía que era buena en su trabajo, sin embargo, la exposición pública no le agradaba en absoluto, someterse a la crítica destructiva y a la falsedad la tenían, francamente, agotada; por ese motivo estaba pensando en no volver a mostrar su obra, al menos por un buen tiempo. Eran demasiados años haciendo algo que amaba, pero que, para hacerlo, debía hacer algo que no disfrutaba en lo más mínimo, no era un ganar/ganar.

Esa noche fue el inicio, el inicio de aquella relación envidiada por muchos.

2017

Franco llegó al living cuando Sabrina terminaba la llamada con Gabriel, cruzó la estancia hacia la gran chimenea que estaba encendida; ella lo miró, no quería acercarse pues no quería que lo tomara como un avance. Se moría por abrazarlo, por besarlo y por decirle que todo estaría bien, pero creía que él, quizá, la rechazaría y no estaba segura de poder soportarlo. Lo miró un instante, su mirada estaba perdida y se le hizo un nudo en la garganta al verlo tan vulnerable. Fueron unos minutos, pero le parecieron una eternidad.

Él la miró. La miró y le sonrió, pero no era una sonrisa matadora como a las que estaba acostumbrada.

—¿Comemos? —le dijo entregándole una copa y desviando la mirada a la mesa ratona que había preparado.

—Pastel de papas con ensalada, mmm... uno de mis preferidos.

—Lo sé, pero no te acostumbres, es solo un mimo.

—Gracias —dijo acercándose hacia ella y besándole la punta de la nariz.

Se sentaron uno al lado del otro, Sabrina sirvió y le entregó el plato guiñándole un ojo, luego se acomodó con las piernas cruzadas de frente a él.

—Tenés un hermoso lugar acá, se respira paz.

—Ya lo creo, chico de ciudad; si tenés ganas, y para un poco de llover, podemos salir a caminar o a montar... —rió—, aunque no te veo montado a un caballo.

—¡Forra! —dijo e hizo un ruido gracioso que solía hacer cuando algo le gustaba—. Está muy rico...

—Lo hizo Rosita, es muy genia, mañana cocino yo, lo lamento...

—¡Callate! Cocinás rebien, ¡no te hagas!

—Lo sé —dijo y rio.

La conversación giró en torno a Gabriel, Gabriel y Ornella. Envidiaba un poco que tuvieran una relación abierta y libre. Él hubiese deseado tenerla, suponía que la honestidad brutal que implicaba esa clase de confianza, fortalecería la vínculo, pero cuando se lo planteó a Florencia, ocurrió todo lo contrario. Todo se fue craquelando hasta el punto de quiebre en el que se encontraban en ese momento. Ella no era una mujer que disfrutara plenamente de la sexualidad y en los últimos años mucho menos. La quería, pero debía ser honesto con él mismo, no la amaba y se le hacía realmente difícil la convivencia.

Pasaron horas conversando en el sillón o acostados en la alfombra frente al fuego, pero en ningún momento hablaron de forma específica, aunque sí lateralmente, de lo que lo tenía tan afectado.

—La caminata queda para mañana —dijo Franco rompiendo el silencio que había en la sala.

Sabrina abrió los ojos de golpe y volvió a cerrarlos.

—¿Te desperté?

—No, estaba disfrutando... —se interrumpió, iba a decir que disfrutaba de su aroma, pero no le parecía lo mejor en ese momento.

Franco se puso de lado, estaba anocheciendo y la sala estaba en penumbras, solamente iluminada por las llamas de la fogata que hacían refulgir la piel de porcelana de Sabrina. La miró embelesado, necesitaba abrazarla, sentirla y contarle todo, todo, en ese orden o a la inversa.

Ella podía sentir la intensidad de la mirada de él abrasándola o, tal vez, era el fuego de la chimenea, no quería seguir por esa línea de pensamiento. Abrió los ojos y se puso también de lado.

—La caminata queda para mañana —dijo y sonrió—; voy a hacer algo para la cena, ¿qué te gustaría?

«A vos», pensó.

Esas horas allí, en el medio de la nada y rodeados de paz, vino, fuego y charlas, le habían recargado un poco, o mucho, las baterías. Así era estar con

ella. Siempre había odiado depender emocionalmente de alguien, se había resistido todas y cada una de las veces que había estado por caer, pero Sabrina había llegado a su vida como un tormenta de verano, para refrescar su vida, sin previo aviso, totalmente inesperada, sacudiendo su estructura, inundando cada espacio, sin posibilidad de volver a ser el mismo. No podía, pero más grave era que no quería. Ella era una mujer casada y tenía todo lo que necesitaba, era libre. Lo tenía todo y él no tenía nada, porque no tenerla o tenerla a medias le estaba resultando una tortura, la más cruel, la más sanguinaria.

—Fran...

Perdido en sus pensamientos, solo pudo volver a esa habitación cuando sintió la tibieza de la mano de ella en su mejilla.

—Perdón, me fui.

—Estabas lejos... —dijo suavemente.

—No, demasiado adentro.

—¿Qué tenés ganas de cenar?

—Nada que lleve mucho tiempo, tengo ganas de quedarme así, acá, con vos —dijo pasándole el pulgar por el labio inferior.

Su tacto la sublevaba, su sola presencia la hacía necesitarlo, cerró los ojos cuando rozó sus labios y quiso chuparlo, pero no lo hizo, en cambio le atrapó la mano, la besó suavemente, se puso de pie y se dirigió a la cocina.

Franco la siguió con la mirada. Tuvo la total certeza, en ese instante, de que la amaba. Sí, la amaba como nunca había amado a nadie.

—¿Empanadas? —gritó desde la cocina.

—¡Perfecto!

Franco atizó el fuego y se perdió en sus pensamientos nuevamente, al cabo de lo que le pareció un largo tiempo se incorporó para buscar a Sabrina, pero no la encontró en la cocina.

—¿Sabri?

Recorrió el pasillo y vio luz en el dormitorio frente al que ella misma le había indicado más temprano. La puerta estaba entreabierta y pudo verla salir del baño a través de una nube de vapor, envuelta en una toalla con su cabello recogido dejando al descubierto su cuello; esa curva que él tanto veneraba.

Abrió la puerta y ella pudo ver su reflejo en el espejo, se miraron a través de él dándose y pidiéndose permiso. Entró lento pero seguro de lo que haría, de lo que quería. Le tomó el rostro y la besó, primero lento, amándole la boca,

las sensaciones eran fuertes, se deseaban con locura. Ella dejó caer la toalla para acariciar sus mejillas y sujetarlo por el cabello. Él se separó un instante para mirarla, admirarla. Era bellísima y era suya.

No dijeron nada, no necesitaban las palabras, luego sería el momento.

Se quitó el sweater y ella estiró su mano para acariciarle el pecho; en un instante ambos torsos eran uno. La tomó por las nalgas y la levantó, ella enroscó sus piernas en sus caderas, su sexo rozó el suyo a través de la áspera tela del jean y necesitó apretarse más, abrazarlo con todo el cuerpo y escondió la cabeza en su cuello para llenarse con su olor. La llevó así hasta el *living* y la apoyó con cuidado sobre la alfombra. Se sintió descarnada sin el calor de su cuerpo y allí estaba ella, desnuda y expuesta. Hermosa y deseosa. Y allí estaba él, mirándola con las mismas o más ganas que la primera vez.

En aquella habitación, la música marcaba un ritmo que se le antojó sensual, la había visto bailar y siempre había creído que estaba escrita en el pentagrama de su piel [*Intro*, de The XX].

Acarició sus muslos y los abrió delicadamente un poco más, las llamas le mostraban un espectáculo hermoso, el brillo de sus ojos junto con el de su humedad destellaron ante él y no pudo más que sumergirse entre sus piernas y beber hasta saciar su sed de ella, aunque eso ya había comprobado que no era posible.

Se aseguró de enloquecerla, de que disfrutara y cuando acabó en su boca, necesitó entrar en ella y reclamar cada uno de sus átomos para sí.

La contempló entera, las llamas imprimían dibujos sobre su piel, sus pezones erguidos lo señalaban, demandaban su atención. Trazó con besos el camino hacia ellos y los hizo suyos, luego la besó con dulce violencia. Ella pudo sentirse en su boca y eso la excitó incluso más, intentó quitarle el jean a Franco, pero sus manos y la posición no se lo permitían.

Su sexo pugnaba por salir, su cuerpo vibraba al son de aquella música y de los gemidos que escapaban de la boca de la mujer que tenía ante él. Cuando al fin se deshizo de aquella barrera, la besó profundamente y la penetró con premura, sus ojos se abrieron grandes y un grito ahogado lo incitó a embestirla frenético. Adoraba ver el deseo en sus ojos, adoraba sentir que todo su cuerpo respondía, adoraba sentirla temblar, amaba sentirla venirse, la amaba.

—Tuya... —le dijo jadeante al oído y él creyó que su corazón saldría desbocado. Lo tomó del rostro, lo miró a los ojos y volvió a repetirle—: tuya.

—Tuyo... —respondió él.

Al siguiente instante ella estaba a horcajadas sobre él, montándolo a un ritmo acuciante, de a ratos él guiaba el delicioso movimiento de sus caderas mientras besaba su boca y su cuello. Ella volvió a sentir que podía morir ahí mismo, en ese instante y en ese lugar con un grito que borró todas las dudas que traía.

—Ay, Sabri... —dijo anunciando que el mundo acababa para él también—, Sabri... —gimió—. Mi amor... —Tres embestidas bastaron para ir al cielo, o al infierno, por ella.

Se quedaron así, abrazados, mimándose hasta que sus respiraciones y latidos retomaron un ritmo más normal, él le besó el hombro y el cuello, centímetro a centímetro hasta llegar a su boca. Le tomó el rostro y la vio.

—¿Qué pasa, Sabri? —Ella no podía contener las lágrimas.

—Me pasa que te amo y no sé qué hacer con eso, que ya no puedo con esto, ya no quiero esto.

—Sabri, mi amor...

—No, dejame hablar, porque si no hablo siento que me voy a morir y necesito sacarlo.

Franco estiró la mano y alcanzó la manta que estaba en el suelo para cubrirla.

—Ya no puedo seguir haciendo esto —dijo ella.

—No me hagas esto...

—Vos estás mal, esto no te está haciendo bien.

—¡No! Yo estoy bien, podemos estar así. Yo ya no puedo compartirme, ya no quiero, me enfermo de pensar que otro habita tu cuerpo, que otro te hace temblar, te hace acabar así, hermosa y alocada. Vine porque me separé de Florencia, vine porque irme fue el peor error, porque desde que me fui no hubo un segundo que mi corazón y mi mente no estuvieran acá con vos. Vine porque te quiero mía, me quiero tuyo, pero por sobre todas las cosas, nos quiero solo nosotros. Vine para decirte eso y no quería decírtelo por teléfono porque quería mirarte a los ojos y decirte que te amo, te amo, te amo.

—Pensé que ibas a terminar conmigo —dijo y lo abrazó fuerte—. Pensé que esta era la despedida.

—Lo es, Sabri, yo ya no puedo seguir así. La pelota está de tu lado...

—Fran...

—Te estás enfriando, te llevo a la cama.

Franco sintió que su corazón se rompería, pero sabía que ella tenía una

decisión que tomar. Elegir nunca sería fácil, elegir hace que perdamos algo, solo necesitaba que no fuera a él.

Así como estaban se puso de pie y la llevó hasta la misma habitación desde donde la había traído. Ella estaba en silencio, corrió la ropa de cama y la recostó. Se acurrucó a sí misma, la tapó, apagó la luz y se encaminó a la salida.

—Quedate...

—Es mejor que no, Sabri.

Fue a la cocina a buscar un vaso de agua, apagó el horno que Sabrina había encendido antes de entrar a la ducha y se fue a su dormitorio.

La elección que ella debía hacer la atormentaba, amaba a Franco, demasiado, amaba a Gabriel... ¿tanto? Si se lo preguntaba, la respuesta era obvia. Hacía mucho tiempo que Gabriel y Sabrina habían dejado de ser lo que eran, él pasaba más tiempo en Italia que allí con ella, sabía lo que él sentía por Ornella, no podía culparla, no, tampoco se podía culpar a ella misma, allí no había culpas, allí había una promesa de honestidad y era hora de hacerle honor, Gabriel también debería hacerlo. Se cuestionó si estaba preparada para dejar aquella libertad que había disfrutado y con la que había convivido durante tantos años, pero así como se lo cuestionó, rápidamente, se respondió.

Se levantó de la cama, se envolvió en la manta que Franco había dejado sobre la cama y cubrió su desnudez con ella; luego cruzó el pasillo y entró en el dormitorio que ocupaba Franco quien, encendió la lámpara de la mesa de noche al ver su sombra apoyada en el marco de la puerta.

—Cuando me dijiste que venías y te escuché tan mal me puse a pensar en cómo me iba a sentir si decidías terminar con esto y me encontré con una Sabrina que hasta ese momento no había existido. —Hizo una pausa y continuó—: cuando comenzamos esto dijimos que el día que uno de los dos tuviera que ponerle fin a la relación, lo haríamos sin pedir explicaciones y sin dramas... claro, no sabíamos que pasaría tanto tiempo y tantas cosas... tampoco sabíamos que nos íbamos a amar, porque sí, yo te amo, Fran. Mucho.

»Sé que Gabriel siente que me debe algo, pero no lo hace. Como te dije hoy, sé que ama a Ornella y sé que va a entender que la decisión que tome será por el bien de los dos. Sé muchas cosas y no sé tantas otras... —resopló—. Quiero que entiendas que Gabriel, fue, es y será alguien muy importante y amado, que lo que tuvimos y tendremos es algo único, y que, por lo mismo, necesito un tiempo para acomodar todas estas cosas que están dando vuelta

dentro de mí, pero sí, quiero que estemos juntos.

Franco se levantó de la cama y la abrazó, tendrían mucho de qué hablar, pero no sería en ese momento, ambos estaban agotados, vulnerables, en carne viva y necesitaban procesar lo que estaba sucediendo.

Aún cuando la quería en ese momento junto a él, entendió que necesitaba espacio. Deshicieron el abrazo, volvieron a abrazarse fuerte y cada uno volvió a su respectiva cama con la certeza de que, pronto, ya no volverían a dormir separados.

[1] Quiero saber lo que es el amor, quiero que tú me lo muestres, y quiero sentir lo que es el amor, sé que puedes mostrármelo.

[2] En mi vida ha habido angustia y dolor, no sé si podré enfrentarlos de nuevo.

[3] No puedo detenerme ahora, he viajado tan lejos para cambiar esta vida solitaria.

[4] Parece que el amor finalmente me ha encontrado.

[5] Hablemos sobre el amor, el amor que sientes por dentro, estoy sintiendo tanto amor.